

REVISTA CHILENA

# REVISTA CHILENA

DIRECTOR:  
ENRIQUE MATTA VIAL

TOMO XI

SANTIAGO DE CHILE  
1920

## LOS BANCOS EXTRANJEROS EN CHILE

Hasta el año 1888, la industria bancaria de Chile había sido en absoluto, hija del capital y de la iniciativa nacional. Todos los bancos que se habían fundado en el país, o bien eran sociedades anónimas organizadas en Chile por capitalistas chilenos y por extranjeros domiciliados en el país, o bien pertenecían a algún banquero chileno.

Para instalar un banco en Chile, de acuerdo con los términos de la ley de bancos de 1860, es necesario presentar una solicitud al Ministerio de Hacienda, declarando el nombre del banco, la ciudad o ciudades en que ha de instalarse y el monto de su capital. El gobierno, por su parte, debía comprobar la efectividad del capital pagado.

En estas condiciones, el capitalista extranjero que deseaba invertir sus capitales en la industria bancaria de Chile, o bien tenía que adquirir acciones de las sociedades anónimas bancarias existentes en el país, o bien fundaba un nuevo banco, sujetándose a las prescripciones de la ley.

El primer banco constituido en forma de una sociedad anónima extranjera fué el Banco de Tarapacá y Londres, fundado en Londres en 1888, por un grupo de capitalistas relacionados con los negocios salitreros en Chile. El objeto principal del banco fué operar como banquero de estos negocios de salitre, que estaban entonces radicados casi exclusivamente en la provincia de Tarapacá. Este banco está fusionado al presente con el Banco Anglo Sud Americano.

Desde 1895 se comienzan a instalar en el país agencias de bancos extranjeros, sin someter su capital a fiscalización alguna de parte del gobierno. Basándose en el artículo 468 de nuestro Código de Comercio, algunos banqueros extranjeros consiguieron la autorización del gobierno para instalar sus agencias

en el país. Este artículo dice: «Las compañías anónimas extranjeras no podrán establecer agencias en Chile sin autorización del Presidente de la República». En realidad, esta disposición del Código no ha debido referirse a los bancos, los cuales se rejían por una ley especial, sino que se refería a otras clases de sociedades comerciales o industriales extranjeras.

De esta manera se instaló en Chile el Banco Alemán Transatlántico (*Deutsche Ueberseeische Bank*) a principios de 1896. El Banco de Chile y Alemania (*Bank für Chile und Deutschland*) se fundó en seguida. En 1911, se instaló el tercero de estos bancos alemanes, el Banco Germánico de la América del Sur (*Deutsch Sud-Amerikanische Bank*).

Estos tres bancos alemanes que funcionan en América, tienen características bien dignas de ser notadas. Los tres han sido formados por grandes instituciones bancarias de Alemania, como el *Deutsche Bank* de Berlín, el *Nord Deutsche Bank* de Hamburgo, el *Disconto Gesellschaft* de Berlín, el *Dresdner Bank* de Berlín y el *Schaffhausenscher Bankverein* de Colonia. Todas estas grandes sociedades bancarias alemanas, en vez de solicitar directamente autorización para instalar agencias en los países de América, han creído más conveniente formar otras sociedades, dotadas de un capital relativamente pequeño, para que estas nuevas sociedades explotaran el negocio de banco en el extranjero. Ha sido, sin duda, una manera muy prudente de proceder. Si, por casualidad, cualquiera de estos bancos alemanes que han operado en Chile, en la República Argentina y en otros países de América, hiciera tan malos negocios que se viera reducido a la quiebra, esta quiebra no comprometería la responsabilidad de los fuertes capitales de los grandes bancos de Berlín, Hamburgo y Colonia.

Estos bancos alemanes han sido, por lo regular, administrados con bastante inteligencia. Sus Gerentes y Directores, han sido casi siempre, personas competentes en esta clase de negocios. A pesar de las grandes fluctuaciones que ha experimentado el cambio internacional en Chile, han sabido manejarse, de manera de poder obtener utilidades que les han permitido dar dividendos a sus accionistas e incrementar sus capitales.

Sus pilotos han sabido navegar por el mar tempestuoso de nuestro papel moneda.

Cuando se haga la historia del alto grado de expansión económica que había alcanzado el imperio alemán, por el mundo entero, antes de la guerra de 1914; cuando se manifieste de cómo los hombres de empresas alemanas habían llegado a aprovechar en su favor todas las oportunidades que les brindaba el resto del mundo, y especialmente los países nuevos de la América, los bancos alemanes a que me refiero, merecerán, sin duda, un buen capítulo.

El sólo Banco Alemán Transatlántico, según su balance del 31 de Diciembre de 1912, con un capital pagado de sólo 25 millones 500 mil marcos, tenía depósitos por valor de 132 millones 530 mil 473 marcos. Estas solas cifras bastan para indicar el buen negocio que hacía esta institución.

Posteriormente se han instalado nuevas agencias de bancos extranjeros. El Banco de Londres y Río de la Plata, fundado en 1862 en la Argentina y Uruguay por capitalistas ingleses, ha abierto también sucursales en Chile; y más recientemente se ha instalado en Valparaíso y en Santiago una agencia del National City Bank of New York.

Los ingleses, los alemanes y los norteamericanos han adoptado procedimientos diversos para sus operaciones de banco en nuestra América.

Los grandes bancos ingleses se han abstenido de abrir agencias en nuestro país. La tarea de fundar bancos para operar en nuestros mercados y relacionarlos con los de Inglaterra ha sido emprendida por capitalistas y hombres de empresa ingleses que han fundado sociedades bancarias especiales para el caso. Se han formado así los bancos ingleses en Chile, como el Anglo Sud Americano y el Londres y Río de la Plata.

Los grandes bancos alemanes han considerado conveniente extender su radio de acción por esos países; pero, a la vez, han estimado prudente crear instituciones bancarias especiales destinadas a operar en ellos, en vez de instalar sus propias agencias. Parece que no hubieran querido comprometer toda su responsabilidad en estas empresas.

El National City Bank of New York, al querer extender sus

operaciones hasta estos mercados, ha establecido en ellos sus propias agencias, amparándolas con toda su responsabilidad. Este procedimiento tiene la ventaja de dar mayor solidez y, por lo tanto, mayor crédito al Banco que opera en el extranjero. Es verdad que tiene el peligro de que malos negocios o abusos de algún empleado superior puedan comprometer la responsabilidad del Banco; pero este peligro se evita con una buena selección del personal designado para dirigir las agencias del Banco en el extranjero.

Respecto a los capitalistas franceses, podríamos decir que han seguido un cuarto camino. Se han limitado a adquirir acciones de una sociedad anónima bancaria establecida en Chile, que tenía el nombre de Banco de la República. Este banco se liquidó por malos negocios y en su lugar se fundó después el Banco Francés de Chile, que es también una sociedad anónima chilena cuyas acciones están, en su mayor parte, en poder de capitalistas franceses.

Hecha esta exposición, permítaseme ahora emitir un juicio crítico, sobre la influencia de los Bancos extranjeros, juzgada bajo el punto de vista de los intereses económico-nacionales.

Cuando se anunció en Chile la instalación de los primeros bancos extranjeros y en especial la de los alemanes que se establecieron durante la crisis de 1895, la noticia causó muy favorable impresión. El público se imaginaba que cada una de estas instituciones funcionaría como un verdadero tubo comunicante destinado a traer al país el sobrante de los capitales europeos. Como el interés del dinero ha sido muy bajo en los mercados europeos y muy alto en los de Chile, se esperaba que, puestos en comunicación ambos mercados, por medio de estos tubos comunicantes, se produciría necesariamente una tendencia hacia la nivelación del interés del dinero que redundaría en beneficio nacional. Por este motivo, cada Banco extranjero que se instalaba en el país era muy bien acogido por el público.

¡Lástima grande que no haya sido verdad tanta belleza! Las expectativas tan halagadoras no se han realizado después. Los Bancos extranjeros no han funcionado, como el público se imaginaba, en forma de vasos o tubos comunicantes destinados a producir una nivelación entre el interés del dinero de América

y de Europa, sino más bien en forma de bomba aspirante que chupa, a título de utilidades, una buena suma de dinero anual.

Los bancos extranjeros, por lo regular, no han traído capitales del extranjero para ofrecerlos a préstamo en el país. El capital con que se han instalado ha sido relativamente pequeño; el negocio principal se ha limitado a recibir depósitos del público y a emplear estos mismos depósitos en hacer operaciones de préstamos y descuentos, obteniendo, de esta manera, una ganancia por la diferencia entre los intereses que se pagan a los depositantes y los intereses que se cobran a los deudores.

¿Por qué han funcionado estos bancos en tal forma? Por dos razones. Primero, porque siendo nuestro sistema monetario un papel-moneda, cuyo valor en oro sufre grandes alteraciones de un tiempo a otro, no puede ofrecer las debidas garantías al capital extranjero que se coloca a préstamo. ¿Qué halago puede significar para un capitalista europeo el 9 o 10% que pueda obtener en Chile, como interés de su dinero, si el capital mismo corre el peligro de sufrir pérdidas mucho mayores? ¿Cómo podría un banco extranjero, en medio de esta inseguridad, colocar a préstamo en Chile, los fondos que recibe en calidad de depósitos en Europa? Esta mala condición de nuestro mercado monetario sólo puede ser remediada por medio de la reforma del sistema monetario. Mientras mantengamos el régimen de papel-moneda con fluctuaciones del cambio internacional, el capital extranjero no podrá venir a colocarse a préstamo, ni a invertirse en valores mobiliarios como bonos y acciones de bancos. La única manera de invertir un capital, exento de estos peligros que envuelven las fluctuaciones del cambio internacional, es la instalación de empresas industriales, como ser por ejemplo, las salitreras, las mineras, las ganaderas, etc.

La segunda razón que explica esto de que los bancos extranjeros no hayan funcionado como tubos comunicantes para conducir al país el capital extranjero, consiste en la naturaleza misma de las operaciones bancarias. En efecto, el negocio del banquero consiste, no tanto en el interés que obtiene de sus propios capitales, cuanto en la ganancia que le proporcionan los depósitos que le aporta el público. El negocio del banco consiste principalmente en operar con el dinero ajeno. Por este

motivo, mientras menor sea el capital aportado por un banco, en comparación con los depósitos que recibe del público, mayor será la ganancia que obtiene.

Ya vimos cómo el solo Banco Alemán Transatlántico, en sus negocios en Chile, Argentina, Uruguay, Perú y Bolivia, tenía en 1912 más de 132 millones de marcos en depósitos, con sólo 25 millones de capital. Este mismo banco, en sus operaciones en Chile, antes de la guerra, tenía según sus balances, más de 50 millones de pesos de depósitos con sólo 5 millones de capital.

Según el balance de 31 de Diciembre de 1913, o sea antes de las perturbaciones de la guerra, los bancos extranjeros, que eran seis. (el Anglo Sudamericano, el Alemán Transatlántico, el Chile y Alemania, el Germánico de América del Sur, el Londres y Río de la Plata y el Mercantil de Bolivia), tenían el capital y los depósitos que siguen:

	Pesos moneda corriente	Pesos oro de 18 d.
Depósitos.....	94.604.919	28.060.408
Capital pagado.....	16.639.207	8.267.973

Reduciendo los pesos oro a moneda corriente al cambio de 12d. resulta que con un capital de poco más de 29 millones de pesos moneda corriente, han recibido depósitos del público por valor de más de 136 millones. El capital y los depósitos están, más o menos, en la proporción de 1 a 4, 6.

Los bancos nacionales tenían en esta misma fecha el capital y los depósitos siguientes:

	Pesos moneda corriente	Pesos oro de 18 d.
Depósitos.....	316.055.823	33.041.352
Capital pagado.....	142.271.047	502.000

Reduciendo también los pesos oro a moneda corriente al cambio de 12d., resulta que con un capital de 143 millones han recibido depósitos por valor de 365 millones de pesos, en nú-

meros redondos. El capital y los depósitos están, mas o menos, en la proporción de 1 a 2, 5.

Antes del establecimiento de los bancos extranjeros, las utilidades producidas por la industria bancaria, en estas operaciones de recibir depósitos a bajo interés y colocar estos depósitos a un interés más elevado, quedaban en el país a beneficio de los residentes en él. Con la instalación de los bancos extranjeros estas utilidades han pasado, por lo menos en parte, a poder del extranjero.

Cuando el capital extranjero instala empresas industriales (como las grandes empresas de producción de cobre que ha instalado el capital norteamericano en Chile, o como sería un establecimiento siderúrgico), resulta de esto un beneficio positivo bajo el punto de vista nacional, puesto que ni el capital ni los hombres preparados técnicamente, de que dispone el país, habrían sido capaces de instalar tales industrias. Pero no es lo mismo cuando se trata de industrias de organización y dirección técnica muy sencilla y que no necesitan del concurso del capital extranjero, como los bancos de depósitos o las compañías de seguros.

Hay además que observar la falta de reciprocidad que ha existido entre la política tan liberal de las repúblicas americanas para recibir a los bancos extranjeros y la política tan restrictiva de muchas naciones europeas para recibir a los Bancos sud-americanos. El Banco de Chile, que tiene una agencia en Londres, pretendió instalar otra en París; pero fueron tales las dificultades con que tropezó, fué tan elevado el impuesto que se le exijía pagar, que hubo de renunciar al propósito de establecerse en la capital de la Francia.

Si hasta aquí me he limitado a manifestar los puntos de vista desfavorables a los Bancos extranjeros, paso ahora, por la inversa, a considerar sus resultados favorables, es decir los servicios que han podido prestar en nuestro desenvolvimiento económico.

En favor de los Bancos extranjeros que han funcionado en Chile, es justo manifestar que han sido, por lo regular, instituciones bien administradas. Han tenido al frente de su administración a personas competentes en esta clase de negocios, lo

cual ha significado un buen funcionamiento de ellos, y, a menudo, una lección para los Bancos nacionales, cuyo personal administrativo no siempre ha tenido la competencia requerida. En este sentido la influencia de los bancos extranjeros no ha podido menos de ser benéfica.

Bajo el punto de vista del comercio internacional y en general bajo el punto de vista de las relaciones económicas entre las Repúblicas Sudamericanas y los estados europeos, los bancos extranjeros han sido un factor de gran importancia. Los bancos alemanes han prestado grandes servicios al comercio entre Alemania y Chile, y han favorecido grandemente el desarrollo de ciertas empresas alemanas instaladas en Chile. Además se han ocupado también de varias negociaciones de crédito con el gobierno de Chile, como ser empréstitos por medio de bonos colocados en los mercados alemanes. Estos bancos fueron también los que negociaron con el gobierno el depósito de gran parte de los fondos de conversión en grandes instituciones bancarias de Alemania.

Los bancos ingleses, prestan también muy buenos servicios al comercio entre Chile y Gran Bretaña.

El National City Bank of New York hace muy poco tiempo que inició sus operaciones en Valparaíso, y al presente tiene ya abierta una sucursal en Santiago. Esta institución está llamada a prestar grandes servicios en el estrechamiento de las relaciones comerciales entre los Estados Unidos y nuestras Repúblicas de esta América. Un banco bien dirigido, como será sin duda éste, puede fomentar de una manera extraordinaria el comercio pan-americano. Si por ejemplo un comerciante o un industrial que reside en Chile, y no tiene relaciones de crédito en el extranjero, necesita adquirir algunas mercaderías extranjeras, o hace fabricar especialmente ciertas maquinarias, el National City Bank, previas las garantías del caso, se encarga de efectuar el pedido en los Estados Unidos; y cuando este es despachado, transporta la mercadería a Chile, y la entrega aquí al comerciante o industrial que la había encargado.

El comercio de exportación de metales, de salitre, de artículos agrícolas y de otros productos chilenos que pueden encontrar fácil venta en los mercados de Norte América o de Europa

se puede también facilitar por la influencia de estas instituciones bancarias que tienen agencias en Chile, como también de las instituciones bancarias chilenas que tienen agencias en aquellos países.

Las relaciones económicas de pueblo a pueblo, toman cada día un desarrollo mayor. El mundo económico moderno se diferencia esencialmente del antiguo en este aspecto económico-internacional. Si antes podían vivir los pueblos en cierto aislamiento, hoy existe una complicada red de relaciones económicas que los liga a todos ellos entre sí, de manera que ninguno de ellos puede vivir, en condiciones satisfactorias, sin el concurso de los demás. En estas condiciones no es un fenómeno extraño que las funciones bancarias hayan tenido también que hacerse, en cierta manera, internacionales. Para satisfacer en las mejores condiciones posibles las exigencias de estas operaciones, los bancos se han visto impulsados a extender su radio de acción, fundando agencias en el extranjero, es decir, abarcando en sus operaciones a diversos países.

Creo que la lección de política económica-nacional que podría deducirse de lo anterior sería la siguiente:

Los Bancos extranjeros, en sus funciones de recibir en calidad de depósitos nuestros propios capitales y de darlos a préstamos, así como también las compañías de seguros extranjeras en las de recoger las primas que nosotros mismos pagamos y de cubrir con ellas los riesgos, no nos prestan servicio alguno, sino que, por el contrario, nos sustraen una parte no despreciable de nuestras rentas. Sólo por excepción, y exigiendo siempre la debida reciprocidad, deberíamos aceptarlos. En sus demás funciones de facilitar el comercio internacional, de desarrollar las relaciones del crédito entre país y país y de colocar a préstamo sus propios capitales, el funcionamiento de los Bancos extranjeros no puede menos de ser considerado como benéfico.

Con respecto a los Bancos y Compañías de Seguros de las repúblicas americanas, bien podríamos adoptar normas especiales y, por lo tanto, excepcionales.

Las repúblicas americanas, en el propósito de estrechar las relaciones económicas entre ellas, con el fin de unirse para coo-

perar en conjunto a un grado más elevado de desenvolvimiento económico, podrían otorgarse amplias y recíprocas facilidades para el establecimiento de sociedades bancarias y de seguros. En estos casos, como en el de las relaciones comerciales, bien podríamos abrirnos recíprocamente las puertas, creando un régimen de excepcional facilidad para nosotros. Esta sería una manera más práctica de entender el pan-americanismo.

GUILLERMO SUBERCASEAUX,  
Profesor de Economía Política de la Universidad de Chile.

## ALGUNOS MATRIMONIOS

Se nos figura que la mujer que está a punto de pasar el Rubicón de la soltería, debe hallarse en un estado moral muy semejante al de los niños en la víspera del día domingo; es decir: presintiendo los goces inefables de una completa felicidad y olvidada enteramente del pasado, lo que no es, por cierto, la más despreciable de las humanas satisfacciones. El matrimonio es entonces para ellas una especie de Leteo, en cuyas aguas se baña el corazón, dejando llevarse a la corriente su siempre pesado fardo de enojosos recuerdos.

—Quién no lleva escondido

—Un rayo de dolor dentro del pecho!

dijo un malogrado poeta español; y si bien dejamos aparte los recuerdos tristes que pueden aquejar a los hijos varones de Adán para ocuparnos de los que una joven hija de Eva puede haber cosechado en su breve carrera, no dejaremos de conocer que alguna recuerda siempre con pena un vestido que nunca pudo procurarse, otra las veces que la enviaron a dormir habiendo mozos en el salón, ésta de un pérfido que la engañó regalando a otra el tierno cadejo que ella le obsequiara en un fatal momento de abnegada pasión, y aquella en fin, de alguna infausta noche de baile en que tuvo que resignarse al rol pasivo de espectadora. Todos llevamos, pues, escondidos un rayo de dolor dentro del pecho, y así no es pobre dicha la de lograr algún día olvidarlo y entregarnos a aspirar el perfume enervador de ese encantado jardín que llamamos el porvenir. De aquí nuestra creencia, por consiguiente, de que para una niña, que se casa por su voluntad, bien entendido, el estado de novia debe

ser una fuente de gratas esperanzas y deliciosos presentimientos.

Divisar entre las brumas rosadas del porvenir la colosal y fantástica figura de ese sér redentor que se llama marido; contemplar en la nube que le sirve de aureola las encantadoras promesas del matrimonio: los lujosos vestidos, los encajes fascinadores, las deliciosas alhajas y acaso también, coqueton y elegante, deslumbrador y magnífico, un lindo coche con sus briosos caballos; porque en nuestros días de lujo y materialismo, de ostentación y de orgullo, ese vehículo y esos animales son famosa palanca en materia de amorosas conquistas, según aseveran experimentados y prácticos observadores, ¿no será todo esto, preguntamos, una ventura incomparable?

Además el marido representa la libertad, la iniciación en una nueva vida de ese sér delicado y fuerte, débil y poderoso, siempre sujeto a superior jurisdicción, que llamamos niña soltera.

Casi inútil parece advertir aquí que hablamos de las tres cuartas partes de los matrimonios que se efectúan en nuestras sociedades y que excluimos la cuarta parte restante para los matrimonios de amor. ¡No faltará escéptico que nos califique de pródigos al hacer tal excepción!

Esos días de bienandanza para una jóven que va a casarse y que nosotros llamaríamos gustosos *El veranito de San Juan de las mujeres* empiezan a revestirse de su verdadero prestigio a medida que van llegando los regalos de boda con que la liberalidad de los parientes y amigos manifiestan su cariño a la que va a salir del gremio de las devotas de San Antonio. El brillo de los presentes aleja, por supuesto, la imagen del futuro marido, así como después de una victoria todos se olvidan de las víctimas para gozar de las riquezas del botín y de los placeres del triunfo. Y en verdad que el matrimonio es una notable victoria alcanzada por la mujer en la guerra de la vida. Rendir a discreción un ricacho con el fuego de unas cuantas ojeadas y conquistadoras sonrisas; hacerlo despreciar su libertad, el más precioso de los bienes que de tejas abajo le es dado disfrutar a un viviente; obligarlo a desatar los cordones del bolsillo, infundiéndole un desprecio arrogante por el vil metal tan desdeñado en las teorías de los filósofos y tan acatado en la

práctica de todos; darle bastante arrojito, en fin, para abandonar la plácida ribera del celibato y arrojarse intrépido en el mar proceloso del himeneo, ¿no es alcanzar una gloriosa victoria? César debió tanto talvez a su experiencia guerrera el acierto de los principios que estampó en sus Comentarios, como a su constante práctica en la lid amorosa, y acaso Cleopatra le dió con su amor sus más acertadas máximas.

Los regalos de boda, como decíamos, son el sueño realizado de más de una niña, el primer paso en la carrera de la satisfacción y del contento mundanos. Una novia sin regalos es algo muy incompleto como un amor sin juramento y como un baile sin música. Ellos dan pábulo a las sabrosas pláticas de las visitas de confianza que vienen a ver a la novia, la que los muestra con todo el pudor que tales casos requieren, y haciéndose siempre rogar para exhibirlos a la curiosa observación de las visitas. Estas llegan atraídas por la natural curiosidad de ver los regalos y la conversación es traída a este terreno tanto por ellas cuanto por la dueña de casa.

—Mira hija, dice la madre, muéstrale a la Ciprianita ese cuello con Valenciennes que te mandó tu tía Crispula.

—¿Cuál, pues, mamá? contesta la niña haciéndose la ignorante.

—Ese de medallones, niña, replica la señora. Mira, trae también el de encaje de Inglaterra.

Un instante después la novia aparece cargada no solo con los dos cuellos pedidos, sino que con un alto de cajas de formas variadas y dimensiones diversas.

Los cuellos son examinados con prolijidad y alabados con amable complacencia.

—¿Y esto qué es? pregunta una de las visitas, mostrando alguna de las cajas que la niña acaba de traer.

—No, si es un vestido, dice esta, abriendo distraídamente la caja.

Y se examina aquel vestido y luego otro y luego una mantelita y después se hacen nuevos viajes adentro en busca de las alhajas, que con igual escrupulosidad por todas y cada una de las visitas son observadas, orijinándose de ello prolijas disertaciones sobre lo que en tal o cual tienda se ha visto. Al fin

las visitas se despiden cuando ya creen haberlo visto todo, dejando a las de la casa en la tarea de guardar y doblar cuanto han mostrado.

Al salir, doña Cipriana dice a su hija o a la persona con quien ha venido:

—Tanta bulla que hacen con los regalos y no sirven para nada.

—La manteleta negra no me ha gustado nada, dice la otra, debajo del portal hay mucho mejores que esa por tres onzas.

—Y ellas quieren hacer creer que ha importado cinco, replica la caritativa doña Ciprianita.

—¿Qué te pareció el terno? es muy sin gusto, no?

—Y los brillantitos tan amarillos.

Y la conversación continúa animándose por grados hasta que se ocurre otra mejor.

Entre tanto el novio ha llegado a la casa de su futura y tras él preséntanse nuevas visitas atraídas, como las primeras, por la curiosidad de los regalos. No pudiendo mostrarlos en presencia del novio, la niña y las visitas suelen escurrirse a las piezas del interior, donde se repite igual o parecida escena a la que dejamos descrita, mientras la mamá bosteza al futuro yerno, el que, cansado de esperar, se contagia con los bostezos de la suegra.

Las que habían entrado vuelven al cabo de una hora o más tiempo y se despiden de la casa con gran aplauso del novio, que a cada cinco minutos de vana expectativa, las ha estado enviando a los más remotos lugares que se le han ocurrido incluso el infierno.

—Mira, dice, apenas han pasado la puerta de calle, una de las visitas a la otra ¿es ese el novio?

—Sí, pues, ¿que no lo conocías? responde la otra.

—Pero ahora que lo conozco no le alabo el gusto a la Panchita, ese hombre debe ser bebedor.

—Con ese color tan azollamado que tiene; no sé como pueden gustarles los hombres colorados.

—Este parece que está siempre con vergüenza.

—Pero ya sabes que tiene cien mil pesos.

—Ay, hijita, bien lo decía yo, si las mujeres por casarse son capaces de...

Y esta conversación continúa animándose también como la primera, mientras que el infeliz novio siente que es el más dichoso de los mortales.

Pasa por fin el veranito de San Juan y llega tras largas horas, la noche designada para las nupciales bendiciones. En la casa todo es movimiento y aprestos, todo agitaciones y estrépito. Los criados están en ese día de una torpeza desesperante, los niños, porque ¿en qué casa no hay niños? introducen por todas partes la confusión y el desorden, las lámparas se taiman y no quieren prenderse, la caja de fósforos se pierde a cada momento; todos los contratiempos parecen habersé acumulado sobre la afanosa familia, y, para colmo de incomodidades, la modista no ha llegado aún con el vestido de la novia.

—Mamá, y la modista que no llega, dice la niña con lastimero acento.

—A qué te metiste a mandar componer el vestido cuando estaba tan bien! ¡Niño, deja ese florero, esclama, interrumpiéndose la mamá para contener los desmanes de uno de sus vástagos, que todo quiere tocarlo.

En ese instante llega el papá que se ha puesto ya su frac, una verdadera curiosidad, que manifiesta lo caprichoso de la moda.

—No hay por que apurarse, dice impuesto de las ansiedades de la familia; todavía es temprano.

En fin, la modista llega, las lámparas se encienden, los niños son enviados al interior, entre gritos descomunales, y el orden se restablece calmando los cuidados de la señora. Esta, con una hermana i sus hijas, ayudadas por alguna amiga antigua, que ya se considera como pariente, pasan a la árdua tarea de vestir a la novia, a la que de antemano el peluquero ha prodigado los primores de su arte.

—El vestido te sienta perfectamente, dice la tía, acomodando los pliegues de la falda.

—Está lindísimo, dice la amiga casi pariente ¿dónde está el velo?

A estas palabras la mamá siente un hielo mortal discurrirle por todas las venas: no se ha acordado del velo!

—El velo poco importa, dice la tía; sólo se necesita para casarse en la iglesia.

—No, hijita, replica con porfía la antigua amiga; el velo es indispensable, cuando yo me casé me acuerdo que...

—Pues yo me casé sin velo, replica la tía.

Y yo también, añade la mamá.

Esta discusión es interrumpida por el dueño de casa que, asomando discretamente la cabeza: ¿No les parece mejor, dice, que les pongan de una vez las bendiciones, ántes que llegue más gente?

A estas palabras la novia se pone a temblar como una gelatina y los parientes a tranquilizarla con numerosos ejemplos tomados de la crónica social, que en esto de aconsejar sucede lo mismo que cuando a un infeliz le ataca un dolor de muelas: a todos los que lo rodean les han dolido también, pero se las han sacado sin sentir.

—No se te dé nada, Panchita, le dicen: no creas que es una cosa tan terrible: todas hemos pasado por eso.

—Cuando yo me casé me dió un desmayo, dice otra, que me caí sentada y arrugué todo el vestido; pero después se me pasó el susto.

El novio, por supuesto, es en aquellos momentos una especie de vampiro, objeto de horror de las que rodean a la temblorosa Panchita.

Otras citan nuevos ejemplos, todos alentadores como los primeros, porque al fin y al cabo todas concluyen por asegurar que les ha pasado el susto; pero sin acordarse de que también se les han pasado las ilusiones y que una jóven, por enérgica que sea su voluntad, no abandona sin temblar las risueñas creencias de su estado, para entrar en otro velado de misterios e incertidumbres.

Abrese entretanto la puerta y la cara del padre asoma con ceño inquieto y resuelto a la vez.

—Acabarán esta noche, dice, el padre está aquí cuanto há y quiere irse luego. Vamos, Panchita, déjate de sonseras.

El cortejo se pone al cabo en marcha y la novia, conducida por la mamá, aparece con el rostro bajo y el clásico pudor en

la frente, pasando por entre los grupos de convidados que se agolpan con curiosidad a verla.

—Vamos, vamos, acabemos de una vez, dice el dueño de casa, con la misma prisa con que trataría un comerciante de deshacerse de un artículo calificado de *hueso*.

Colócanse los novios, luego los padrinos, y el sacerdote con muy breves palabras consagra una unión que ha de durar toda la vida, al paso que los espectadores ponen atento el oído para escuchar el *sí* de la novia.

Este es el instante solemnísimo de la familia. La novia dice sí y suelta el llanto, la mamá lo suelta también sin decir nada, arrójanse los unos en brazos de los otros, agolpándose todos sobre este grupo, y comienzan los comentarios, las bromas, las felicitaciones y las risas.

La orquesta preludia entonces unas cuadrillas y el novio se adelanta hacia su mujer, las parejas se ponen en movimiento y los mozos batallan por hacerse oír por sus compañeras, las que tienen su ojos fijos en la recién casada.

—Vaya que usted dijo *sí* despacio, dice el nuevo marido a su esposa, tratando de entrar en conversación para desentenderse de tantas miradas.

—Ay! si estaba tan asustada, responde la niña.

—¿Y como yo no tuve susto?

—¡Qué gracia, los hombres son tan distintos.

En los corrillos que pueblan el salón, las conversaciones se han animado también a favor del ruido de la música.

—¡Jesús! dice una señora a la que tiene al lado, la novia parece que está enfundada con ese vestido tan mal hecho.

—Y el escote, hijita, yo no sé como hay madres que se permiten vestir así a una niña.

—Parece que la hubiera peinado su mayor enemigo, dicen en otra estremidad del salón.

—Y lo pronta que estuvo para llorar. ¡Quién le irá a creer esos llantos!

Las personas que rodean a la mamá apuran, por el contrario, todos los elogios imaginables, hablándola de la hija.

—Está en su noche la Panchita, la dicen unas.

—Y divinamente vestida, añaden otras. ¿Por qué no le puse velo, hijita?

Las cuadrillas entretanto se han terminado con general animación y los amigos del novio lo rodean presurosos, dirigiéndole cada cual sus cumplimientos o sus bromas en las que de ordinario no reina el gusto más esquisito.

--Vaya, amigo, le dicen, ya está pasado el mal trago.

—Pero hombre, ya te estoy encontrando cara de marido. No hay que ponerse a bostezar ahora.

Uno, que se precia de hombre de mundo, lo saca por fin del corrillo y comienza a darle sus consejos, que para esto nunca falta un Mentor.

—Vaya hombre, le dice, ya estás casado, es preciso que desde el principio te acostumbres a dominar a la mujer.

—El hombre feliz, le dice otro, que se acerca golpeándole el hombro ¡quién tuviera su suerte!

Y así, unos en pos de otros, tanto y tantas cosas le dicen, que el infeliz teme perder el juicio.

Dadas las once de la noche, todos principian a despedirse, dando las mujeres un fuerte abrazo a la novia y los hombres un apretón de manos al marido, acompañándolo casi siempre de una sonrisa, que creen muy adecuada a las circunstancias, llevados de ese deseo que agita al hombre de aparentar una malicia que lo haga a lo menos pasar por hombre agudo.

ALBERTO BLEST GANA.

## ¡POBRE VIEJO!

Ni duda, aquella era la casa; lo encontré todo igual. El tiempo, es verdad, la había hecho más triste. Porque estaban manchadas las paredes con las huellas de la lluvia, y el musgo dibujaba en ellas siluetas verdinegras: el santo de cantera, el roto macetón en la azotea, el balcón mohoso, la entrada angosta ¡todo lo mismo! Sólo que en el ventanillo no se veía la jaula del loro locuaz, ni aquellos tiestos de geranio y rosa de castilla... ¡Con qué emoción leí aquél rótulo que en fondo negro y letras blancas casi borradas, decía: «Colegio para niños»...

Subí la escalera de mampostería. Como siempre, ardía en el descanso la lamparilla frente a la Virgen de Guadalupe...

Asomó tras el portón verde, no la muchacha harapienta, la *pelona* famosa, sino una viejecilla enjuta... En el silencio de la casa, en el aire discreto de la criada, en todo, adiviné lo que había pasado... ¿El señor Quiroz? pregunté.

— Esta mañana a las tres, me respondió con aire compungido la vieja, llevándose el delantal a los ojos... pase usted...

El señor Quiroz había muerto! Aquel hombre intachable, cuyo recuerdo vive en tantos que, como yo, mucho le debieron... ¡sólo! ni uno de sus discípulos lo acompañaba en aquella pieza desmantelada que conocía tan bien: el mobiliario miserable de aquella sala pobre; las consolas sin pie; el sofá de cerda; el estante de libros viejos; la esfera terrestre; aquel diploma pegado a la pared... junto a un Mapa Mundi; *la mesa revuelta* que le regalamos de cuelga el año 70, llena de firmas infantiles y borroneadas en medio de la pieza, el catre de hierro, y sobre sus tablas desnudas, un cadáver vestido de luto; un pañuelo cubría su cara, y a los lados dos grandes cirios que ardían, ¡Era el Maestro de primeras letras! Con respeto y temor lo descubrí. ¡Cómo había envejecido! ¡Qué aspecto tan des-

consolador en aquellas líneas modeladas por la muerte!... ¡Qué elocuente aquella soledad silenciosa, donde antes todo era bullicio!... Pobre amigo, yo le acompañaría. Y me senté en el viejo sofá de cerda y me puse a pensar en el pasado!...

¿Te acuerdas? Aquellas mañanas cuando oía la voz de mi madre que me gritaba: ¡van a dar las ocho! Aquel mal humor con que me levantaba, aquellas cóleras diarias contra la criada que me restregaba con demasiada fuerza el *zacate* y el jabón al lavarme el pescuezo, la brusquedad con que pasaba el cepillo por los cabellos aún rubios; el desayuno apurado de prisa, y aquel desconsuelo al tomar la bolsa deshecha, donde dormían la pizarra, el libro de Mantilla y el padre Ripalda... ¡Las ocho! Era hora; llorando todavía, llegaba al colegio, la criada me veía subir desde el zaguán, mientras le gritaba antes de tirar del grasiento cordón de la campanilla: ¡Ven a las doce en punto! y entraba.

No puedo olvidar aquella pieza .. aquel techo lleno de pelotas de papel mascado; las paredes con letreros y manchadas de tinta morada, negra y roja; los mapas polvorientos, las muestras de dibujo; el sistema métrico-decimal; el Corazón de Jesús, al frente, sobre un reloj siempre parado...

La plataforma pintada de negro y encima la mesa del señor Quiroz; el tintero representando un ciervo; la regla, las *planas* en orden, los libros formando pilas... las dos hileras de bancas y mesas con sus tinteros de plomo; sus candados en las tapas de las papeleras, y tantas letras gravadas con navaja en la madera de los muebles. . Me parece volver a aquellos tiempos, siento el aire fresco de aquellas mañanas, el olor del ladrillo recién regado, el sol entrando por el balcón abierto; el señor Quiroz golpeando la mesa con la regla y gritando «¡Pepito López, a su lugar!» para seguir rayando concienzamente e papel... Juanito Llamas borraba cifras aritméticas en el pizarrón; Miguel Vilches, oculto por la tapa de la papelería, mordía un cuerno de rosca; tras el antifaz de los catecismos, platicaban Mejía y Méndez: leía en voz alta Zamudio, y Pepito López, inquietísimo, se deslizaba hipócritamente a lo largo de la banca (siempre era esa su disculpa) para pedir un lápiz a Marticoarena o a mí, que con la vista vaga seguía el vuelo de las mos-

cas que aprisionaba Orozco y pegaba con cera a soldados de papel.

¡Ah, época inolvidable! No se cuidaba uno ni del día ni del mes, sino para saber, porque todos los juegos tienen su temporada, cuándo se debía jugar a las canicas, cuándo al balero, cuándo concluía el reinado del trompo y comenzaba el de los huesos de chavacano, el *piso* y el *burro*... Sin más temor que el de ser sorprendidos en *in fraganti* conversación, en desiguales cambalaches de pizarrines y caramelos o en el mayor crimen, fumando, pálidos de espanto, tras la puerta del común, el primer cigarro de *monzón* robado a la ama de llaves!

—¡Pepito, media hora de castigo!

—¡Señor, si no he hecho nada!

—Sí, señor; está usted distraendo a Orozco; media hora!

—No, señor (*jirimiquiando*) ¡a la otra!

—A su lugar! (*reglazo*).

Y después de estos diálogos, el Sr. Quiroz seguía rayando papel, hasta que alguno alzaba el brazo y enseñando dos dedos, pedía permiso para *hacer de las aguas*.

—¡Está ocupado! Aquel era el gran pretexto; ir a tomar agua o a cumplir alguna función fisiológica de grande importancia. En aquellas escapadas se mordía el pedazo de pan, resto del desayuno; se contaban las canicas, y, sobre todo, se estaba fuera de aquella pieza estrecha, de aquellas durísimas bancas, donde colgaban los pies: se lavaban las manos llenas de tinta, frotando los dedos en el ladrillo del lavadero... y haciendo repetir al perico aquella mala palabra que sabía y todos oían con una punzante curiosidad, y se repetía en voz baja, muy baja, porque si el señor Quiroz la oía *¡al cachotel!* aquel cuarto húmedo y obscuro, lleno de sillas rotas, tinas desfondadas y ropa sucia; donde paseaban las ratas del tamaño de un conejo. Había alacranes y mestizos, que acobardaban a los más valientes; era preferible dar cien líneas de Urcuyo, estar media hora hincado y en cruz, hasta recibir la orden de que no le dieran dulce y fruta en su casa, a entrar a aquella pieza que olía a ropa sucia y a humedad.

¿Cuántas cosas habría en el bufete del señor Quiroz? Dicen que ahí guardaba todo lo que les quitaba a los niños; muchas

canicas, membrillos mordidos, pedazos de charamusca, soldados de plomo, juguetes de madera, pinturas, caramelos, baleros, trompos; la teja de plomo que servía para jugar al piso, pliegos de papel de colores para forrar libros y tapizar los cajones, armellas, ¡qué sé yo! era un tesoro.

¡Qué tristes aquellas tardes cuando estaba uno en lista con dos o tres rayitas: cada una era media hora. Todos se iban a jugar al patio y uno se quedaba solo. Gritaba la criada:—¡Por el niño Mendoza!—Hasta las seis, respondía muy serio el señor Quiroz. No valían ruegos, no valían pretextos. ¡Es la última, señor! Ya no lo vuelvo a hacer! Nada, era inflexible!

¿Qué decir en casa, al llegar? ¿Cómo resistir aquella pregunta «¿Por qué viene usted tan tarde?» Y aquella comparación humillante de «ya vez a tu primo Félix, pues nunca lo castigan». ¿Cómo presentar los sábados aquella plana donde se repetían cinco veces las palabras Venecia. Valladolid. Valencia, o aquella máxima escrita con bella letra inglesa: «el estudio es fuente de riqueza», que uno copiaba con caracteres que parecían patas de moscas o como aseguraba el señor Quiroz, hechos con popotes? ¿Cómo mostrar aquella calificación: Conducta, Mal... Aplicación, Mal... Aseo, Bien, escrita al dorso? ¿Cómo coser los pantalones hechos pedazos, el saco lleno de gis, la camisa de tinta, las medias de ladrillo? ¿Cómo curar los moretones sacados en aquellos lances de honor que se ventilaban a las cinco, en un rincón de la azotehuela? Graves preocupaciones de la edad, imposibles de resolver a los siete años.

Para nosotros, el señor Quiroz era un inquisidor; ¿por qué nos daba *garnuchos* en las orejas? ¿Cómo se enfullinaba cuando alguno se le paraba de *gallito*? ¡Pobre viejo! alguna vez me pregunté, ¿por qué será tan pálido y tan flaco? Más tarde lo he sabido, más tarde he resuelto aquel enigma. Ya sé por qué llevaba siempre aquel saco café lleno de manchas, aquel chaleco gris, aquel pantalón de casimir del país con grandes rodilleras; sé por qué se ponía pensativo al reflexionar en el mañana, y por qué está pálido y flaco un hombre que no tiene dinero, a quien matan lentamente las privaciones, a quien consume el cerebro el repetir año tras año ¿que es gramática?, escribir día tras día el mismo ejemplo de sumar quebrados. resistir el eter-

no dos por dos cuatro, dos por tres seis; levantarse con el alba, sufrir malas respuestas y cargos de papás descontentos.

Esa es la vida. ¿Por qué el inventor no tiene bustos de bronce que lo inmortalicen, retratos y biografías en los periódicos ilustrados?

¿Por qué el mercader es grande y el sembrador se olvida?

¿Por qué sólo se alaba el encaje de piedra que corona las hermosas cornisas y no hay una mención para el cimiento?

Es un amigo de los primeros años, descifra ese jeroglífico encerrado en las páginas de un silabario, esa frase milagrosa que al pronunciarla se abren los inmensos horizontes desconocidos de la vida; da la clave para arrancar al libro su riqueza; arroja en el alma ese primer germen que diferencia al estúpido del hombre social, y sin embargo, es para todos un pobre viejo retrógrado, porque a fuerza de enseñar ya nada puede aprender, un bilioso que castiga sin justicia. a quien se le paga una vil mensualidad, y ¡hasta luego!

¡Pobre señor Quiroz! ¡Muerto!

¿Qué se habían hecho aquellos compañeros de colegio? ¿Por qué no había venido uno solo a recoger la última mirada dulce, dulce como la tenía el día de la comunión general y de la repartición de premios? ¡Era bueno, sí; el día que acabé el libro de Mantilla y dejé el colegio; cuando yo usaba pantalón corto, no lo olvido, me regaló una estampa con un San Luis Gonzaga, y conmovido, llorando, se despidió diciéndome: «que logre verte hecho un licenciado»... y entró con los ojos húmedos a explicar los denominados por partes alicuotas!

No puede ser malo el que muerto tiene cara de santo... no; me arrepentía de mis malos pensamientos de niño: la gratitud, una gratitud inmensa brotaba a mi labio... ¿Para qué besar aquella frente? Era demasiado tarde.

¡Pobre viejo, como le decían los vecinos! ya descansa; y me alejé con una tristeza profunda mientras un grupo de niños salía festivo del zagúan: niños que refan contentos como la mañana porque... ¡no había Colegio!

## CARTA SOBRE LA CUESTIÓN CON ESPAÑA

*Santiago, Abril 27 de 1865.*

Mi querido Lastarria:

No se enfade Ud. sino escribo a Ud. tan seguido como Ud. y yo queremos; pero me veo rodeado de tantos quehaceres, que las más veces apenas tengo tiempo para contestar las cartas más urgentes. Escribo a Ud. la presente desde la sala de acuerdo del Tribunal Ilustrísimo, del cual formo parte a consecuencia de la separación de Bernales que se jubila y vuelve a Europa, según dice. Me he venido aquí por muchas y varias razones, siendo una de ellas el andar con mi salud a mal traer y el sentirme gastado para las *peleas de abogado*. Al mismo tiempo he reemplazado a Ud. en la Facultad de Humanidades, (1) donde se agita ahora con sobrado calor la cuestión de si se suprimirá o no el latín como estudio obligatorio. Los pareceres andan encontrados. Benjamín (2) ha sido el promotor de esta cuestión acerca de la cual ha escrito un tomo que verá Ud. probablemente publicado en un alcance al Ferrocarril.

Por las cartas de Ud., que leo con sobrado gusto, veo que a Ud. aún le sonrío y acaricia la *amorosa fortuna*. ¡Qué diablos! No se ha de corregir Ud. jamás, y en valde el tiempo ha de procurar gastarlo, porque Ud. ha de luchar con él y ha de salir con la suya. ¡Qué reputación la que deja Ud. en todas partes! Las pobres mujeres comienzan a acariciar a Ud. como perrito de faldas, y Ud., a poco andar, se les convierte en perro de presa. Marcial, (3) que siempre mira en menos los triunfos de

---

(1) El señor Santa María fué nombrado Decano de la Facultad de Humanidades en reemplazo de don José Victorino Lastarria.

(2) Don Benjamín Vicuña Mackenna.

(3) Don Marcial Martínez.

Ud. en esta parte, asegura que en lugar de Ud. duplicaría en un año la población de Buenos Aires. Así son ustedes y en seguida me achacan a mí sus propias flaquezas!

Aquí marchamos en paz y en línea recta hácia la reelección, que nadie podría disputar, ya por carecer de medios para combatir, ya porque el país tiene profundamente arraigado el amor a la paz. Marcha el Gobierno sin embarazos, a no ser los que las Cortes de Justicia suelen querer suscitar con el propósito de sublevar malas pasiones. Al presente la Corte Suprema está en contienda con Federico (4) a consecuencia de la permuta de dos jueces letrados; contienda que no vale un pucho y que yo habría evitado, porque a mí no me gusta jugar con la autoridad en nimiedades sino en los lances en que la parada sea definitiva. Ya Ud. se imaginará que el *yankee* (5) no habrá de dejarse atropellar. Montt, (6) que el día menos pensado ha de hacer un gran disparate, mayor del más grande que hizo en el Perú, porque ha perdido toda calma, está al frente de esta cruzada judicial protestando que ya *no se puede tolerar más*. Sonsera y gran sonsera. Dichos y hechos como los que le refiero prueban que el despecho se ha sobrepuesto a la razón. Varas (7) obra y piensa de otro modo, por más que Ud. se ría de mí.

Lo malo que tenemos es la falta de un diario nuestro y, a propósito de esto, no se cuide Ud. mucho de nuestra crónica local, llena de ordinario de embustes, porque la crónica de la *Patria*, de la *Prensa*, etc., y la crónica de toda la República Argentina es más vergonzosa y más cuajada de hechos repugnantes. Los argentinos son los que menos pueden hablar a este respecto; ellos que han formado la más triste excepción en América con las matanzas de Mendoza y San Juan y con sus corifeos Aldao, Benavides, etc., etc. Ahora casi toda la prensa nos es hostil, porque hasta *El Mercurio*, que ántes era nuestro, ha caído en estos días en manos de Martín Palma que se ha estrenado abriendo las hostilidades. Tornero ha querido hacernos la forzosa exigiendo \$ 40,000. Que se vaya a un c.....

(4) Don Federico Errázuriz.

(5) Apodo que familiarmente se daba al señor Errázuriz.

(6) Don Manuel Montt.

(7) Don Antonio Varas.

Antes de hablarle de las cosas del Perú diré a Ud. que marcha para allá Marcial Martínez, nombrado Encargado de Negocios. Lleva de secretario u oficial primero a Julio Blest.

En el Perú la revolución sigue una marcha lenta, y entre nosotros despierta muy poco interés el éxito que tenga, desde que hemos perdido toda fé y toda confianza en aquel pueblo. Del empréstito de 50 millones que, bajo bases onerosísimas ha negociado el gobierno peruano en Europa, ha recibido ya 20 millones que invertirá, no en provecho del país, sino en provecho de los que lo mandan. Claro está que la honra peruana será siempre mancillada quienes quiera que sean los hombres que manden en el Perú. Pareja (8) no ha abandonado todavía las aguas del Callao y, según las noticias recojidas, no se moverá hasta el 27 de este mes y en el caso de que la cuestión española no tenga un desenlace pacífico entre nosotros.

Ahora vea Ud. lo que ha ocurrido, en la inteligencia de que refiero a Ud. cosas reservadas y mal traducidas, por consiguiente, por la prensa.

Habiéndome encontrado con Tavira, (9) me habló de los deseos que tenía de arreglar amistosamente los reclamos que había pendiente. Larga y amistosamente debatimos la materia, sin consentir jamás por mi parte en que tuviera fundamento alguno para entablar aquellos. Tavira, en conclusión, me encargó que averiguara la disposición en que pudiera hallarse el Presidente. Todo esto era extraoficial y meramente amistoso.

A los pocos días, le signifique de palabra que el Presidente no distaba de reanudar las relaciones con España, siempre que no se le pidiera cosa alguna que lastimase la honra del país. En esta segunda conferencia supe cuanto Tavira pretendía y conocí hasta una parte de las instrucciones del gabinete de Madrid. Debatimos todos los puntos materia de queja, fútiles y ridículos todos ellos, pero no arribamos tampoco a arreglo alguno definitivo, porque le rechazé lo último que me pedía y con lo cual podía quedar todo terminado, a saber: que el castillo de Valparaíso saludase primero a la escuadra española el día en que se presentase en este puerto.

(8) El Almirante español don José Manuel Pareja.

(9) Don Salvador Tavira, Ministro de España en Chile.

En este estado las cosas, me mandó Tavira un borrador de conferencia con el Ministro de Relaciones Exteriores, previéndome que si se aceptaba, podían quedar concluidas amistosamente todas nuestras diferencias. En el proyecto aparecía el Ministro de Relaciones Exteriores ofreciendo con sobrada largueza al señor de Tavira el saludo anticipado y el envío de un Ministro a Madrid, amén de no pocas palabritas que, a proferirse por el Gobierno nuestro, podrían sacarnos más de un color a la cara. Como era natural, le rechazé al godo su proyecto y le presenté otro, digno y mesurado, cuyas palabras los Ministros y yo estudiamos con mas proligidad que cuando Ud. nos enseñaba y castigaba en el colegio. Con él en la mano, conferencié de nuevo con Tavira cerrando la conferencia, en la cual me dijo que *no le parecía mal*, pero que le permitiese madurarlo, con estas dos terminantes y reiteradas declaraciones: 1.<sup>a</sup> Que ese contraproyecto era nuestra primera y última palabra; y 2.<sup>a</sup> Que si realmente quería reanudar las relaciones que él había interrumpido, no exigiese del Gobierno ningún acto ni ningún dicho que pudiera traducirse como una satisfacción porque no estaba dispuesto a darla. Que si quería hacer uso de la fuerza, el Gobierno no se intimidaría, porque el país estaba dispuesto a soportar todas las calamidades antes que la deshonra. No entro en más detalles porque necesitaría de más tiempo del que puedo disponer.

Cinco días hoy a que Tavira me devolvió el contraproyecto diciéndome que yo quería que la magnanimidad de España fuese muy léjos, y que el negocio quedaba en el mismo estado en que se hallaba antes. De manera que ni estamos en guerra ni en paz, porque no hay ningún reclamo oficial, ni ultimátum de ninguna especie. Creemos que Tavira espera la escuadra para ponerse suecos, y nosotros en tal caso andaremos en sanco. En presencia de la fuerza hasta las buenas palabras habrán de acabarse.

Ahora déjeme Ud. darle una amarga queja contra Mitre (10) que corre el peligro de ser borrado del catálogo de los ameri-ilustres. Dígaselo Ud. así

---

(10) Don Bartolomé Mitre, Presidente a la sazón de la República Argentina.

Pendiente la cuestión peruana-española, que tan justamente alarmó a la América, ya por las razones que el Comisario español dió para posesionarse de las islas Chinchas, ya por el irregular y atentatorio procedimiento empleado para esta posesión, Mitre envió a Sarmiento (11) a Chile asegurando este último que tenía instrucciones de su Gobierno para marchar en un todo en conformidad con lo que el nuestro hiciese y deliberase. A mí me habló Sarmiento para que Covarrúbias (12) le diese conocimiento de las instrucciones que Montt (13) llevaba al Perú y al Congreso Americano.

Nuestro Gobierno fué franco y leal.

Montt partió con Sarmiento, y Sarmiento, con anuencia de su Gobierno como es de creerse, tomó asiento en el Congreso Americano protestando que Mitre aprobaría cuanto hiciese y que muy pronto presentaría los poderes de que carecía.

Mientras Sarmiento hacía este papel en Chile y en América, Balcarce (14) se presentaba como Ministro de la República Argentina en Madrid, nada más que para hacer genuflexiones, cortesías y ofrecimientos a Isabel II. Cuando en Madrid se vió a Balcarce de cortesano y a Sarmiento de tirador en el Perú, el Gobierno español interpeló al primero sobre esta misteriosa e irregular conducta y Balcarce contestó que extrañaba lo que Sarmiento hacía, porque los deseos de la República Argentina eran mantenerse en paz con España y que consultaría a este respecto a su Gobierno.

Debió efectivamente escribir a Mitre y éste, entre la honra americana y las cortesías a España, no titubeó acerca del partido que debía tomar. Balcarce ha asegurado al Gobierno español que Sarmiento ha obrado intrusamente y sin conocimiento de su Gobierno, el cual estima en mucho la cordialidad con España.

Sarmiento debe también haber sido amonestado, o más bien *advertido*, porque no ha querido firmar ni ingerirse en las úl-

(11) Don Domingo Faustino Sarmiento.

(12) El Ministro de Relaciones Exteriores don Alvaro Covarrúbias.

(13) Don Manuel Montt, Plenipotenciario de Chile en el Congreso Americano de Lima.

(14) Don Mariano Balcarce, Ministro de la República Argentina en Francia y España.

timas piezas elaboradas por el Congreso Americano. De este modo España queda satisfecha.

En buena ley ¿qué calificativo merece este procedimiento? Yo lo dejo a la consideración de Ud. Pueda ser que Chile no sea tan grande como la República Argentina, pero Chile será siempre la más honrada de todas las Repúblicas sudamericanas. Confieso a Ud. que escribo todo esto con rabia.

Hecho menos a Ud. para la próxima legislatura. Deseo que comencemos a despejar los malos elementos que la constituyen. Me parece que no es todavía el caso de dar la batalla cuerpo a cuerpo, pero sí de ir dando a un lado con esos malos principios que todavía tienen secuaces entre nosotros y que impiden que el rodaje de la máquina sea más violento y seguro.

He enviado a Prado a Copiapó las dos cartas de Ud.

En la familia de Ud. no hay novedad.

Adiós, siempre su amigo.

DOMINGO SANTA MARÍA.

## EL SOLDADO DE PLOMO

Registrando un arcón olvidado,  
Cubierto de polvo,  
Donde están mis juguetes de niño  
Sin ruedas y rotos,  
Mi soldado viejo,  
El fusil al hombro,  
Montando su guardia  
Velaba en el fondo.

En el áspero ruido que hicieron  
Los duros cerrojos,  
Parecióme escuchar su consigna  
De olvidado tono,  
Que vibrar hizo en mi alma dormida  
Recuerdos ignotos...

En mis horas alegres de niño,  
Que huyeron de pronto,  
La fiel compañera  
De juegos y gozos,  
La que fué en un tiempo,  
Vida en mi reposo,  
Reposo en mi vida,  
Partiendo un tesoro,  
Me dió un soldadito  
De sus bélicas huestes de plomo,...

Al cerrar el arcón olvidado,  
Y al correr cerrojos,  
Yo grité la consigna a mi viejo

Soldado de plomo:

- « Viejo amigo aquí estoy, tu has velado,
- « Sin tregua y reposo,
- « Mis gratos recuerdos
- « De tiempos remotos;
- « Yo he dormido entre tanto con sueño,
- « Tan largo y tan hondo,
- « Que al verla hoy de nuevo
- « Muy distinta la encuentran mis ojos,
- « Sin la amiga espresión de otros tiempos
- « Grabada en su rostro...
- « Ya dormí. duerme tú, baja el fiero
- « Fusil de tus hombros:
- « Relevo tu guardia,
- « Descansa en el fondo,
- « Con mis viejos juguetes de niño,
- « Sin ruedas y rotos.

JUAN LUIS ESPEJO.

## MAURICIO BARRÈS

(Conclusión)

Esta página—que revela, a la vez, al panteísta y al evolucionista—indica los nuevos rumbos del pensamiento de Barrès. Por el estudio de la parte inconsciente de su ser se ve solidario de las generaciones anteriores. Se ve solidario del mundo que le rodea, de los hombres y de los animales, de las rocas y de las plantas. Es un principio de orden y de disciplina. Ya no podemos moldear la vida a nuestro antojo, prescindiendo de las solidaridades que la condicionan por todas partes. Escuchemos y sigamos la voz de lo inconsciente y seremos entonces nosotros mismos. Así cultivaremos y realizaremos nuestro yo.

Después de *El jardín de Bérénice*, capital para estudiar la evolución de Barrès, sus obras se reparten en dos grupos. Tenemos, en primer término, las sensaciones de los países extranjeros en que busca lecciones de energía, *Du Sang, de la Volupté et de la Mort*—harto tocada de decadentismo—*La Mort de Venise, Le voyage de Sparte y Le Greco ou le secret de Tolède*, que afianzan su amor a la tierra natal de Lorena que ya vimos apuntar en las páginas de alguno de sus primeros libros (1). «He creído amar—escribe, por ejemplo—más que nada en el mundo el museo del Trocadero, los pantanos de Aguas muertas, de Rávena y de Venecia, los paisajes de Toledo y de Esparta; pero a todas esas famosas desolaciones prefiero el modesto cementerio de Lorena, donde ante mí se extiende mi conciencia profunda» (2). Constituyen otro grupo los libros nacionalistas. Barrès, desde que reconoció su «inconsciente», se

---

(1) Véase, por ejemplo, toda la primera parte de *Un homme libre*.

(2) *Amori et dolori sacrum. La mort de Venise*, pág. 228.

lanzó a la vida pública con entusiasmo no decaídos jamás. Conoció el mundo parlamentario y supo describirlo en retratos dignos de Saint-Simon, como los que hablan en las páginas de *Leurs figures*. Conoció y trató al general Boulanger, hombre verdaderamente representativo de la raza en opinión de Faguet, cuya historia hizo un libro, *L'Appol au soldat*.

Más interesantes que estas obras, donde domina la parte histórica y anecdótica, son aquellas en que habla sobre todo el pensador, como *Les deracinés*—pintura vigorosa de las funestas consecuencias de la educación puramente intelectual y libresca, ayuda de todo sentido nacional que esteriliza todas las energías—o el patriota que aspira a mantener el lazo espiritual que une a Francia la Alsacia-Lorena, mientras llega el momento de reintegrar aquellas regiones a la patria común, como las dos novelas *Au service de l'Allemagne* y *Colette Baudoche*.

En estas dos últimas obras, que vienen a enriquecer ese interesante ciclo de la Alsacia-Lorena, de que forman parte como *Les Oberlè*, de Renato Bazin, *Les frontières du cœur*, de Víctor Margueritte, *La blessure mal fermée*, de Jorge Ducrocq, y otros, se adapta Barrès a la forma clásica de la novela—sólo en un sentido lato pueden calificarse de tales las que se refieren al culto del yo (1)—. En una y otra vemos cómo el alma de la raza triunfa del individualismo. *Au service de l'Allemagne* nos describe los sufrimientos de un joven alsaciano que sirve en el ejército alemán. Rodeado de camaradas alemanes, en una atmósfera germánica acierta a conducirse como un francés. *Colette Baudoche* es la historia de una joven de Metz, profundamente francesa, que ama a un profesor alemán. Por cierto que, refiriéndose a estos dos libros, A. Insúa, en el prólogo a su traducción de *El Greco*, ha dicho que pone frente a frente Barrès la cortesía francesa y la barbarie alemana (2). Nada más inexacto, por lo que se refiere a la segunda de ellas por lo menos. El profesor Asmus es un hombre inteligente y digno de esti-

(1) La acción es casi nula. La fantasía del escritor vuela libremente. A cada paso surgen digresiones del mismo relato que logran amplios desenvolvimientos. Es una construcción, en cierto modo, invertebrada como dice Lemaitre de los libros de Huysmans.

(2) Loc. cit. pág. 24,

mación. Ama a su patria; pero no odia a las patrias de los demás. No se haya contaminado de la megalomanía que hoy posee al pueblo alemán. Y sin embargo, cuando la joven alsaciana asiste a los funerales que se celebran en la catedral de Metz por los soldados franceses muertos en el campo del honor, comprende que no puede unirse con un hombre de la raza opresora. La voz de los antepasados le impone el sacrificio de su amor al deber patriótico.

El espíritu de Barrés va elevándose y depurándose cada vez más. Cada uno de sus libros indica una etapa de esa ascensión moral profundamente conmovedora. Este patriota y este entusiasta había de llegar a considerar y estudiar atentamente el fenómeno religioso, que—justo es reconocerlo—no se halla ausente de ninguna de sus obras.

Barrés llega a la religión por la raza y por el paisaje (1). La religión responde a un instinto profundo de la naturaleza humana. Y existen sitios señalados desde toda la eternidad para ser asientos de la emoción religiosa, «sitios en que sopla el espíritu», según nos dice en la maravillosa introducción de *La colline inspirée*. Uno de esos sitios es en Lorena la colina de Sion Vaudemont, donde hubo un tiempo un célebre santuario de la Virgen. El sacerdote Leopoldo Baillard, lleno de actividad y de celo, restaura en ella el culto un tanto decaído de la madre de Dios. En torno del santuario se fundan y prosperan diversas obras. Las peregrinaciones se suceden. Después surgen dificultades entre Baillard y su obispo. El orgullo separa al sacerdote de la comunión católica. Va a buscar en el iluminado Vingtras la fe en Roma que ha perdido. Le vemos como a sus secuaces, cada día más escasos, rodar de abismo en abismo. Las prácticas más extravagantes y nefandas substituyen al culto tradicional. Baillard se ve arrojado de la colina y arrastra después una existencia miserable. En sus últimos momentos siente la necesidad de reintegrarse al cuerpo de la Iglesia, de que voluntariamente se apartara.

---

(1) V. J. Fonsegrive, *De Taine à Péguy*. V. *L'arrivée*, en *Le Correspondant* del 10 de Noviembre último, pág. 506 i sig.

He aquí como, después de haber preconizado la rebelión contra la ley, de haber rechazado toda disciplina como nociva para el desenvolvimiento del yo se viene a afirmar la necesidad de la ley y de la disciplina en las regiones superiores de nuestra vida espiritual.

Esta idea resplandece igualmente en *La grande pitié des églises de France*. El fondo religioso del alma es muy temible y la Iglesia lo encauza y lo hace fecundo. Este es el tema de más de uno de los bellísimos discursos pronunciados por Barrès en defensa de las iglesias de Francia contra el imbécil anticlericalismo de los modernos Homais. En este libro, donde se hallan acaso las mejores páginas de Barrès—recordad, por ejemplo, el capítulo «La procesión en el jardín»—se afirma, además, el valor educativo insustituible de la religión católica para el alma francesa. Y si el autor conserva en su corazón cierto afecto para las divinidades del paganismo—léase, por ejemplo, el capítulo *Tout le divin à la rescousse*,—reconoce la inmensa superioridad de la religión de Cristo, profesada por la Iglesia católica, y termina proclamando la eficacia de la santidad. Para salvarse «las iglesias de Francia—afirma—tienen necesidad de santos» (1).

¿Se coronará algún día esa ascensión moral con la adhesión plena y entera a la verdad católica? ¿Penetrará Barrès en el santuario en torno del cual vaga poseído de la nostalgia de lo infinito? ¿Escuchará, no la voz de la raza, sino la voz de Dios? Así lo esperamos.

En todo caso, Barrès ha servido de guía a otros que siguieron ese camino y hoy le han adelantado. Oid, por ejemplo, a Pedro de Lescure (2).

«El señor Barrès nos ha salvado de la anarquía. El individualismo se prolonga en lo social; pero lo social es precedero. Barrès ha pasado por lo fugitivo; llega a lo durable; no toca a lo eterno. La ascensión de nuestros deseos quiere llegar más arriba de las cumbres terrestres... Repetiremos las resoluciones

(1) *La colline inspirée*.

(2) P. de Lescure, *M. Barrès et l'union sacrée*. *Revue des Jeunes*, 10 de Noviembre de 1915, págs] 150-151. Véase asimismo en la antigua *Revue de la Jeunesse* (12 de Abril de 1914) un bello artículo de Valléry-Radot, sobre *La grande pitié des églises de France*.

de los jóvenes peregrinos ante el sepulcro del emperador: «Apegarse a las realidades, colocarse en las condiciones vitales. Es preciso, sin embargo, que nuestras realidades *encarnen* que se refieren a Aquel que nunca perece; que nuestras condiciones vitales formen un sistema vivo; por compañero de nuestra vida queremos a Aquel que es la vida. Hemos terminado con los vagos «algos». Que alguno nos conduzca. Los espejismos, por divinos que sean, no pueden satisfacer nuestra necesidad de Dios».

La guerra europea ha concentrado la actividad de Barrès en la propaganda patriótica. No sólo ha sacrificado como otros escritores—un Bourget, un Loti, un Guiraud—en los altares de la patria. Se ha entregado en cuerpo y alma a la causa de Francia y viene siendo, a partir de la declaración de guerra, como el verbo del gran pueblo francés. Diariamente su pluma de poeta canta en himnos magníficos los dolores y las esperanzas nacionales. Cuantas obras ha suscitado la guerra han tenido en Barrès un protector entusiasta. He referido al mundo el obscuro heroísmo de los soldados, la gloria de los jefes y la callada abnegación de los que no pueden combatir. Ha visitado los países aliados y ha estudiado la psicología de los neutrales. Y en el espectáculo admirable que presenta su pueblo, al que se creía corroido por las más espantosa desmoralización, ha visto «los rasgos eternos de la Francia» (1). Y por encima del humo de los cañones y de las llamas del incendio ha vislumbrado la cultura francesa de mañana, «viril, sabia y límpida para todos... Los jóvenes artistas, que mezclados en todas las filas de la nación exaltada, se sobreponen a las alternativas del temor y del valor no dejarán de dirigir sus miradas hacia los grandes intereses de los pueblos y a la vez a las partes divinas del alma» (2)

(1) Tal es el título de un hermosísimo discurso pronunciado el 12 de Julio último en Londres, ante la Academia británica y que ha sido traducido al castellano en la colección «Páginas de actualidad» [Bloud y Gay]. Los artículos de Barrès constituyen, bajo el epigrafe general *El alma francesa y la guerra*, hasta cuatro series que se intitulan *La unión sagrada. Los santos de Francia. La cruz de guerra y La amistad de las trincheras*, editadas, como todas sus obras, por Emile Paul.

(2) *L'Union secrée*, pág. 85.

Tales son, *grosso modo*, los rasgos dominantes de la figura literaria de Barrès. Examinemos ahora qué traen sus libros sobre España a la fisonomía de nuestro pueblo en la literatura universal; qué impresiones o qué lecciones ha recibido Barrès de su contacto con el alma española.

Dos son los libros—aparte de diversos artículos de periódicos esparcidos aquí y allá—que Barrès ha dedicado a España, uno de ellos de modo fragmentario allá por los años en que privaba el culto del yo—*Du Sang. de la Volupté et de la Mort*—otro íntegramente cuando su espíritu había escuchado ya la voz de la tierra y de los muertos, el Greco o *El secreto de Toledo*.

El primero de ellos nos presenta principalmente dos aspectos literarios de nuestro país que son, sin duda, los que más seducen a los extranjeros, los más divulgados por el mundo, los dos más antitéticos; el ascético y el voluptuoso. No hay, pues, novedad esencial en la obra de Barrès desde este punto de vista. Es la misma nota que dan las novelas españolas de Merimée o el *Viaje por España*, de Gautier. Únicamente es aquí mayor la profundidad de la emoción. El que visita Toledo, El Escorial, Córdoba o Granada es, no un amante del paisaje, sino un «aficionado a las almas», como el mismo se llama.

En la primera parte de este libro—*Un amateur d'âmes*—pinta Barrès una pasión complicada y enfermiza—el idilio de ese nuevo René que se llama Delrio—al que sirven de fondo los graves paisajes de Toledo y El Escorial y la desenfrenada voluptuosidad andaluza. La antigua ciudad imperial le parece «una imagen de la exaltación en la soledad, un grito en el desierto» (1). El Escorial representa la «traducción en granito de la disciplina castellana nacida de una concepción católica de la muerte. En lo alto de una roca de esa sombría cima—escribe—en que fué impuesto el sobrio monasterio ¿qué viajero no ha experimentado el despotismo de ese paisaje, de una tan dolorosa regularidad en un horizonte convulsionado...? Inclinado sobre el inmenso Escorial que dominaba desde una altura, Delrio se abandonaba al vértigo del abismo ascético; cedía al

(1) *Du Sang, de la Volupté et de la Mort*, ed. Fayard. pág. 15.

imperio católico del dolor... Aquel paisaje anárquico que soporta el real monasterio como una loza abrumadora de granito azul le parecía la composición de lugar que presentase a su imaginación para fijarla en su imaginación un Pascal meditativo» (1). Finalmente, Granada, que es «bajo un quitasol deliciosamente bordado una de las más blandas almobadas del mundo» (2) y cuyo ambiente «proporciona la sensación de la voluptuosidad en la pureza». Otras tantas fórmulas lapidarias que valen por un largo volumen de descripciones, como se ve.

Delrio gusta y hace gustar a la enigmática y enfermiza Pía nuestra literatura en aquellas obras que encarna nuestro modo de ser religioso— *El rufián afortunado*, de Cervantes; *El condenado por desconfiado*—o el sentimiento, un tanto descarriado y brutal del honor, como *El médico de su honra*. Busca en ellas las sensaciones de ascetismo sombría y de voluptuosidad cruenta que le hacen extasiarse ante los cuadros de Valdés Leal o vestir de amarillo y violado el cuerpo de la amada.

Más interesante, si cabe, desde el punto de vista español, es la segunda parte del libro que lleva por título *En Espagne*, donde Barrès, despojándose del disfraz de aficionado a las almas, reúne unas cuantas impresiones de sangre, voluptuosidad y muerte recogidas en España. Hay en esta porción del libro descripciones admirables, en medio de su crudeza, como la de las cigarrerías de Sevilla, que lleva por título *Les bijoux perdus*, pensamientos profundos como los que le inspira la historia de don Miguel de Mañara antes los cadáveres de Valdés Leal, «voluptuoso que después de estrechar entre sus brazos tantos cuerpos jóvenes sólo se sastifizo llevando los cadáveres de los ahorcados» (3). Hay también asimilaciones inadmisibles que el Barrès de hoy no formularía seguramente, como la que establece entre los toros y el ascetismo. «Las voluptuosidades de la tauromaquia y del auto de fé cuando se transforman en cerebralidad producen el ascetismo» (4). Hay en todas ellas una visión de España como país de contrastes que, si no es del todo exac-

(1) Ibidem, pág. 23-24.

(2) Ibidem, pág. 25.

(3) Ibidem, pág. 72.

(4) Ibidem, pág. 76.

ta, porque en España hay más que esos contrastes y porque los que existen se encuentran considerablemente acentuados por Barrès, tiene indudable fuerza estética.

Por lo demás, en algún lugar el escritor entrevé el carácter práctico y social de ese misticismo en el que distingue principalmente una fuente de sensaciones. Oid, por ejemplo, cómo se expresa sobre santa Teresa o san Ignacio: «Teresa y sus amigos—nos dice—se daban a la predicación, a la dirección de las almas, a cuidados que son muy análogos a los de un hombre de Estado y un gran industrial... Esta mística descubrió cualidades de organización que hallamos en esos prodigiosos trabajadores como Colbert o como los auxiliares de Napoleón. San Ignacio de Loyola demuestra igual clarividencia y tenaz buen sentido» (1).

*El Greco o El secreto de Toledo* se halla separado del anterior libro por veinte años, que fueron para su autor de intensa vida interior, de progresiva depuración de su espíritu del virus individualista y decadente. Indudablemente, sigue teniendo a España como el país de los contrastes, tal como lo define en un artículo interesante en su labor hispanófila, de que luego hablaremos; pero su visión ha ganado en profundidad y ha visto nuevos aspectos de España que antes apenas había soslayado.

Desde las primeras páginas del libro, Barrès aparece preocupado por el misterio del gran artista cretense que supo, acaso mejor que nadie, traducir en sus lienzos el genio ascético de nuestra raza. Evoca los recuerdos de su primera visita a Toledo y nos cuenta su admiración estática ante aquel soberano entierro del conde de Orgaz que acierta a reunir la tierra y el cielo en el breve espacio de una tela «¿Es posible—se pregunta—que el realista que acaba de pintar esos veinticuatro toledanos ocupados en rezar un *Requiem* sobre los despojos de uno de los suyos sea el visionario que nos transporta al reino de las sombras y de los sueños? ¿Bajo qué prisma contempla, pues, la vida?» (2).

(1) *Ibidem*, pág. 79.

(2) *El Greco...*, pág. 52.

La vida del Greco y la historia de sus obras, maravillosamente evocadas por Barrès, no nos descubren plenamente el secreto de su arte incomparable. Y el escritor busca entónces la solución del enigma en la moderna Toledo, cuyas piedras, «siguen narrando las mismas cosas que escuchara el Greco y que fortificó el artista con el abundante discurso de sus cuadros en las capillas ruinosas» (1). Y siguen admirables descripciones donde Barrès penetra en el alma de la ciudad, empezando por la soberbia evocación de la villa que «se recoge sobre la recia montaña, se apodera de todos sus salientes y cubre la altura por completo en una posición soberbia de orgullosa en desgracia» (2), continuando por las impresiones de la catedral, donde alienta la poesía de «las grandes profundidades», y terminando por las páginas que titula «La música en el paseo y a través de las calles de Toledo», donde ha fijado el singular atractivo de nuestras viejas ciudades castellanas y de la vida de provincia, tal como han sabido sentirlo entre nosotros un *Azorín* o un Baroja.

Después de examinar el medio en que se produjo, Barrès cree comprender el sentido de la obra del Greco.

El artista extranjero se sintió deslumbrado por el genio de España, visible como en parte alguna en la ciudad de Toledo. «En adelante, su pintura representará las bruscas alternativas, un tanto bárbaras, del alma española que resumen totalmente el prosaico Sancho y el visionario don Quijote. De todos modos, dominará el visionario... (3). Abí lo tenéis—prosigue—dispuesto a ser un pintor del alma apasionada por excelencia: la española de tiempos de Felipe II. Deja a otros la tarea de representar los martirios atroces, las gesticulaciones violentas... pero guarda para sí cuanto late de ardor y de orgullo en el fondo de tales excesos, que servirán siempre para dirigir a los espíritus por los cauces del honor y de las veneraciones religiosas... Ante el alma castellana el Greco olvida sus habilidades y se hace una retina nueva, una mano de niño, una conciencia de primitivo. ¡Y cómo dice derechamente lo que le

(1) *Ibidem*, pág. 100.

(2) *Ibidem*, pág. 111.

(3) *Ibidem*, pág. 172.

importa decir!» (1). El Greco es, pues, sencillamente, un católico español; «quiero decir que constituye cierta cualidad de lo sublime que pueden producir todas las naciones católicas, pero a la cual ha asociado su nombre la española. Sus lienzos completan los tratados de Santa Teresa y los poemas de San Juan de la Cruz... Nos facilitan una intuición acerca de los móviles de la nacionalidad española en su edad clásica... Seres son que se alimentan de lo divino. Vedles elevarse a Dios a quienes aspiran para sí mientras aspiran a Él. Todo adquiere en ellos una significación eucarística» (2).

Porque no cabe desconocerlo: «Los dogmas católicos constituyen el pensamiento inmutable de España. Se reconoce su influencia hasta en los dominios menos sospechosos... Todos los modelos del Greco salmodian las alabanzas de la Inmaculada y de la presencia real. Su estética es el entusiasmo de la Comunión. Esos cuerpos que parecen estirarse hacia el cielo no son sino almas que se purifican y sobre las ruinas del egoísmo vencido ganan los reinos del espíritu» (3).

El tono ha cambiado indudablemente en los veinte años que separan a los dos libros que examinamos. A despeque de algunas correspondencias y analogías que establece entre la España mística y la España sensual, de algunas ligerezas como cuando llama a San Vicente Ferrer «un Drumont más afortunado», ¿no adivináis en esta página en que se celebra a la España católica al futuro autor de la *Colline inspirée* y de *La grande pitie des églises de France*? ¿Y será aventurado suponer que nuestro paisaje austero y nuestra pintura y nuestra literatura han contribuido eficazmente a inclinar más y más hacia el catolicismo el noble espíritu de Barrès?

*El Greco*—así lo esperamos—no será el último libro que Mauricio Barrès dedique a España. En un interesante artículo sobre *El genio contrastado de España*, publicado en *Le Gaulois* en 1913 (4) nos declara el propósito que le movió a escribir la

(1) *Ibidem*, pags. 173-174.

(2) *Ibidem*, págs. 191-192.

(3) *Ibidem*, pág. 198.

(4) En él ratifica Barrès su concepción de nuestro país como fruto de una violenta antítesis, que resume así: Castilla y Andalucía. No habría que decir España—añade—, sino las Españas. Esa oposición que se ini-

obra que hemos examinado: dar a conocer el alma de España y para ello iniciar al lector en los «tormentos, los dramas y las inquietudes de los hombres que hicieron su civilización». El gran pintor es para él uno de esos hombres representativos de nuestro genio. Otro es santa Teresa de Jesús. «Habría que escribir—dice—la biografía de Santa Teresa, personaje que representa mejor que ninguno su modo de pensar y de sentir, de un modo sublime, se entiende, y a una altura que no alcanzan los mayores artistas. Cuando el águila quiere dar una lección de vuelo a sus aguiluchos empieza por volar alto. Igualmente Santa Teresa se mantiene por encima de un artista tan genial como el Greco. Pero en ambos personajes—nótese la fineza de la observación—se manifiesta la misma aspiración a salir de la armonía ordinaria para crear una armonía superior». ¡Qué admirable libro el que Barrès podría escribir sobre Avila y sobre Santa Teresa!

Entre tanto, Barrès no ha cesado de mostrar una admiración cada vez mayor por nuestra cultura y nuestra tierra y de predicar la necesidad de estudiarla atentamente. Poco después de ensalzar el genio de España en el artículo citado, escribía otro para divulgar la labor de los distinguidos hispanófilos—Mérimée, París, tantos otros—que tanto han contribuido en los últimos años a la aproximación de los espíritus selectos de ambas naciones hermanas. Después de pasar revista a diversas obras publicadas últimamente por franceses acerca de arte español y de saludar los nombres de la condesa de Pardo Bazán, de Menéndez Pidal, de Zuloaga y de Unamuno, escribía esta página llena de simpatía y de gratitud hacia nuestro país: «Por mi parte hubiese querido colocarme mejor de lo que las circunstancias me lo han permitido en la lista de los que hacen comprender España a Francia. Sólo el tiempo me ha faltado para expresar sentimientos de tiempo hace experimentados. Hace veinte años, mientras mis compañeros bebían en los Tolstoi y

---

cia con la Reconquista perdura todavía en la vida y en la literatura. Ella da a España una impresión de «fruto silvestre». El artículo fué reproducido por *Le XX siècle*, de Bruselas, de 27 de agosto de 1913, de donde tomamos las citas.

los Nietzsche, los Ibsen y los Walt Witman y pretendían recibir del Norte la luz, yo encontraba mis inspiraciones en Venecia, en Toledo, en Córdoba; y comprendía a Wagner en la decoración de Montserrat... Parsifal... me fué revelado en Montserrat como un episodio de la gran misión de la España de la Edad Media, como un episodio esencial de la Reconquista. Mucho debo a Italia, por donde me paseé hacia los veinte años; pero debo más a España. Alfonso Daudet me decía que me había visto transfigurado después de mi primer viaje a Castilla. ¿Por qué negarlo?... A veces me aburría de Milán a Nápoles al encontrar el ideal de los humanistas, una cultura para la que no he sido hecho. En España se conserva el contacto con las angustias y las esperanzas de la Edad Media, al mismo tiempo que nos irritamos la imaginación con las promesas veladas del Oriente. A veces me digo ¿es la noche del mundo? Una nube de vulgaridad envuelve o asedia por lo menos la vieja Europa; pero en esta España, cerrada como la vieja torre de Inés de la Sierra, donde se refugian los tres caballeros de que habla Nodier, brilla secretamente una llama espiritual. Aún hoy el sol del Islam; poniéndose por detras de las aguas del Mediterráneo, colorea el cielo de la España cristiana. Sobre España quisiera escribir—termina—una obra toda poesía, toda música y libertad, donde pondría el verdadero acento de mi voz, es poco decir de mi voz, el movimiento profundo de mis sueños, mi ritmo en fin en que los espíritus mis parientes verían desenvolverse sus fuerzas interiores» (1).

No es esto solo. Barrès ha afirmado posteriormente al prologar la traducción de un libro de A. Insúa, la novela *Las flechas del amor*, su admiración hacia el arte de narrar de nuestros novelistas y ha preconizado la conveniencia de estudiarlos para aprender en ellos la ligereza y la sobriedad, ese arte de selección de los detalles que nos dan las líneas de las cosas que nos ha hecho perder acaso la descripción naturalista. Después de ensalzar el arte de Cervantes y de evocar los tiempos de Gil Blas y del Diablo Cojuelo en que los novelistas franceses buscaban sus modelos en nuestros novelistas, afirma que en los an-

---

(1) Tomamos la cita del periódico *Espagne*, 26 de septiembre de 1913.

tiguos maestros españoles aprendieron los modernos que «en el dominio de la imaginación nada es más bello que el arte que se somete a la realidad y sabe elegir en el caos que la vida le presenta» (1).

¿Qué más? Cuando al estallar la guerra la mayoría de los católicos españoles manifestó sus simpatías por los Imperios centrales, sufrió Barrès toda la amargura de la defección de una amistad que contamos inquebrantable precisamente en la hora de la tribulación; pero reconoció que esa opinión no unánime por lo demás, y cuyas excepciones subrayó ante el público francés, era producto de un conocimiento equivocado, así de la génesis de los acontecimientos que precedieron y siguieron a la declaración de guerra, como de la verdadera significación espiritual de las civilizaciones en contienda. Ante ese hecho doloroso, no se abandonó a estériles lamentos ni a recriminaciones contraproducentes las afinidades del pensamiento católico con la cultura francesa «Dejemos—decía—a nuestra querida nación de genio multiforme mostrar a cada nación aquella de sus caras que sea capaz de agradar y persuadir» (2).

Indudablemente la actitud de Barrès responde mucho mejor a las conveniencias de su país, así como a la realidad de las cosas. Existen dos Francias, una de las cuales nos es, como católicos, profundamente simpática. ¿Por qué dejarla en la sombra cuando se trata precisamente de conquistar las simpatías de los católicos?

De todas suertes, esa actitud supone la existencia de una deformación en la mentalidad católica, que es precisamente, a nuestro juicio, lo que hay de más doloroso en todas las polémicas suscitadas en torno de la guerra europea entre los católicos españoles y que consiste en prescindir, por lo menos prácticamente, del punto de vista católico, es decir, de la justicia. No debemos mirar, en efecto—hablamos desde el punto de vista de nuestra moral religiosa—, quienes tienen afinidades

---

(1) *Espagne*, 17 de abril de 1914.

(2) Artículo *Comment faire notre propagande en Espagne*: «Vosotros, embajadores del espíritu francés en el extranjero—dice dirigiéndose al señor Mérimée—, no tenéis libertad para definir propio espíritu, sino que debéis hacer valer todas nuestras grandezas espirituales».

con nosotros, ni de quienes hemos recibido agravios en el pasado, ni siquiera quienes pudieran aportar mayores probabilidades de triunfo a nuestro ideal religioso, sino de parte de quienes está la razón y la justicia en la contienda o por lo menos la mayor cantidad de razón y de justicia.

Resumamos.

Los libros y artículos de Barrès no han revelado ningún aspecto de España a esa geografía poética del mundo donde nuestro país figura con fisonomía un tanto convencional que sus propios hijos son los primeros en mantener. No se olvide, en efecto, que, para muchos de nuestros modernos poetas—un Machado, un Carrère, por ejemplo—, España es el país de los toros y del ascetismo, de la inquisición y de la sensualidad musulmana. ¿Qué de extraño tiene que Barrès haya visto tan sólo esos aspectos que toda su ascendencia literaria francesa le preparaba para apreciar desde Víctor Hugo y Musset hasta Mérimée y Gautier? Por otra parte, es indudable que ellos existen y que esas Españas con las otras—entre las cuales figura la de la vida seria y regular penetrada por el catolicismo que resplandece en las novelas de José M.<sup>a</sup> de Pereda o en los versos de *Gabriel y Galán*—forman la España total que aun está por revelar plenamente al mundo. Barrès ha visto, pues, mucho de lo que hay en España y lo ha visto más profundamente que otro alguno. Ha sabido señalar la fuerza de los contrastes como su originalidad característica y sobre todo—nos referimos al último de sus libros—ha puesto de relieve la savia del misticismo católico que nutre toda nuestra civilización.

Nuestra cultura y nuestra tierra ha enriquecido su espíritu con nuevas impresiones y sobre todo le ha puesto en contacto con el genio del catolicismo, que es inseparable del alma española como del alma de la nación hermana.

Esto es bastante para que le debamos como españoles profunda gratitud y para que nos sintamos compenetrados con él cuando venga a escuchar en estas horas de dolor y de gloria para Francia la canción de España.

Los que entre nosotros, bajo la influencia combinada del pesimismo de aquellos grandes patriotas que se llamaron Costa y Ganivet, de nuestro desastre colonial y de la admiración—legítima siempre que no sea exclusiva—de las literaturas extranjeras, se han formado una mentalidad profundamente hostil, al menos en apariencia, a nuestra cultura tradicional, deben aprender en Barrès a descubrir la profundidad de vida espiritual que se encierra en los escritores y en los artistas que acertaron a expresar el genio de nuestra raza formada en el curso de los siglos en la disciplina católica.

JUAN HINOJOSA.

## EL ULTIMO LIBRO DE VORONOFF

Se habla mucho en los centros científicos, y sobre todo en los extra científicos, del libro recién publicado por el Dr. Sergio Voronoff: *Vivre*. El autor, además de ser un médico de alta reputación, es director de un laboratorio en la *Ecole des Hautes Etudes*, en la sección fisiológica del Colegio de Francia.

El Dr. Voronoff vuelve sobre el problema que Metchnikoff había tratado de resolver: el de la prolongación de la vida humana. La concepción del célebre sabio del Instituto Pasteur fué muy ingeniosa; pero, sin duda alguna, falsa. El régimen de la leche coagulada y del yogourt que él preconizó para combatir las fermentaciones intestinales, donde él creía encontrar la causa de nuestra vejez, no le impidió morir a los 70 años, no obstante de que observó con estrictez ese régimen durante 18. Algunos pretenden aún que ese régimen mató a Metchnikoff, a causa de que la leche fermentada produce en el organismo venenos que tienen una acción semejante a la del alcohol.

El Dr. Voronoff espera ser más afortunado que su compatriota. Ya ha practicado en animales experiencias que le han suministrado pruebas tangibles.

«A animales seniles, impotentes, de aspecto miserable, que apenas podían sostenerse sobre sus patas, atacados de incontinenencia de la orina a consecuencia de su extremada debilidad, les hemos ingertado, dice, la glándula intersticial de animales jóvenes. Y tres meses después esos animales tenían un vigor y una energía vital sorprendente».

Eso sería el milagro de la renovación de la vida.

Veamos lo que el autor dice en su libro.

En el capítulo primero trata de establecer los siguientes hechos: la longevidad de los seres vivos está en proporción inversa con la perfección de su organismo; la longevidad de los ma-

míferos, «entre los cuales el hombre ocupa el escalón superior», está en relación directa con la duración del crecimiento necesario para el desarrollo completo del cuerpo. En consecuencia, la duración normal de la vida del hombre debería ser de 120 a 140 años. Entre los centenarios se encuentran en ocasiones personas sobrias; pero hay también alcohólicos, fumadores, bebedores de café. El Dr. Voronoff no pretende negar los efectos nocivos del alcohol, del tabaco, del café; pero está convencido de que la causa real de la longevidad debe residir en cierta particularidad de la constitución íntima de alguno de nuestros órganos. La longevidad es, por lo demás, con frecuencia hereditaria.

En el capítulo segundo, el autor habla de la especialización de las células en los seres superiores y nos hace asistir a la lucha, que se produce en todo organismo, entre las células no diferenciadas (células conjuntivas y glóbulos blancos de la sangre) y las células especializadas. La muerte es un resultado del triunfo de las primeras. El estudio de la vejez nos enseña, en efecto, que en ese período las células conjuntivas invaden más y más los tejidos de nuestros órganos. Además, las secreciones de la glándula tiroides, que aumentan la excitabilidad de la célula nerviosa, moderan la actividad del tejido conjuntivo.

«La glándula tiroides no derrama en nuestra sangre un elixir de juventud, sino que combate el desborde de la célula robusta, primitiva, no especializada e impide que ella ocupe el sitio de las que están colocadas para desempeñar un papel especial en nuestro organismo, ese desborde es lo que destruye la armonía del organismo, perturba y debilita sus funciones, trae la vejez y apresura la muerte».

El autor declara que «la causa inicial de la vejez queda así dilucidado».

Compara nuestro cuerpo con una «república celular» en que «los elementos nobles» son amenazados por elementos más primitivos. Pero ciertas glándulas que derraman directamente sus secreciones en la sangre (tiroides, etc.) velan por la conservación de la «armonía» que reina en nuestro cuerpo.

Entre las glándulas de secreciones internas, la glándula in-

tersticial, que constituye una parte de la glándula reproductiva, es «una fuente maravillosa de energía».

La glándula intersticial destruye la energía, estimula a «todos los miembros de esta inmensa colmena que es nuestro cuerpo», en que los sesenta millones de células que lo componen trabajan sin tregua, cumpliendo cada una una función determinada.

El doctor Voronoff ve allí una «manifestación maravillosa del plan de la creación». En un solo órgano la naturaleza ha reunido el origen de la vida del individuo y el de la especie.

«Los canales seminales elaboran los elementos de la vida futura, que, en un momento dado, abandonan nuestro cuerpo para fecundar los óvulos a fin de dar nacimiento a nuevos seres. Durante el mismo tiempo la glándula intersticial, desprovista de toda comunicación esos canales, secreta un líquido que absorbe nuestra sangre y que lleva a todos nuestros tegidos la energía vital necesaria al individuo mismo».

La glándula intersticial estimula así tanto la actividad cerebral como la energía muscular o el ardor amoroso. Derrama en el torrente sanguíneo «una especie de fluido vital que acrecienta la energía de todas las células y esparce en nuestro organismo un sentimiento de bienestar, de plenitud de vida». La época de su mayor actividad coincide con la del mayor esplendor de todas nuestras facultades.

Ya Brown-Séquart había entrevisto la importancia de la secreción interna del testículo. Se recuerda todavía la sesión memorable de la Academia de Medicina (1889), en que el célebre fisiólogo vino a declarar, con acento de convicción profunda, que habiéndose hecho inyectar jugo glandular de carnero, obtenido por medio de la trituración de los órganos sexuales de ese animal, había recuperado, a los 70 años de edad, la fuerza y la energía de la juventud, con manifestaciones que no conocía desde muchos años atrás. El método no produjo los resultados que de él se esperaban; pero, sin embargo, desde entonces se practica en medicina la apoterapia.

El doctor Voronoff prefiere injertar testículos de animales jóvenes en animales viejos: «suprimir los órganos viejos, como se abandonan los trajes usados, y reemplazarlos por órganos nuevos» ¡qué hermoso sueño!

Una leyenda de la Edad Media refiere la milagrosa curación de un guardián de la iglesia de San Pedro en Roma, a quien se reemplazó una pierna roída por el cáncer por la de un infiel, cuya mutilación no tenía mayor importancia, desde que su cuerpo estaba en todo condenado a ser achicharrado en el infierno.

El doctor Voronoff refiere extensamente las experiencias que ha practicado con el auxilio de su mujer Mme. Evelyn Voronoff, en la estación fisiológica del Colegio de Francia, desde 1917 a 1919, cuyos resultados comunicaron el 8 de Octubre de 1919, al Congreso Francés de Cirugía de París. Se refieren a injertos practicados en carneros y cabros. En todos esos casos animales ancianos recuperaron el ardor de su juventud.

¿Piensa el doctor Voronoff en aplicar su método al hombre? Ve en ello una grave dificultad. Para devolver la fuerza y la energía a animales debilitados es preciso quitar a otros jóvenes lo que a aquellos falta, beneficiar, en una palabra, a los primeros a costa de los últimos. Y por lo que toca al hombre, el autor lo reconoce, sería poco caritativo privar a un ser joven de una fuente de energía para que de ella aprovechase un anciano, aunque bien es cierto que «el levantamiento de la energía vital, de la fuerza de producción de un Pasteur bien vale la ligera mutilación de un robusto gañán». Pero estoy cierto de que este último no se dejaría persuadir por el argumento, preferiría que se le sacara un ojo. Es de temer que tan solo los millonarios aprovechasen del nuevo método de rejuvenecimiento. Y tal resultado no es digno de desearse.

El doctor Voronoff prefiere aprovechar las glándulas sexuales de los hombres sanos, muertos a consecuencia de un accidente. Desgraciadamente se requeriría para ello comenzar por la reforma de nuestras costumbres.

Quedan también los monos antropoformos, parientes cercano del hombre. Los injertos de órganos de esos animales prenden bien en el hombre.

Sin pronunciarnos sobre las doctrinas del doctor Voronoff, debemos reconocer que la lectura de su libro, ni más ni menos que la de una novela, apasionará a muchos.

## EL HISTÓRICO CAMPO DE CHACABUCO

### La estancia de este nombre y su tradición

A LORENZO ANADÓN.

La extensa y valiosa hacienda de Chacabuco, que durante un período de más de quince lustros—contados desde la primera mitad del siglo pasado—ha pertenecido a la familia del Solar, es famosa, no solo por los recuerdos militares que evoca, sino por la tradición social asociada a sus anales, como centro de reunión mundana al cual acudían, año tras año, en calidad de huéspedes veraneantes, muchos de los miembros más distinguidos de la culta y aristocrática sociedad chilena de antaño.

Dos palabras sobre los antecedentes históricos del célebre fundo, desde que fué simple «encomienda» española, hasta que lo adquirió mi tío abuelo don Bernardo Cagigal del Solar y Marín.

Medía Chacabuco, en la época en que lo compró del Solar a don Antonio José de Aranguiz, una superficie de 22.000 cuerdas cuadradas. Según consta de las escrituras, deslindaba a la sazón el vasto dominio rural por el sur con el estero de Quilapilán, en la serranía de la Toma del Granado, por el norte y por el oriente con la cordillera y por el poniente con el cordón de cerros que llega hasta Munuco, donde remata en los campos de Montenegro, Villar y Rojas.

La «encomienda» Chacabuco había sido concedida, a mediados del siglo XVI, por don Pedro de Valdivia a su socio español Francisco Martínez. Los antecedentes de esta concesión son curiosos. Cuando se preparaba Valdivia para emprender la conquista de Chile, se asoció con el madrileño de aquel nombre,

«quien aportó cinco mil pesos» a cambio de la mitad de las utilidades que dejara la empresa proyectada.

Ambos se pusieron en marcha, pero Martínez sólo alcanzó a llegar hasta Atacama (hoy Antofagasta), donde recibió una herida que lo obligó a regresar a Arequipa. Entretanto Valdivia prosiguió la jornada; llegó al valle de Mapocho a fines de 1540, y en Febrero del siguiente año fundó la ciudad de Santiago.

Las necesidades de la naciente colonia le obligaron a despa- char al Perú a su teniente general Alonso de Monroy en busca de socorro. Debido al celo de Monroy, a la generosidad de un antiguo amigo de Valdivia y, finalmente, a la buena voluntad del gobernador Vaca de Castro, pudo hacerse a la vela en Abril de 1543 un pequeño barco, nombrado Santiago, a cargo de Diego García de Villalón y de Luis Hernández, piloto portu- gués.

Entre los pasajeros iba Martínez.

El viaje de éste obedecía al propósito de disolver la compa- ñía, que él estimaba ruinoso porque había gastado hasta enton- ces el doble de lo que debía contribuir, según el contrato, y Valdivia, por su parte, había contraído deudas mayores. Li- quidada amigablemente la compañía, Valdivia incluyó a Mar- tínez en el número de los encomenderos de Santiago, asignán- dolo el repartimiento de indios de Melipilla.

Tres años después, en Julio de 1546, Valdivia redujo a la mitad el número de los encomenderos, y su antiguo socio que- dó entre los despojados. Su repartimiento pasó a aumentar el que disfrutaba Inés Suarez, única española que vino en la es- pidición de 1540, querida del gobernador, «pero meritoria y caritativa mujer», que se captó luego general estimación.

Martínez no se conformó con verse privado de su encomien- da y acudió a la Audiencia en demanda de justicia, y obtuvo del tribunal una provisión real a su favor. No queriendo Val- divia quitar los indios de Melipilla a Inés Suarez, esposa de Ro- drigo de Quiroga, uno de sus mejores capitanes, optó por dar a Martínez un repartimiento más valioso, encomendándole los indios de Colina, Chicureo y Chacabuco.

Martínez dejó varios hijos naturales, y entre ellos a Gonzalo Martínez de Vergara, que es el único que nos interesa para el

caso. Gonzalo nació en 1571 y fué hijo de doña María Pico de Plata (traducción del nombre indígena «Cacica de Chacabuco») En 1644 hizo Gonzalo testamento. La estancia de Chacabuco fué lo esencial. Lo que allí había era «una viña» de 7.900 plantas, un almendral, árboles frutíferos; una iglesia de adobe y teja «con sus ornamentos para celebrar», un misal «de los nuevos» y cáliz de plata. Una bodega; diez tinajas para vino y veinte botijas. Dos mil cabezas de ganado cabrío; 3.000 ovejas; 1.000 vacas; 400 yeguas de cría. En calidad de «otros bienes»: 18 esclavos, «una cadena de oro de Coquimbo» y útiles de labranza. Como libros: «La madre Teresa de Jesús», «Los filósofos»; fray Luis de Granada, «Vanidad del mundo»; una «Doctrina Cristiana», «Los milagros de la Cruz», «Don Francisco de Quevedo» y la «Montería Real».

De los hijos naturales de Martínez pasó la hacienda a los padres jesuitas, por haberse instituido heredero al colegio de San Pablo de esa orden.

Martínez dejó todos sus bienes, exceptuando algunos legados, a la Compañía de Jesús «para que en la estancia de Chacabuco se funde y fabrique una casa para que los padres que acaban sus estudios hagan la tercera probación de un año, y salgan a misión una vez por año a los valles de Aconcagua, Lampa y Colina».

En 1771 procedióse al remate de la estancia. La obtuvo don José Alberto Díaz, abogado de la real audiencia de Chile. Este remate fué aprobado por el consejo de España en 1777 (1)

Con don José Alberto Díaz desaparece la sucesión no interrumpida de los dueños de Chacabuco. En el comienzo del siglo XIX era dueño de ella don Antonio José de Aranguiz.

Pasó, después, como queda dicho, a don Bernardo del Solar y Marín, que fué senador de la República durante los gobiernos de don Manuel Montt y don José Joaquín Pérez; luego a su hijo primogénito Eulogio. En la actualidad hállase dividida en tres hijuelas, dos de las cuales pertenecen, respectivamente, a Francisco del Solar y a Lucía del Solar de Fernández.

---

(1) Todos estos datos provienen del archivo de los jesuitas y me han sido gentilmente facilitados por el señor Thayer Ojeda, jefe de la sección del archivo de la Biblioteca Nacional de Santiago.

He manifestado que, aparte de su importancia como campo productivo de cereales, viña y ganado, fué conspicuo el fundo de Chacabuco por la amplia y suntuosa hospitalidad que recibían los amigos que acudían allí a veranear, invitados por su opulento dueño. El senador del Solar—como lo recuerda, entre otros, el ilustre historiador Vicuña Mackenna al referirse en su «Libro del cobre» a los grandes mineros de Chile—poseía, en efecto, una de las fortunas más sólidas de la época, originada especialmente en las famosas minas de Tamaya, que don Bernardo, mi abuelo don Gaspar y los otros dos hermanos, Fermín y José María, habían heredado de su padre, don Bernardo Cagigal del Solar y Lecaros.

El pique de Tamaya había dado a los hermanos del Solar en lingotes de bronce suficientes onzas de oro no solo para comprar Chacabuco, sino la estancia de Guamalata y para justificar los siguientes párrafos del citado Vicuña Mackenna en la obra referida: «Mientras los acontecimientos verdaderamente extraños, y algunos maravillosos, que hicieron del cerro encantado de Tamaya un emporio, convirtiendo el bronce en oro y haciendo correr de sus flancos un verdadero río líquido de cobre, la tribu de los cuatro hermanos del Solar, no sería sola en los dones de la heredad: y pingüe fortuna. La familia Solar fué muy patriota, y cuando Elorriaga conquistó La Serena, después de Rancagua, la agobió de contribuciones... Los hermanos del Solar fueron próceres de alta valía en Santiago, donde allá por los años de 1838, edificaron lujosísimos palacios de cedro y caoba, que existen todavía, si bien no poco transformados...» (1).

Por lo que respecta a la vida social en la estancia Chacabuco, los pocos ancianos que aún sobreviven a aquel tiempo recuerdan las fiestas que se celebraban por tradición en la hacienda todos los 12 de Febrero, aniversario de la batalla gloriosa. Principiaban, según lo recuerdo, por haber alcanzado a ellas en mi niñez—con un solemne Te-Deum, entonado en la capilla de la familia, donde se conservan aún preciosos recuerdos y reliquias de la jornada. Seguía el sermón patriótico. Las ban-

(1) B. Vicuña Mackenna, «El libro del cobre». Capítulo IX.

das de música que habían acudido de Santiago amenizaban las fiestas campesinas; había corridas de toros descornados, fuegos artificiales y banquetes de más de trescientas personas, bajo el gran «parrón» de las casas. Las cacerías duraban una semana.

Entre los concurrentes más asiduos al veraneo de Chacabuco se contaba don Juan de Las Heras y Joglar, hijo del benemérito general patricio don Juan Gregorio Las Heras. No faltaban casi ningún año don Santos Pérez, don José Tomás de Urmeneta, don Emilio Valdés, y, sobre todo, el ilustre don Marcial Martínez, que, para orgullo de mi patria, vive aún. (1)

Transcribo, por juzgarlos interesantes, los siguientes párrafos de una carta íntima suya, en respuesta a otra mía, en que le pedía datos sobre los veraneos de Chacabuco. El señor Martínez es uno de los pocos que aún sobreviven a aquellos tiempos de exquisita hospitalidad, señorial sencillez y tradicional cultura, de que tanto suelen hablarnos los cronistas de uno y otro lado de los Andes. Don Marcial es, como se sabe, uno de esos cuatro «grandes viejos» recordados últimamente con tanta oportunidad como galanura por el doctor Anadón, en un artículo de «La Nación», muy celebrado.

Me escribe el señor Martínez:

«Yo fui durante mi juventud, uno de los huéspedes más asiduos de la hacienda de Chacabuco. Don Bernardo del Solar, y, en particular, su mujer, doña Margarita Quiroga—cuyo nombre pronuncio con el más acendrado cariño—me estimaban y me querían. Todos los años, al regresar de La Serena, me dirigía a Chacabuco, en donde no permanecía nunca menos de un mes. Jamás he tenido ocasión de contemplar una hospitalidad más franca, sincera, absoluta, como la que se nos ofrecía en aquella casa. A la mesa concurríamos diariamente de 30 a 45 personas. La comida era, no sólo abundante, sino de excelente calidad. La fruta de Chacabuco era famosa, y nosotros le rendíamos el más cumplido acatamiento. Ibamos a la hacienda como invitados muchos jóvenes y mayor cantidad de hombres maduros. Naturalmente, varias señoras y señoritas, todas más o menos hermosas, muy alegres y de buen tono, dis-

(1) Esto se escribía en 1917, antes del sensible fallecimiento del señor Martínez.

puestas siempre al paseo y al baile. Entre los hombres, eran mis amigos predilectos Juan Las Heras, hijo del general y Emilio Valdés y Solar. Este se comprometió allí mismo con Adelita Eastman, que era toda una preciosidad. Con el dueño de casa, Eulogio del Solar, era yo, no solamente amigo, sino como hermano, y nos tratábamos con este nombre. Como yo era o aparecía más letrado que los otros, doña Margarita me escogió como su lector. Le leía diariamente el *Año cristiano*, y como era muy natural, nos quedábamos dormidos los dos. Los hombres de edad, finalmente, y aún varios jóvenes, jugaban por lo menos ocho horas al día. El juego era frecuente en esa época. Circulaba mucha plata en Chacabuco. Por fortuna, yo nunca he podido tener tendencia al juego, en términos que no conozco el valor de las cartas en ninguna de las innumerables variantes de los juegos de azar. Usted comprenderá que llevando esa vida, no nos ocupábamos de la historia sino del simpático presente.

«Supe que don Bartolomé Mitre había estado varios días en la hacienda (no podré indicar la fecha) y que había recorrido el campo de batalla. Yo no estuve cuando el señor Mitre hizo esa visita. Conocí bastante al ilustre argentino en casa de las señoritas Alvarez Condarco, a quienes visitaba con él con preferencia, con don Victorino Lastarria, Ramón Vial y varios otros. En esa época (la primera en que estuvo el señor Mitre en Chile), yo era relativamente un muchacho. Don Bartolomé era campechano, de un humor muy parejo y no pretendía aparecer superior en nada.

«Finalmente, cuando murió don Bernardo, yo hice la particion de su testamentaría y adjudiqué la hacienda de Chacabuco a Eulogio, quien pagó a sus coherederos el alcance que resultó en su contra. Desde entonces no volví a mi querido Chacabuco; pero, el recuerdo de mis veraneos en esa hacienda se conserva como uno de los más faustos sucesos de mi vida».

Tales son los párrafos de la carta del señor Martínez.

\*  
\* \*

En el otoño de 1885 estuvo, por segunda vez, el ilustre general Mitre en Chacabuco. Escribía entonces la *Historia de*

*San Martín*, y fué a Chile para visitar los campos de batalla de la independencia. En compañía de Vicuña Mackenna, Barros Arana, don Mariano de Sarratea y don César González Segura, que le servía de secretario, visitó Maipo, Valdivia, Cancha Rayada y Chacabuco. En toda circunstancia aprovechó su viaje en el sentido de documentar su inmortal trabajo.

González Segura conserva recuerdos muy vivos de aquel viaje y me ha narrado interesantes anécdotas. El general fué hospedado por mi tío don Eulogio en la estancia. Todas las mañanas montaba a caballo y recorría el campo haciendo observaciones oportunas y asombrosamente exactas sobre los puntos que recorría, en relacion con la acción y cada una de sus peripecias. Los huasos del fundo acudían a verlo y saludarlo con profundo respeto. El, por su parte, visitó con igual veneración la capilla, rica en reliquias de la famosa batalla, y donde se conservaban—y deben de conservarse hasta hoy—varios cráneos de españoles rajados por el sable de los granaderos, prueba la más evidente de que la orden, dada por el Gran Capitán, de afilar dichos sables, fué religiosamente cumplida. Una barreta plantada en el patio principal de las casas se conservaba con esmero. Ella había servido para atar el asta de bandera que debía sostener el pabellón del cuartel general, según la tradición.

El general era muy madrugador y activo, como lo fué siempre: en pocos días llevó a cabo la totalidad del trabajo y dejó en Chacabuco el más amable de los recuerdos, según he tenido oportunidad de oirlo, más de una vez, a diversos miembros de la familia.

Gonzalez Segura, que, como se ha dicho, era por entonces su secretario, me ha narrado muy interesantes y amenas anécdotas sobre aquel viaje de estudio y confraternidad. Entre otras, la siguiente:

Se hallaban de paso en Talca. Mitre había sido recibido allí triunfalmente por el pueblo y las autoridades, como acontecía por dondequiera que pasaba. Un día resolvió dar un gran banquete en el hotel donde se hospedaba, para retribuir atenciones. El festín resultó opíparo, pero cuando llegó el momento

de pagar la cuenta el hotelero se opuso a ello terminantemente.

—Díganle al señor general que no debe nada.

Mitre protestó y exigió de nuevo que se le indicase el monto de lo gastado.

El hotelero persistió en rehusar.

Contrariado el general, hizo llamar al porfiado dueño del establecimiento y lo increpó:

—¿Por qué se obstina usted?—le dijo.

—Porque soy sanjuanino, señor, y mitrista de los viejos. Como tal, no puedo permitir que mi jefe me pague lo que en ningún caso podría deberme.—Verdad es que, sin ser sanjuaninos, los chilenos todos hacían lo mismo que el viejo mitrista—observó galantemente González Segura.—Jamás nos dejaron pagar cosa alguna. Y esto contrariaba grandemente al general, que no sabía cómo retribuir tanto agasajo y cariño.

Mitre visitó «Lo Aguila», de doña Emilia Herrera de Toro, y luego se hospedó en Santiago, en casa de Vicuña Mackenna, en la famosa quinta del Camino de Cintura, donde el historiador chileno daba cada día un verdadero banquete para rodear al general de invitados de nota. Se hallaba por entonces en Valparaíso, recién llegado, un buque japonés. La oficialidad había ido a la capital de paso. Vicuña Mackenna aprovechó la oportunidad para invitar a su mesa, en honor de Mitre, al comandante y varios oficiales a un almuerzo.

Terminado éste pasaron todos a la hermosa biblioteca del gran escritor a tomar allí el café. Adornaban las paredes del recinto numerosos diplomas de diversas asociaciones literarias y científicas a que el dueño de casa pertenecía en calidad de miembro honorario; entre ellas una del Japón. La leyenda del diploma se hallaba redactada, naturalmente en japonés, e impresa en los caracteres especiales de su alfabeto peculiar.

De pronto se observó que los oficiales nipones miraban de reojo el famoso diploma de su tierra, se sonreían y cuchicheaban entre sí.

González Segura—muchacho al cabo, como entonces lo era—no pudo resistir a la curiosidad:

—«¿De qué se ríen?—preguntó discretamente a uno de los oficiales más jóvenes.

—«De nada—contestó el japonés—sólo que el diploma está colocado «patas arriba». Se conoce que no hay aquí quien sepa el japonés».

Vicuña Mackenna y Mitre fueron los primeros en reirse del caso. El anfitrión no se había corrido; con el buen humor y gracia que le eran característicos, dijo al comandante japonés:

—Vaya esto—y a título de involuntaria revancha—por lo que le oí contar a un viejo y andariego amigo mío: Hallándose éste cierto día en el Japón, le dieron allí una comida. ¡Cuál no sería el asombro del compatriota al ver que la bandera chilena que le habían puesto en el centro de la mesa, para agasajarlo, se hallaba vuelta al revés! Tendremos—agregó—que estudiar simultáneamente; los chilenos de aquí el alfabeto japonés; los japoneses de allá la orientación de nuestra estrella...

\* \* \*

Mitre conservó siempre, según me lo dijo él mismo—gratísima memoria de su paso por Chacabuco, y mantuvo durante largo tiempo correspondencia afectuosa con el último propietario integral de la famosa hacienda.

La inolvidable «castellana» de Chacabuco, en los tiempos del viejo tío Bernardo, recordaba con tanta veneración por don Marcial Martínez, lo fué también con verdadera simpatía por el ilustre general argentino, quien tuvo más de una vez ocasión de expresármelo. La opinión de ambos eminentes personajes no hacía sino justificar plenamente las siguientes líneas publicadas por uno de los diarios más prestigiosos de Chile cuando falleció la bondadosa anciana.

«Llena de días, como los bíblicos patriarcas, ceñida de la corona de todas las virtudes, dotada de inteligencia clarísima, a la que daba realce una maravillosa retentiva, se ha extinguido la preciosa existencia de doña Margarita Quiroga de del Solar. Nacida en hogar patricio, venida al mundo en los días heroicos de la patria, enlazada con una de las personalidades más puras del liberalismo chileno—don Bernardo del Solar—cono-

ció como ninguna los esplendores de la grandeza, y no se envaneció con ellos; antes bien, poniéndolos al servicio de su inagotable caridad, sembró por dondequiera los tesoros morales y materiales con que la dotó la Providencia, socorriendo a los desgraciados y ensalzando a los humildes.. »

ALBERTO DEL SOLAR.

## COLON Y MAGALLANES

(Discurso pronunciado en la sesión solemne celebrada por la Universidad de Chile en conmemoración del Cuarto Centenario del descubrimiento del Estrecho de Magallanes).

Bien comprenderéis, señores, que no es este el momento de hablaros, ni aún en sus rasgos generales, de aquella memorable jornada emprendida y realizada por Fernando de Magallanes, de la cual hubiera podido decir, con harta mayor razón que Cervantes de la naval de Lepanto, que era la más alta de cuantas vieron los pasados siglos, los presentes, ni esperan ver los venideros; porque tengo por indudable que no habrá nadie de los que aquí estamos congregados para conmemorarla, que de ella no tenga cabal noticia. Pero, si tal prescindencia se impone, privándome de recordaros cuánta fué la previsión que la inspiró, la larga y laboriosa gestación que tuvo, el despliegue de una constancia insuperable en su desarrollo, los obstáculos derivados de las contrariedades opuestas por sus subordinados al jefe encargado de conducirla, que llegaron hasta la revuelta y se aunaron a la desertión de algunos con cuyo concurso esperó fundadamente contar, las luchas casi desesperadas con los elementos, y, en no pocas ocasiones, con el hambre, que los obligó a veces, para sustentarse, a cocer en el agua del mar los cueros de las entenas de sus naves; y ese natural temor a lo desconocido, que a cada instante se les ofreció; día a día, durante meses de meses; y, luego, el fruto de tanto sacrificio, logrado por unos pocos y perdido para los más; y, por sobre todo eso, los resultados alcanzados para la ciencia, destinados a perdurar y a alumbrar al mundo con la resolución de problemas tan discutidos, como eran los que, antes de la circumnavegación del globo, trabajaban la mente de los sabios de la época; si me veo obligado a no consignar hechos tan trascen-

dentales al par que heroicos; digo, séame lícito, por lo menos, y con sólo eso quiero ya indicar cuánta es la gloria que corresponde al inspirador y ejecutor de tamaña empresa, comparar, en sus rasgos más culminantes, su figura con la del descubridor del Nuevo Mundo, paralelo que podrá, quizás, semejar un atrevimiento y que, no lo dudéis, no habría intentado enunciar siquiera, si no estuviera cierto de que las alas que nuestro héroe lleva para este vuelo, al través del tiempo y de los dictados de la Historia, no resultarán aquellas de cera con que fracasó en sus arrestos el Icaro de la fábula, que las vió deshechas por el Sol.

Porque, en verdad, pasa con los grandes hombres que han desarrollado sus esfuerzos en un mismo campo, y a quienes la posteridad ha coronado con nimbos de gloria, lo que con los más altos picos de las cordilleras, con sus cabezas escondidas entre las nubes, que para apreciarlos en toda su majestad, es necesario compararlos. Así también Colón y Magallanes. Y ese paralelo puede iniciarse desde la cuna de ambos: aquél la tuvo en el hogar de un pelaire; éste, en casa cuya puerta de calle adornaba un historiado escudo de armas. En ambos, los anhelos de triunfo surgen irresistibles, como una finalidad a que se creyeron predestinados; más propios, por más humanos, en el de humilde nacimiento; más raros, y no sé si decir más laudables, en el que aspira a agregar nuevos blasones a los ganados por sus abuelos.

Colón y Magallanes eran extranjeros en España; empero, ¡qué diferencial! Al paso que los italianos medraban allí, ya como mercaderes y banqueros, ya en las altas esferas oficiales de la Corte, en la cual se vieron figurar nada menos que en el propio Consejo de la Corona, a un Pedro Mártir de Anglería, destinado a ser el primero que recordara al mundo las hazañas de su compatriota, y al lado del César, en el cargo de su secretario, a Maximiliano Transilvano, que divulgaría en elegantes frases latinas, las proezas inauditas, que parecían increíbles, del marino portugués; éste, por su misma nacionalidad, se vería expuesto en todo momento a las suspicacias engendradas por las rivalidades de su patria con la de aquella cuyo favor había ido a buscar; se vería obligado a escapar a las asechan-

zas de los agentes del Rey de Portugal; que no llevaban camino de detenerse sino en el asesinato preconizado que fué en los Consejos de la Corte por un elevado dignitario eclesiástico; y, más tarde,—cuando ya se ve de jefe,—tendría que vencer, a fuerza de tacto y de energía, las insidias y conspiraciones de los que se habían colocado disimuladamente a su lado para vigilarle, entabando su acción de capitán y pretendiendo abatir su autoridad.

He dicho que como extranjero llegaba a España Magallanes; pero era aún ménos que eso: ¡era un sin patria! ¡La había renunciado con todas las formalidades legales, ofendido de las injusticias cometidas para con él, por el monarca a quien había servido con entera devoción!

Como era de esperarlo del diferente medio social en que habían nacido, Colón, durante su niñez, ayudaba a su padre en las modestas labores de su oficio de tejedor de paños; Magallanes, a título de nobleza, entraba a servir de paje a la reina doña Leonor, y al paso que aquel no podía cultivar en edad temprana su inteligencia, éste cursaba las matemáticas y la hidrografía en la Casa de la India, anexa al Palacio Real, donde pudo tratar a Martín de Bohemia, el más celebrado geógrafo de su tiempo, cuyo planisferio se dijo haber servido de guía al futuro descubridor del Estrecho, y que pudo consultar también Colón; al paso que las relaciones de éste con Paolo Toscanelli, otra lumbrera de su edad, habían de producirse cuando ya empezaba a madurar sus planes de cruzar el océano.

De ahí, sin duda, por haber bebido desde niño en el aprendizaje de la ciencia, la fe que prestó siempre a ella, aunque apareciera representada en una tan deleznable, según hoy la juzgamos, como la astrología; de ahí, el frecuentar sus relaciones con aquel Rodrigo Faleiro, su más conspicuo representante entónces en Portugal, a quien había de asociar a su empresa como elemento indispensable para su éxito, de tanta sabiduría reputado, que, en el decir del vulgo, sus conocimientos los derivaba de un demonio familiar que se los inspiraba; de ahí también, cuando, en vísperas de partir para su jornada, se le dijese que no había de acompañarle, su sobresalto, que sólo

había de cesar al saber que en su lugar iría otro no ménos celebrado en ella, como lo era Andrés de San Martín en España.

Esas diferencias capitales que caracterizan en ámbos los años de la juventud, se ven acrecentarse todavía cuando sabemos que Magallanes abraza la carrera militar, para ejercitarla con brillo en las luchas de su patria en la India y, más tarde, en Africa, hasta lograr en ella, si no ascensos de grado, por lo menos el de las consideraciones a que se hizo acreedor por su comportamiento y valor, dando, eso sí, en todo momento, pruebas manifiestas de independenciamiento de carácter y de cordura. En aquellas lejanas jornadas aprendió también a poner en práctica sus conocimientos náuticos, de que más tarde hubo de dar tan brillante prueba; al paso que Colón, apenas si en naves de comercio logra recorrer parte del Mediterráneo y alejarse, cuando más, hasta las costas de Inglaterra, y penetrar en el Océano a las no muy remotas islas de Cabo Verde y las Canarias.

Pero será justo reconocer que estas ventajas intrínsecas, si así puedo llamarlas, en favor de Magallanes, estaban compensadas por las que adornaban exteriormente a Colón. El Padre Las Casas, que conoció y trató a ambos, junto con recordar que Magallanes «debía ser hombre de ánimo y valeroso en sus pensamientos y para emprender cosas grandes, la persona no la tenía de mucha autoridad, porque era pequeño de cuerpo, y en sí no mostraba ser para mucho, puesto que tampoco daba a entender ser falto de prudencia y que quienquiera le pudiese fácilmente supeditar, porque parecía ser recatado y de coraje»; retrataba así a Colón: «en lo que pertenecía a su exterior persona y corporal disposición, fué de alto cuerpo, más que mediano; el rostro luengo y autorizado; era gracioso y alegre, bien hablado, elocuente y glorioso en sus negocios; era grave en moderación, con los extraños afable, con los de su casa suave y placentero, con moderada gravedad y discreta conversación, y así podía provocar a los que le viesen fácilmente a su amor. Finalmente, representaba en su persona aspecto venerable, persona de gran estado y autoridad y digna de toda reverencia...»

Así era, pues, como ambos resultaban, en alma y cuerpo, trasuntos vivos e inconfundibles de la diferente civilización a

que pertenecían, y del ambiente en que habían visto mecerse sus cunas: éste, arrullado por manso ruido de las olas del Tirreno, que iban a besar las playas de las poblaciones riberañas de Génova, en una época en que a las grandes manifestaciones de la cultura del Lacio, se añadía el aparecer del renacimiento italiano, simbolizado en la obra del Dante; el otro, en las agrestes y solitarias regiones de Tras-Os Montes, duramente azotadas por los vientos, i cuando había aún de tardar mucho, ántes de que Camoens condensara el alma nacional de su patria, en su poema, dándole ocasión de recordar en él el esfuerzo más que humano

### Que mostrou o agrauado Lusitano.

Veamos ahora cómo estos dos hombres de apariencia y caracteres tan diversos, por la empresa que iban a realizar, escalaron el camino de la gloria. Para ambos el objetivo era el mismo: llegar al oriente por la vía de occidente. Colon concibe su proyecto, lo aquilata en el estudio, y animado de profunda fe, rayana en el misticismo, se ofrece a los Reyes Católicos para llevarlo a cabo. Magallanes parte de datos más positivos; de su trato con gente de mar, de la experiencia propia adquirida durante sus viajes por la India, de su comunicacion con pilotos, astrólogos y cartógrafos; lo madura durante tres años en su residencia de Portugal; no olvida un solo detalle de los que pudieran contribuir a realizarlo, y, provisto de cartas de marear y hasta de intérpretes que pudieran ponerlo al habla con los habitantes de los lejanos pueblos hasta donde se proponía llegar, con la intuición anticipada de la configuración del continente cuyas costas intentaba explorar, derivada de la que mostraba el Africa, se presenta ante los miembros del Consejo de Carlos V. Sus gestiones continúan durante dos años, llevando en esto ventaja a Colón, que las vió prolongarse por cerca de cuatro, teniendo que luchar sólo con las desconfianzas que suscitaba su nacionalidad portuguesa y las intrigas y reclamaciones de los agentes del rey don Manuel, pero acogido y favorecido en Sevilla por un compatriota que le franqueó su hogar y

llegó hasta concederle la mano de su hija; en tanto que Colón tuvo que luchar con las preocupaciones de los sabios reunidos en Salamanca, que desahuciaron sus ideas, i con la pobreza, que no dejó de asediarle, hasta el extremo de dar esa nota profundamente simpática y conmovedora, de llegar con su hijo desfallecido a las puertas del convento de la Rábida, en busca de un vaso de agua para reanimarle; así como igualmente más tarde faltaría en la carrera posterior de Magallanes el hecho de la prisión del gran navegante, cuya noticia había de hacer derramar lágrimas a la reina Isabel; pero que, acaso, encuentra su similar en el encarcelamiento de uno de sus deudos que le había sido fiel durante el viaje, y en la vigilancia a que fué sometida su mujer, doña Beatriz Barbosa, cuando en la Corte se dió oídos a los que, desertores de su armada, llegaron contando calumniosamente a Sevilla.

En cambio, ¡cuánta diferencia en la realización del viaje que ambos emprendieron! Colón gasta en él 35 días, desde que se aleja de las Canarias y lo efectúa, según él contaba, «gozando de frescas brisas, siendo deliciosa la serenidad de las mañanas y la temperatura semejante a la que se goza por Abril en Andalucía», sin nada que perturbara la tranquilidad de a bordo, puesto que ya ha pasado al dominio de la invención aquel supuesto motín que se decía producido en vísperas de divisar tierra; en tanto que Magallanes tiene que luchar con la revuelta, solapada primero y que mas tarde estalla con caracteres de amenaza de muerte; surca, durante meses de meses, los mares, que en ocasiones se embravecían «a causa de los vientos deshechos que soplaban», según lo recordaba quien se encargó de consignar los sucesos de aquella jornada; desplegando en todo momento una energía de carácter incontrastable, una fuerza de voluntad a toda prueba y una decisión sin límites para lograr el propósito que le animaba, que no cejaría ante el espectáculo del hambre, de las enfermedades y del vagar continuo por una senda que parecía inacabable y que él, el primero, iba abriendo ante los ojos atónitos de los que le acompañaban y habían de admirar aún más a los que después llegaron a saberlo.

Resultados de trascendencia incalculable estaba destinado a producir el hallazgo de Colón, que él no se los imaginó jamás, persistiendo siempre en su errónea creencia de haber llegado al Asia, y que tanto había de perjudicar a su bien merecida gloria; no les superan, sin duda, los que logró Magallanes con su empresa, durante la cual, es cierto, pudo antes que nadie recorrer la cuarta parte de los mares que bañan la tierra, y con la vuelta al mundo que dió una de sus naves, la resolución de problemas náuticos y científicos hasta entonces indescifrables. Para Colón se convirtieron en honra y provecho suyo o de su familia; para Magallanes le acarrearón la muerte; en su patria se quiso borrar hasta el recuerdo de su nombre; los que se decían sus descendientes hubieron de emigrar a tierras lejanas para no provocar la ira del pueblo portugués enfurecido; para su familia el más completo olvido.

A Colón han querido se le cuente en el número de los santos del cielo; sobre Vasco Núñez de Balboa y Hernán Cortés colocaba Paulo Jovio a Magallanes, y yo diría que, a haber vivido en los tiempos heroicos, ocuparía un lugar entre los dioses.

JOSÉ TORIBIO MEDINA.

## GABRIELA MISTRAL

1

### LA PATRIA

Chile no es un país fabuloso como el de los Incas de Garcilaso de la Vega, ni tiene la poesía que maravilló a Bernal Díaz del Castillo en los lagos del Anahuac. No hubo en Santiago una corte virreinal como las de Lima y México. En los días de la independencia, Chile no vió la fulguración heroica de Bolívar, ni su territorio fué teatro de campañas como las de Sucre. Posteriormente no se le ha magnificado hiperbólicamente como el México de Porfirio Díaz, ni se le ha formado la aureolo fascinadora de las riquezas argentinas.

Chile, sin embargo, no es una República insignificante, o poco señalada como ilustre. Lejos de ello, es un país del que hablamos siempre con el convencimiento más firme de sus riquezas; es un pueblo cuyo nombre mencionamos con respeto.

Chile no ha sido nunca un banco de plata, un río de oro, una mina de diamantes: Eldorado, Potosí, California, Minas Geraes, Sud Africa. Pero tampoco hemos oído hablar de grandes crisis, como la espantosa catástrofe de la especulación de tierras en la Argentina de fines del siglo XIX, o de convulsiones como las de México, o problemas como el de la esclavitud en el Brasil y en los Estados Unidos.

Chile no ha dejado por eso de poseer todo lo que necesita un pueblo para tener historia, y aun para tener historia trágica; para revestir carácter propio y hasta señalarse como el pueblo más caracterizado; para que su territorio, por último, sin fauna de vistosos papagayos, sea el territorio más singular e inconfundible de toda América y de todos los continentes.

Comenzando por el pueblo y por la historia, Chile posee un rasgo peculiarísimo: allí los hombres son hombres y las mujeres son mujeres, desde que fué fundada la nacionalidad.

Cuando privaba la superstición demolinesca de la perfección anglosajona, la trivialidad, necesitada de patrañas sociológicas explicativas, declaró que la virilidad y la feminidad patentes en Chile eran de procedencia británica. Hay ingleses en Chile. ¿Quién lo niega? Sus nombres quedan para patentizarlo. Pero los mismos viajeros ingleses que visitan el país y lo estudian, dicen que un conquistador, el insuperable Valdivia, abriendo la lucha secular contra los araucanos, fué el prototipo de un pueblo en el que perdura por maravillosa selección todo lo que constituía el alma de hierro de la España del siglo XVI, cuando aquel conquistador abandonaba sus playas en una carabela y fundaba un reino con veinte jinetes i cien arcabuceros.

En Chile se encontraron dos razas bravías; se combatieron, se compenetraron y se fundieron. Lléguese a la conclusión que se quiera en el punto del mestizaje, fíjese como se quiera la proporción de raza pura española; declárese que en la mezcla el blanco ha acabado por reaparecer; afirmese que los indios puros se han extinguido y que sus restos, aislados, son extraños a la gran masa nacional. Hechas estas concesiones, queda un producto de matiz tan singular, que sería diferente si no estuviese penetrado hasta lo más profundo por las influencias envolventes que vienen del medio a través de los heroicos aborígenes.

Chile fué independiente desde que nació. Era gobernación del virreinato del Perú, pero se manejaba, decía un informe al rey de España, «como quien tiene mar de por medio». Mar i desiertos. Los chilenos pasaron los Andes y ejercieron influjo en la vertiente de Mendoza. Pero las nieves de los Andes impusieron al cabo su ley; los chilenos se encerraron detrás de sus montañas.

El territorio, perfectamente diferenciado, tiende su larga y delgada cinta de valles transversales, anillos de esa cinta, desde la zona tórrida hasta las inclementes zona magallánicas, entre la cadena de los Andes y el Océano Pacífico. Imaginad un

país más angosto que Suiza y tan largo que ocupara desde el extremo Norte hasta el extremo Sur de Grecia.

¿Cuántas Suizas cabrán en esa fortaleza natural? Ya que Suiza es muy pequeña, poned allí toda la Península Ibérica, y aun sobrará espacio para el Mediodía de Francia.

Chile se divide en zonas muy especiales bien definidas. Al norte están los desiertos; las tierras de expansiones y luchas; los nitratos y las minas. En el centro, los valles templados productivos, sonrientes, de cultivos y ganadería. Al sur, la región lluviosa de los bosques. Y en el apéndice continental; el mundo distante de la ganadería patagónica, el aislamiento del puerto más austral del globo: Punta Arenas.

## II

### EL SACERDOCIO DE GABRIELA

De Punta Arenas nos llegó el nombre de Gabriela Mistral, acompañado de breves notas biográficas en extremo significativas.

Gabriela Mistral es el nombre literario de una poetisa chilena, cuya fama se ha difundido por todos los países hispano-americanos,

Ese nombre literario ilustre ya, tiene el encanto de una leyenda. Los versos de Gabriela Mistral son una expresión de la que en el mundo real y en la pedagogía chilena lleva el nombre de Lucila Godoy.

A la inversa de otros artistas y escritores, Gabriela Mistral no se cree una mártir por estar vinculada al destino humilde y fatigoso de Lucila Godoy. Para Gabriela Mistral el magisterio es vocación, sacerdocio, misión que constituye lo más puro de su existencia espiritual. El verso traduce la vida, la comenta, le da una plena realización, en vez de falsearla en las canalizaciones artificiosas de una cobardía descontenta y regenerada.

Alta, robusta, sanguínea, de ojos claros, de fresca boca sonriente, Gabriela Mistral ha entrado en la vida por el sendero del sufrimiento y de la lucha. Nacida en Coquimbo, la pequeña patria le fué hostil, y emancipada de las miserias del cam-

panario, buscó su campo de expansión en los Andes, donde practicó el magisterio con el acierto de la distinción profesional y con la originalidad propia de su temperamento maternal en todas las fibras de su ser.

Coquimbito, pueblo situado cerca de los Andes, es el paraje delicioso donde Gabriela Mistral tenía la humilde casa rústica, en que según ella misma dice, ha vivido lo mejor de sus años juveniles.

Junto a una mansión de propietarios feudales y perdida en el grupo de las cabañas que habitan los semiesclavos inquilinos, la casita de Gabriela Mistral, con su balcón hacia el camino, con su huerta hacia el río, con el álamo esbelto a cuya sombra ella ha meditado, con la mesa en que tenían un cubierto los humildes cuya mansedumbre oculta futuras reivindicaciones, se formó aquel espíritu selecto.

Niñas descalzas, hijas de los explotados, gritan al verla:

—¡Señorita Lucila! ¡no se vaya usted!

La señorita Lucila es maestra de niñas pobres y confidente de los padres de esas niñas.

El ministro don Pedro Aguirre Cerda va al rincón de la montaña, y pone en manos de Gabriela Mistral, o de Lucila Godoy, un diploma que la acredita como directora del Liceo de Señoritas, de Punta Arenas.

Pero ni Gabriela Mistral ni Lucila Godoy tienen punto de contacto con las señoritas.

—Yo quiero darme de lleno a la enseñanza popular, dice Gabriela.

Conoció a los humildes y no puede abandonarlos. Tampoco puede olvidar sus seis años en los Andes. Cree que todo se lo debe al sol, a la tierra, al río, al paisaje de montañas purpúreas hendidas por tajos de gigantes.

—Aquí me han dejado ser la maestra que Dios quería de mí—refiere en su estilo cálido que denota ímpetus de alma hebrea, inspiración de lecturas del Antiguo Testamento, fermentación de un socialismo sentimental. vago todavía. Esto es lo único digno de contarse: he enseñado seis años, bajo la dirección de Fidelity Valdés, la educadora cuya vida profunda y pura ha puesto en mí los breves toques de luz que mi concien-

cia mira en sí misma. No tengo el remordimiento de haber robado nada a mi escuela. La literatura jamás fué un fin para mí. El colegio me ha bebido toda la juventud. Mi sensibilidad, mi escasa cultura, mis grandes entusiasmos, todo lo he dado a la profesión. Soy pobre. Sólo tenía el tesoro de mi juventud, y lo entregué sin reservas...

### III

#### LA ORACIÓN DE LA MAESTRA

Gabriela Mistral es una mística. Pero su misticismo no es del tono acre y duro que tiene el misticismo inglés o germánico. Es un misticismo a la rusa.

Cuando estalló la guerra de 1914, fué la única aliadófila, por devoción a Rusia.

Hoy será bolchevique, o si no es bolchevique, detestará las maniobras odiosas de Lloyd George y Churchill, las estupideces de Millerand, de incomprensión de los políticos yanquis y la cobardía de todos los cómplices.

Su alma se llenará de anhelos en concordancia con los anhelos de cuantos quieren ver abolido el privilegio infame de negar pan y luz a las nueve décimas partes de los hombres, para que una minoría tenga todo lo que embellece la vida y la emancipa de contactos embrutecedores.

Acaso Gabriela Mistral entre mañana en luchas a que no serían extrañas su fuerza, su fé y su sed ardiente de justicia.

¿Pero por qué hemos de convertir a esta mujer en una soviética cristiana?

¿No es bastante ya que sea una misionera?

¿No ha llenado toda una vida componiendo y practicando aquella poética y apasionada Oración de la Maestra?

«Señor, dice, tú que enseñaste, perdona que yo enseñe y que lleve el nombre de maestra...

«Dame el amor único de mi escuela; que ni la quemadura de la Belleza sea capaz de robarle mi ternura de todos los instantes.

«Señor, hazme perdurable el fervor y pasajero el desencanto. Arranca de mí este impuro deseo de justicia hacia la faena que hago; deseo de justicia que aun me turba. Arranca de mí la mezquina insinuación de protesta que todavía sube de mí, cuando me hieren. Que no me duela la incomprensión ni me entristezca el olvido de mis discípulas.

«Dame el ser más madre que las madres, para poder amar y defender como ellas lo que no es carne de mis carnes. Dame que alcance a hacer de una de mis niñas mi verso perfecto, y que te deje en ella clavada mi más penetrante melodía, para cuando mis labios no caten más.

«Muéstrame posible tu evangelio en mi tiempo, para que no renuncie a la batalla de cada día y de cada hora.

«Pon en mí escuela democrática algo de lo que se cernía sobre tí y sobre los niños descalzos aquella tarde, en Palestina.

«Hazme fuerte aun en mi desvalimiento de mujer, y de mujer pobre; hazme despreciadora de todo poder que no sea puro, de toda presión que no sea la de tu voluntad ardiente sobre mi vida...»

Tiene razón Gabriela si cree que el paisaje de los Andes, sus rocas, su río, su senda polvorienta le han inspirado un ideal. Tiene razón si cree que en «la casita alegre de una mujer triste», donde se daba entrada franca a los pobres, aprendió más de lo que enseñan todos los libros acerca de la cuestión social.

Tiene razón, porque su vida es un ejemplo.

CARLOS PERRYEA.

## UNA TRADUCCION CHILENA DE «LA ENEIDA»

Los que sólo conocían a don Egidio Poblete como un amable humorista, como novelador de las costumbres de su tiempo o como periodista, nunca pudieron sospechar acaso que bajo la capa del liviano y ameno comentador de la cotidiana actualidad se escondía un humanista de buena cepa, que ocupaba sus horas perdidas—si es que pueden decirse perdidas las horas que se dedican a las lecturas de la mas íntima dilección— de releer a sus bien amados clásicos latinos y en irlos traduciendo a la lengua castellana. Es así como hoy en día ha dado la buena nueva un diario porteño de que el señor Poblete había terminado ya la traducción de «La Eneida» virgiliana, en noble verso libre, y que su traducción sólo aguardaba a un impresor diligente para ver la luz pública.

Treinta años, seis buenos lustros, ha tardado en verter el poema del cantor de Mantua; treinta años durante los cuales el escritor chileno ha pasado muchas noches inclinado sobre el texto latino, repasando lo escrito, reconsiderando lo hecho, en ese pulir y repulir que aconsejaba Boileau para la obra de arte. «Ya en aquella época—ha recordado el señor Poblete aludiendo al año 91, el de los azarosos días de la Revolución—sentí el deseo de traducirla y el año 91 inicié mi trabajo, pero con mala fortuna, porque más tarde perdí con motivo de mis viajes, los dos primeros libros del poema, vertidos al castellano en verso yámbico. Virgilio, cautivó mi espíritu con este bellísimo poema de «La Eneida», en el que vierte a raudales su exquisita sensibilidad y veneros de poesía sólo sobrepujados en potencia creadora y en grandiosidad por los poemas de Homero. Puede decirse que del épico griego recibió el esqueleto, el armazón, la originalidad de concepción del gran monumento epopéyico y que el poeta latino le agregó la carne, la belleza

sensible, la armonía, la expresión del sentimiento. Momentos de íntimo deleite—continúa—me han ofrecido los cantos de Virgilio en cuyo fondo melancólico he hallado la característica de mi temperamento. Después de tantos años de ejercer la profesión del periodista, de escribir artículos en los que campeaba el humorismo, de revelar vena cómica y lanzar chispazos de hilaridad: de ponerme serio y didáctico en los editoriales y de opinar en materias de índole tan diversas como son las que a diario se presentan en el trabajo de los rotativos, he descubierto, al releer las páginas de Virgilio, que mi fondo espiritual es de intensa melancolía».

Trascribimos a continuación algunos fragmentos de los cantos virgilianos de dicha versión, que por sí solo ahorrarán todo inútil elogio pues hablan por sí mismo de la hermosa labor realizada por el señor Poblete.

---

Mientras la ciudad de Troya duerme confiada al dulce reposo, los guerreros griegos salen del vientre del caballo y abren las puertas de la ciudad. Penetran en ella los escuadrones enemigos y se entregan a las más horribles depredaciones: asaltan el palacio donde el rey Priamo, con su esposa Hécuba, sus hijos y parientes mueren. He aquí, entonces, la voz de Virgilio:

Talvez quisieras saber cual fué la suerte  
Del gran Priamo, oh reina. Cuando el triste  
La ruina ve de la ciudad tomada,  
Abiertas y arrasadas sus mansiones  
Y en lo interior de su palacio augusto  
Exaltándose ufano el enemigo,  
Cubre con la armadura del guerrero  
El cuerpo ya vencido por los años,  
Trémulo y torpe a tales atavíos,  
Ciñe la espada, ya en su mano inútil,  
Y se arroja a morir entre la turba  
Del enemigo furibundo. En medio  
Del palacio real y al aire libre

Había un gran altar, a cuya vera  
 Un laurel antiquísimo inclinaba  
 Su piadoso ramaje y con su sombra  
 Cubría el ara y los Penates regios:  
 Allí la triste Hécuba y sus hijas,  
 Semejantes a tímidas palomas  
 Amedrentadas por atroz borrasca,  
 Reunidas estaban y ateridas  
 De pavor infinito, estrechamente  
 Apretadas las unas a las otras,  
 Orando en vano en derredor del ara;  
 Y oprimiendo en los brazos temblorosos  
 La efigie de los dioses tutelares.  
 Al ver llegar a Priamo, ceñido  
 De juveniles armas. «¿Qué funesto  
 « Y loco frenesí, mísero esposo—  
 Hécuba prorrumpió, desesperada—  
 « Te ha impulsado a tomar tales arreos?  
 « ¿Y a dónde vés armado de ese modo?  
 « ¡Ya no es tan pobre auxilio por desgracia,  
 « Oh Priamo, ni tales defensores,  
 « Lo que esta hora miseranda pide!  
 « ¡Nó, ni aunque fuera el vigoroso Héctor  
 « ¡Mi Héctor! quien viniera en nuestra ayuda!  
 « ¡Cede, cede a mi súplica: estas aras  
 « Protección nos darán a todos juntos.  
 « O juntos aquí todos moriremos!»  
 Dice, y cogiendo al desdichado esposo  
 Lo atrajo hacia a su seno y le dió asilo  
 En el sacro refugio de las aras.

« Y he aquí que, fugitivo, en tal momento,  
 Llegó un hijo de Priamo, Polites;  
 Escapado a la atroz carnicería  
 Del implacable Pirro, entre los dardos  
 Y entre los grupos de la gente aquella,  
 Huía por los largos corredores  
 Y cruzaba los atrios ya desiertos,

Jadeando y mal herido; a sus alcances  
 Corre Pirro acosándolo anheloso  
 De cerca más y más, en la carrera,  
 Blandiendo el duro hierro ensangrentado,  
 Y ya casi le coge, ya le clava  
 La pica entre los hombros; y al fin llega  
 El mancebo infeliz hasta sus padres,  
 Y allí, delante de ellos, a sus ojos,  
 Resbala y rueda moribundo al suelo,  
 Y entre un chorro de sangre da la vida  
 A tal horror, empínase el anciano,  
 Y, desdeñando la segura muerte,  
 Sin reprimir su saña, ardiendo en furia,  
 Su atroz delito al matador enrostra:

- ¡Infame!—exclama—¡Por tan negro crimen,
- Por tan inicuo y bárbaro atentado,
- Las dioses... si en el cielo todavía
- Hay compasión a tan horrendo duelo...
- Los inmortales númenes te otorguen
- El digno galardón a tus hazañas
- Y el premio que mereces! ¡A tí, oh Pirro,
- Que me haces contemplar la horrenda muerte
- De este mi pobre hijo; a tí, que cubres
- El rostro de su padre con su sangre!
- Tu mientes cuando dices que has nacido
- De aquel Aquiles! Nó: muy diferente
- Con su enemigo Priamo, portóse:
- Guardó tu padre al triste suplicante
- La sacra ley y la piedad divina,
- Devolvió los exánimes despojos
- De Héctor a sus fúnebres honores,
- Y a mí me envió seguro a mi morada.

Así dijo y lanzó contra el guerrero  
 Un dardo inútil, incapaz de herida,  
 Que al punto rebotó en el ronco bronce  
 E inerte se quedó, mustio y colgando  
 Del centro resaliente del escudo.

- ¡Pues véte—dijo Pirro—mensajero

« Hacia Aquiles, mi padre, y estas cosas  
 « Refiérole puntual: y no te olvides  
 « De contarle mis lúgubres hazañas,  
 « Y de decirle que encontraste al hijo  
 « Degenerado yal Y ahora ¡muere!»  
 Y, al decirlo, arrastraba a los altares  
 A Priamo infeliz, que tembloroso,  
 Resbalaba en la sangre de su hijo;  
 Y, recogiendo con la mano izquierda  
 La venerable cabellera blanca  
 De aquel mísero anciano, con la otra  
 Extrajo de la vaina el duro hierro  
 Y en el costado se lo hundi6 hasta el pomo.  
 Tal fué la muerte del augusto Priamo;  
 De esa manera el hado inexorable  
 Lo arrebat6, después del infortunio  
 De ver ardiendo y destruída a Troya,  
 Y el imperio de Pérgamo por siempre  
 Derrumbado y deshecho: largos años  
 Reinara con soberbio poderío  
 Sobre grandes e innúmeras naciones,  
 En amplitud sin término de tierras,  
 Del Asia hasta los últimos confines;  
 Hoy yacen olvidados sus despojos  
 En las playas de Troya solitarias:  
 Un pobre cuerpo que no tiene nombre,  
 Una cabeza mísera que el hierro  
 Del enemigo arrebat6 a su tronco  
 Y que rueda ignorada por la arena.

En la lucha sostenida por Eneas contra los Ausonios en el Lacio muere Mecencio y el poeta canta ese heroísmo con el más fuerte y entonado lirismo que jamás animara a la poesía épica del Lacio. He aquí ese trozo, en el cual culmina también la traducción del señor Poblete:

Arrastrado Mecencio por su orgullo  
 y blandiendo la lanza formidable,  
 recorre el campo con furor y muerte.

Como el gigante Orión cuando encamina  
el pie por los abismos de Nereo  
y se abre paso en medio de las olas  
y por ellas sus hombros sobresalen;  
o bien cuando recorre las colinas,  
por baculo llevando un olmo añoso,  
y mientras sienta el pie sobre la tierra  
esconde la cabeza entre las nubes  
así, con mole igual, el rey de Agila  
surca audaz los guerreros escuadrones.  
En tal momento, el adalid Eneas  
explora el campo con sagaces ojos  
y divisa a Mecencio y se encamina  
a buscarle con ansias de combate;  
el coloso, impertérrito, a pie firme,  
al enemigo temerario espera,  
inmoble en su gigante pesadumbre;  
con la mirada mide la distancia  
que Eneas va acertando, y cuando juzga  
que se halla el Teucro a tiro de su pica,  
«¡Este brazo y mi lanza son mis dioses!—  
grita soberbio—¡Que ellos me secunden  
al arrojar la pica al enemigo!  
Te juro, Lauso, que ornaré tu cuerpo  
con los ricos despojos que mi mano  
quitará a ese ladrón en la pelea,  
y el trofeo serás de mi victoria».  
Dice y arroja la zumbante pica  
a Eneas desde lejos; vuela el arma  
pero el divino escudo la repele,  
y la lanza se clava de rebote  
en el ilustre Antor, en un costado,  
y las entrañas rompe y le destruye.  
Antor fué en otros tiempos compañero  
del invencible Alcides, y de Argos  
vino a buscar a Evandro, y se detuvo  
y formó su morada en Palantea;  
herido ahora de extraviado golpe,

cae por tierra moribundo y alza  
los ojos hácia el cielo, y en aquella  
postrimera mirada de su vida  
recuerda el cielo de su argiva patria.  
Eneas a su vez, la pica arroja,  
y rompe el triple bronce del escudo,  
la envoltura de lino, el duro cuero  
de toro y en tres vueltas replegado,  
y se clava en la ingle del de Agila,  
pero allí su violencia se detiene.  
Alegre al ver la sangre de aquel prócer,  
la espada extrae de la vaina y salta  
y arremete a Mecencio, que flaquea.  
Lauso, al ver a su padre mal herido,  
a su padre, a quien ama con ternura,  
lanza un gemido de dolor acerbo,  
y lágrimas bañan sus mejillas.  
¡Mancebo digno de eternal memoria,  
no olvidaré en mis cantos la desgracia  
de tu muerte fatal, ni tus proezas  
ni tu alto nombre, si la edad futura  
crédito presta a tu virtud heróica!

Mecencio retrocede, ya sin bríos,  
doblegado al dolor, torpe al moverse,  
y arrastrando en su paso lento y tardo,  
la lanza que el escudo le perfora;  
pero Lauso vivaz se precipita  
entre los dos armados combatientes,  
a tiempo que la diestra del Troyano,  
se yergue para herir a su enemigo;  
pára el golpe mortal, por un momento  
contiene los furios de esa espada  
y libra al padre de total ruina,  
mientras en torno las latinas huestes  
estallan en festivo clamoreo  
y Mecencio se aleja del combate,  
por el broquel del hijo protegido.

La ocasión aprovechan los Ausonios  
y lanzan sus saetas desde lejos  
y acosan y acribillan al Troyano;  
arde en furor Eneas, y resiste,  
cubierto con su escudo, erguido, inmóvil:  
así, cuando las nubes tempestuosas  
en lluvia de granizo se descargan,  
los que surcan la tierra con el yugo  
y cuantos labran el fecundo suelo  
se alejan del furioso torbellino,  
y el viajero se aparta de la vía  
y se busca un asilo a la tormenta  
ya sea en las riberas del arroyo  
ya sea al pie de altísimo peñasco;  
todos esperan que la nube pase,  
mientras el suelo azotan los granizos  
y hasta que puedan reanudar la obra:  
así también el adalid troyano,  
bajo el amparo de su fuerte escudo,  
firme resiste la guerrera nube  
y la lluvia de flechas que lo acosa,  
mientras pasa la furia del ataque;  
y al fin increpa y amenaza a Lauso:  
«¿A dónde corres a morir, oh niño?  
¿Cómo te atreves a tan alta hazaña,  
superior a tus bríos? ¡Imprudente,  
el cariño filial ciega tus ojos!»  
Más no cede en sus locas osadías  
aquel mancebo audaz; crece la furia  
del troyano adalid; las torvas Parcas  
hilan la última fibra de esa vida;  
levanta Eneas el terrible acero  
y en el pecho de Lauso lo sepulta  
hasta la misma guarnición: la espada  
atraviesa el escudo, amparo leve  
para tanta osadía, y la loriga  
que las manos maternas cariñosas,

tegieran para el triste en áurea trama;  
la sangre inunda el generoso pecho,  
la vida lo abandona y, afligida  
vuela a buscar el mundo de los Manes.  
Cuando el hijo de Anquises mira el rostro  
del gallardo guerrero moribundo  
y su terrible palidez, doliente  
lanza un hondo gemido, ya apiadado  
ante esa imagen de filial ternura,  
y tendiendo la mano así le dice:  
«¿Qué ofrenda puede tributarte ahora,  
mancebo sin ventura, el pío Eneas,  
que digna sea de tu heroica hazaña,  
de tu alta condición y tus virtudes?  
Guarda esas armas que delicia fueron  
de tu ánimo esforzado; tus cenizas  
hallarán el reposo de la tumba  
con las cenizas de tus nobles padres  
y uniránse tus Manes a los suyos.  
Y séate, infeliz, algún consuelo  
en la triste congoja de tu muerte  
el que a manos de Eneas sucumbiste».  
E increpando a los tímidos ausonios,  
tardos en acorrer al propio jefe,  
alza del suelo el mísero cadáver,  
que mancha con la sangre los cabellos,  
trenzados a la usanza de la Etruria.

Entre tanto, Mecencio, a las orillas  
del Tíber, y sentado al pié de un árbol,  
restaña con el agua transparente  
la sangre de la herida, y se reposa  
de las rudas fatigas del combate;  
pende de un árbol el temido yelmo  
y sobre el verde césped esparcidas,  
en ocio yacen las pesadas armas;  
guerreros escogidos le rodean,  
y el adalid, rendido a sus dolores,

jadeando el aliento, contra el árbol  
reclina la cabeza y por el pecho  
desciende en ondas la peinada barba.  
A cada instante, con afán pregunta  
por la suerte de Lauso; y mensajeros  
envía a cada instante que le lleven  
sus mandatos paternos y que llamen  
al mancebo a su lado, sin demora.  
Más, ya traen, llorando, sus guerreros,  
exámine y tendido en el escudo,  
el triste cuerpo del vencido Lauso,  
Lauso, heróico y magnánimo en las lides,  
Lauso, heróico y magnánimo en la muerte.  
Presagiando la triste desventura,  
Mecencio desde lejos oye el llanto  
y, arrebatado de dolor, se cubre  
de polvo vil la blanca cabellera,  
alza al cielo las manos y se dobla  
y se aferra al cadáver de su hijo:  
«¿Pudo ser tan profundo por ventura,  
mi anhelo de vivir que en la pelea  
llegara a consentir que tú, mi Lauso,  
el hijo que engendraron mis amores,  
por mi cayeras a enemigo acero?  
¿Y yo la vida aborrecible guardo,  
yo, tu padre, merced a tus heridas?  
¡Y yo sigo viviendo con tu muerte!  
¡Ay, mísero de mí! Tan sólo ahora  
siento la hondura de mi triste ruina!  
¡Esta sí que es herida que me mata!  
¡Y yo mismo, hijo mío, yo tu nombre  
mancillé con mis culpas, yo, expulsado  
por odio popular, del trono etrusco  
y los dominios de mi regia estirpe!  
Era yo el reo que pagar debía  
la sanción de mi patria y de mi pueblo.  
¡Ah! ¿Por qué no entregué el alma culpable  
a padecer mil muertes por castigo?

¡Y todavía vivo y aun no dejo  
la odiada luz y la presencia humana!  
¡Más, ya las dejaré!» Dice y se yergue  
sobre el llagado muslo: las heridas  
el andar le entorpecen y demoran,  
pero no ceja el alma inquebrantable:  
ordena que le traigan su caballo,  
su último orgullo y su postrer consuelo,  
el brioso palafrén en que volvía  
siempre triunfante de la fiera pugna  
y así le dice en lastimero acento:  
«Mucho tiempo vivimos siempre unidos,  
Rebo, tú y yo (si acaso entre mortales  
pueden cosas haber que mucho duren):  
Iremos otra vez a la batalla:  
o has de traer triunfante los despojos  
y el cráneo sangriento de ese Eneas,  
y vengarás conmigo la desdicha  
y la muerte de Lauso; o si el acero  
no logra abrir camino a la venganza,  
los dos, tú y yo, sucumbiremos juntos:  
no creo, corcel mío, vigoroso,  
que el cuello dobles al dominio ajeno  
ni que aceptes jamás amo troyano».

Así dice Mecencio, y con la ayuda  
de sus amigos, trepa sobre el lomo  
de su corcel, y sienta el grave cuerpo;  
arma las manos de venablo agudo,  
cifne a la sien el refulgente bronce  
y el hispido penacho de altas crines,  
y a la contienda, rápido se arroja,  
por medio de las huestes que combaten.  
Arden en su alma, a un tiempo, la vergüenza  
y el dolor y la sed de la venganza;  
y el amor a su hijo lo enfurece  
y la conciencia de sus propios bríos;  
y tres veces en medio de la pugna.

## SUGESTION (1)

Señora, ante sus ojos envolventes,  
que nadie sabe si serán sinceros,  
ante sus ojos hondos y hechiceros  
mi alma quedó como ante dos serpientes.

De sus fascinaciones inconscientes,  
de todos sus influjos altaneros,  
están mis pensamientos prisioneros  
y están mis ansias y mi afán pendientes.

Si usted, altiva, esta pasión deplora,  
si mi cariño le produce enojos,  
si posa en mí su vista soñadora

por costumbre no más, y sin antojos,  
baje sus ojos, lánguida señora,  
que usted no sabe cómo son sus ojos...

ANDRÉS SILVA HUMERES.

---

(1) Del libro recién publicado *Versos Humanos*.

## NOTAS Y DOCUMENTOS

### **Don Domingo Santa María y don Alberto Blest Gana.**

—En los recuerdos sobre don Alberto Blest Gana, publicados bajo la firma de don Armando Donoso, como recogidos de la señora doña Luz Blest Gana, se expresa, entre otras cosas, que don Domingo Santa María pretendió retirar al señor Blest Gana su investidura diplomática ante el Gobierno de París para reemplazarle por el señor Aniceto Vergara Albano. Me explico el error en que, involuntariamente sin duda, ha podido incurrirse por la muy respetable señora Blest Gana; pero debo recordar que el señor Vergara Albano fué enviado a Europa durante la administración del señor Balmaceda.

Con motivo de esta afirmación es oportuno traer a cuenta que, desde un principio, Santa María y sus colaboradores creyeron necesario dar, por ley, una organización a nuestro servicio diplomático. Dentro de este propósito, el Presidente cortó todo compromiso con nuestros Ministros en funciones en el exterior. Así lo expresó al señor Blest Gana. Y seguramente, de ello, ha podido nacer la equivocada apreciación a que me refiero, la cual no tiene porqué relacionarse con la persona del señor Vergara Albano.

La correspondencia entre Santa María y Blest Gana pone muy de manifiesto sus cordialísimas relaciones.

Blest Gana decía al primero en 5 de Mayo de 1882: «He leído con mucho placer su apreciable carta de 3 de Marzo, y como Ud. tiene la bondad de consagrar su primer párrafo a tranquilizarme sobre mi situación aquí, principiaré también por darle las gracias y por asegurar a Ud. que me es altamente satisfactorio que Ud. tenga en buena estimación mis servicios. Esto calma la inquietud en que he vivido y me da nuevo estímulo para seguir consagrando todo mi anhelo al buen desempeño de las misiones que me están confiadas».

En 24 de Abril del mismo año, Santa María expresaba: «En cuanto a Ud., nada tengo que decir a Ud. Ya sabe Ud. que

tengo cariño y amistad por Ud. y que, sólo por consideraciones de un orden muy superior, le movería a Ud., consideraciones que hoy no diviso ni veo. Puede Ud. estar tranquilo, en la seguridad de que si llegase el momento de reemplazar a Ud., siempre daría a Ud. aviso anticipado de meses, a fin de que Ud. pudiera hacer le que más le conviniese. Por ahora, le repito, trabaje Ud. tranquilo».

Y Blest Gana, contestando en 16 de Junio, se expresaba en estos términos: «Mil gracias y muy sinceras por la tranquilidad que nos dan sobre mi situación, las buenas y amistosas palabras de su carta... El cariño y la amistad que Ud. me manifiesta son muy sinceramente correspondidos».

En 1886, Blest Gana decía, con fecha 25 de Agosto: «Veo con sentimiento, por la apreciable carta de Ud. fecha 9 de Julio, que su salud no está buena. Comprendo que, después de la pesada labor de cinco años a que Ud. ha hecho frente con singular energía, atravesando una época sembrada de dificultades, la salud de Ud. sienta las consecuencias de la agitación física y del continuo esfuerzo intelectual que ha tenido Ud. que imponer a su organización durante todo su período presidencial.

«Espero que el reposo, si Ud. es hombre de reposarse, después de hacer del trabajo una segunda naturaleza, le traiga la calma de los nervios y la quietud del espíritu, sin las cuales ninguna dolencia física puede mejorar completamente.

«A este propósito me habla Ud. de los rumores que han corrido sobre viaje de Ud. a Europa al retirarse del poder, y con este motivo se expresa Ud., a mi respecto, en términos que, profundamente, agradezco y que son, por decirlo así, la coronación de la amistosa y leal franqueza con que me ha tratado Ud. siempre y, particularmente, mientras ha ocupado el alto puesto de Jefe del Estado».

Casi al mismo tiempo, el 3 de Septiembre, Santa María expresaba a Blest Gana: «Esta carta es la última que he de dirigir a Ud. sobre negocios públicos, desde que, en días más, habré de dejar la Presidencia de la República. No sería perfectamente justo con Ud. si no le asegurase cuán vivo es mi agradecimiento por los empeñosos y acertados servicios que Ud. me ha prestado durante mi administración. Siempre le recordaré a Ud. con gratitud, y siempre me haré un deber en recomendar el celo con que Ud. se ha conducido en todos los negocios confiados a la Legación que Ud. desempeña. Agregaré todavía que Carlos Morla es acreedor a la manifestación de iguales sentimientos.

«Pero si el Presidente desaparece, crea Ud. que queda el amigo, a quien puede acudir Ud. con toda confianza y en la seguridad de ser atendido».

Establecidas con claridad las amistosas relaciones de Santa María y Blest Gana, queda cumplido mi propósito al escribir las precedentes líneas.

I. S. M.

**Saludo a España.**—(Discurso pronunciado, a nombre del Gobierno, por el Senador don Eliodoro Yáñez en la sesión solemne que el Congreso Nacional celebró el 29 de Noviembre de 1920 en homenaje a la Embajada Española).—Señor Infante de España y Aito Real Personero de su nobilísimo Monarca, Señor Embajador de su Majestad el Rey, Señores Delegados y representantes del Gobierno y del pueblo de la Ibérica Península, os presento un especial saludo de bienvenida por encargo del Gobierno de mi país y como miembro del Congreso de Chile, que se honra con vuestra visita y rinde homenaje a vuestros merecimientos.

Os saludo en nombre de los hijos de esos rudos conquistadores españoles, tenaces de voluntad, recios de músculos y con corazón más grande que la grande anchura del pecho, que aquí vinieron a fundar un pueblo de pares en valor y fortaleza, trayendo en la mente la tradición de los fueros de España y colgada al arzón de su silla de aventureros una rama de aquel árbol de Guernica, que habría de prender, siglos más tarde, en medio de las selvas araucanas, como signo de rebelión primero y como símbolo después de independencia y de libertad republicanas.

Os recibimos, los brazos abiertos, no sólo por vuestro noble linaje y altísima investidura, no sólo porque traéis cariñosa misión de fraternidad hispano-chilena, sino por algo más, que es para nosotros más grande y más querido. Es que somos España; es que al ver ondear bajo el cielo puro y azul de Chile, el rojo y gualda de los pendones de Castilla, sentimos el comando ancestral de la raza, que brota en el fondo del alma chilena, como brota, caudalosa y surgente, en los flancos de nuestra blanca montaña, el agua cristalina que va a fecundar en la llanura la tierra que labraron vuestros mayores.

Os recibimos, los brazos abiertos, porque con orgullo de raza, guardamos los penates de vuestras tradiciones y miramos como nuestra vuestra historia.

Os vemos y nos vemos en vuestros bridones de batalla, desde los flancos de Altobizcar, recorriendo la Europa, con el ronco clarín de Roncesvalles.

Os vemos como se ven las hazañas de los padres, venciendo al Trace fiero, del ancho mar en la llanura, y salvando la civilización en Lepanto como la salvaron los griegos en Maratón y Salamina.

Os seguimos en las carabelas de Colón y Magallanes, al surcar animosos el ancho mar-océano, que era para las muchedumbres aterrorizadas, el piélago inmenso del vacío, y realizar la integridad global del mundo con un nuevo Continente, que vuestros tercios recorren desde los bosques impenetrables del Brasil hasta los confines de Chiloé, exclamando como el jefe árabe, que ha faltado tierra a su valor antes que celo al servicio de España.

Y os sentimos llegar y hacer surgir, de entre las algas del mar, la Atlántida dormida; y os encontramos en todas partes de esta América que entregáis a la civilización, después de ser, como lo decía Manuel Siurot en el histórico pesebre de la Rábida y de Huelva, en medio de delirantes ovaciones a Chile, después de ser aquí en esta América indígena constructores de pueblos y blanqueadores de razas.

Y desde las altas mesetas mexicanas hasta las tierras bajas del Mar del Norte europeo, desde la selva verdegay del indómito Arauco hasta las regiones que quema y agosta el sol del Africa, en todas partes quedan las huellas de vuestra sangre y de vuestros sacrificios heroicos, que no hay un pedazo de suelo sin una tumba española.

Y no es esto sólo lo que forma vuestro orgullo y nuestra herencia, es la expansión espiritual de la raza, es la irradiación de la mente española, son vuestros poetas e historiadores, vuestros artistas y legisladores, que dominan e inspiran el mundo civilizado y señalan rutas al pensamiento humano.

¡Noble y gloriosa España! Tierra de amor, tierra de memorias, grande, opulenta, vencedora un día, sembrada de recuerdos y de historias! No es el pío emperador romano, que es ante vos, feliz y triunfadora España, ante quien muda se postró la tierra que ve del sol la cuna y la que baña el inmenso mar americano.

Y la España fué.

Y tras la grandeza vino el descenso, como tras del esfuerzo viene el sopor. Y otros pueblos después y otras naciones se enseñorearon en sus mares y tomaron de sus manos la antorcha civilizadora en la carrera del progreso; y hoy, restaurados los Alfonsos en el trono de Carlos V y Alfonso el Sabio, la España dormida despierta para sentir el sacudimiento de la gran guerra y entrar pujante y vigorosa en las nobles luchas del trabajo intelectual y material.

Y en esta tarea de resurgimiento del pasado evocador, y de unión en el camino del porvenir obscuro, venís aquí, como el navegante portugués, a enlazar los mares y buscar en las afinidades misteriosas del origen ancestral, la simiente fecunda de la grandeza ibero americana.

Bienvenidos seáis, señor Infante de España, señor Embajador, señores Delegados y representantes de la Madre Patria; bienvenidos seáis a la tierra chilena; y al regresar a vuestros lares solariegos. decid al Rey-Caballero que aquí, a lo largo de las costas del mar de Magallanes y Balboa, está el pueblo de Chile, montando guardia de honor en las filas de esta raza que marcha hoy unida a la realización de sus grandes destinos mundiales.

**Eça de Queiroz.**—Invitada por el gobierno de Portugal para dar un curso de conferencias sobre la literatura española, doña Carmen de Burgos (Colombine) ha escuchado de muchos labios, en aquel país, recuerdos y anécdotas sobre Eça de Queiroz, que nos los refiere en un artículo publicado en *Cosmópolis* (Septiembre).

Nada hay en la infancia de Eça, nos dice, que nos haga sospechar al futuro gran escritor. Su vida en el pueblo de Villa de Cande, cercano al de Povoa de Barzin, lugar de su nacimiento, es igual a la de todos los muchachos; igual también a las de todos los adolescentes, son sus años pasados en Porto, al lado de sus padres.

En Coimbra, su figura no tiene tampoco mayor relieve, en los momentos en que brillaban Anthero de Quental, Theofilo Braga, Manuel de Arriega, Antonio de Azevedo, Lobo de Moura. Viera de Castro y otros muchos que después fueron célebres. Eça apenas aparece entre ellos; no se mezcla entre los románticos fieles a Castillo, el patriarca entonces de las letras portuguesas, ni a los revolucionarios, dirigidos por Braga y Anthero de Quental. Lee las obras maestras de la literatura mundial, en especial las francesas, con tanto cariño, que él dice que conocía a todos los autores «hasta en sus *tics*».

Poco después se enamora de una titiritera, a la que menciona en sus libros con el nombre de *divina Gabriela*. Manifiéstanse desde entonces los rasgos de infantilidad, que siempre guardaría. «Se cuenta de él que era aprensivo y supersticioso. No entraba jamás en una casa ni subía escaleras sin echar primero el pie derecho, llevando la superstición a tal punto, que si después de subir veinte o treinta escalones tenía duda, los bajaba rápidamente y los volvía a subir. Tenía miedo de los aullidos de los perros, no iba de paseo si hallaba un tuerto, y

cuentan que por haber oído un crujido en una cómoda de madera y decir su compañero «serán brujas», no volvió a abrir los cajones y regaló el mueble».

«De Coimbra fué Eça de Queiroz a Lisboa, donde empezó a escribir en los periódicos los artículos coleccionados en *Prosas Bárbaras* y al poco tiempo dirigió en Evora, la ciudad románica del Alentejo, un periódico, que dejó al poco tiempo. Allí, el gran escritor se divertía tocando la guitarra, a la que era muy aficionado y decía que era «una gran cosa desahogar el alma de las cosas confusas que la embarazan por medio de la guitarra».

Vuelto a Lisboa, abrió bufete de abogado, pero no tuvo clientes; y se cuenta que habiendo caído en sus manos una causa de un marinero que había matado a su mujer, preparó una brillante defensa, considerando el hecho como un crimen pasional, pero el asesino se empeñó en negar y el abogado no pudo lucir su ingenio.

—Bruto, has estropeado mi defensa—exclamó Eça herido en su esperanza, no volvió a vestir la toga».

Con su amigo Rezende, Eça emprendió después su viaje a Oriente, donde su genio se despertaría. A la vuelta, nace su amistad con Ramalho Ortigao, y cansado de la vida de Leiria, donde estaba empleado, hace oposiciones al cuerpo consular, y al fin es destinado a La Habana. Su estancia en Leiria no fué infecunda; allí estudió y compuso su obra *El crimen del Padre Amaro*, que escribió más tarde, y su parte de *El misterio de la carretera de Cintra*. De América pasó a Newcastle, donde escribió *El primo Basilio*.

«Por esta época Eça de Queiroz se casa con la noble señora doña Emilia de Castro Pamplona, hija de los condes de Rezende, y va con su esposa a Bristol, más cerca de Londres, donde nació su primer hijo. Allí, en la casita de Chifton, rodeada de flores, que recuerda la casa de Carlyle en Chelsea, escribió Eça de Queiroz *El crimen del Padre Amaro* y *A capital*, que refundió más tarde con *Os Maias* y una gran parte de *Reliquia*, la cual acabó después en Portugal. Sus *Cartas de Inglaterra*; que enviaba a la prensa del Brasil, dicen lo poco que este país le gustaba.

Al fin logra su traslado a París, sueño de toda su vida, y allí completa su obra. Se ve que su cerebro está completamente formado, que ha redoblado su actividad. En los pocos años que estuvo en París escribió sus *Cuentos* y los artículos reunidos en *Notas contemporáneas*, *Ecos de París*, *Últimas páginas*, *Cartas familiares* y *Billetes de París*, escribió la joya de la *Correspondencia de Fradique Mendes* (nombre que había él usado como

seudónimo al escribir en verso) y la maravillosa novela *La ilustre casa de Ramírez*. En este período dirigió también desde París la *Revista de Portugal*, cuyo proyecto había acariciado largo tiempo, según se ve en sus cartas al gran historiador Oliveira Martins. En la *Revista* publicó Eça una sección de *Poetas españoles*, en la cual escribió, entre otros, Núñez de Arce. Se ve en esta ocasión el amor de Eça de Queiroz a Portugal y su consecuencia con sus amigos. Conforme avanzaba en la vida era más portugués, gustaba más de su patria. Su última obra, *Las ciudades y las sierras*, que él no pudo ya corregir, es un canto a Portugal, cuyas bellezas narra de un modo insuperable».

En París Eça de Queiros hacía una vida muy retirada, salía poco, rara vez iba al teatro, y pasaba el tiempo en su casita de Neuilly, rodeado de flores, que eran su gran pasión. Escribía a todas horas, con calor, con inspiración, y no corregía hasta que lo veía en pruebas, en las que tanto limaba, pulía y cambiaba, que era como escribirlas de nuevo.

«Se le veía con frecuencia a las orillas del Sena, en el Barrio Latino, recorriendo los puestos de libros viejos, con su alta estatura, flaco y encorvado, su monóculo calado, buscando libros raros que constituían su pasión. Martirizado por la dieta, se avenía a todo, menos a dejar de fumar cigarrillos, que no hacía más que encender y tirar constantemente. Su elegancia se ha hecho proverbial; le gustaba el *comfort* en su casa, cuyos bellos muebles conserva la familia, tal como él los tenía en su despacho—en el que lucía un cuadro pintado por el rey don Carlos y regalado al escritor—en su quinta de *Santa Cruz del Duero*, que él ha pintado en *Casa de Tormes de Las ciudades y las sierras*.

Iba siempre muy bien vestido, limpio y cuidado, le gustaban los refinamientos de la *toilette*; su ropa blanca era de un lujo inusitado y el número de sus corbatas era tan extraordinario que cuando estuvo en Nueva York llevaba un baúl lleno y los aduaneros quisieron hacerle pagar derechos, «pues no comprendían que un hombre llevase tantas cintas de colores para su uso». Se veía en él siempre el buen gusto de artista, aristócrata por naturaleza, que busca lo más distinguido y selecto.

«Eça; hizo su último viaje a Portugal y a Lisboa con Ramalho Ortigao en 1900, y recorriendo en Suiza, Ginebra y Montreux, hasta detenerse Eça en Gilión, donde pareció mejorarse, mientras su amigo seguía a Italia; pero sintiéndose peor volvió a París, donde se agravó rápidamente. El se sentía animoso, con esa fuerza espiritual que hace desarrollarse la tisis al par que consume el organismo. Puede decirse que murió sin

dárse cuenta de su gravedad, de tal manera que parece que escribió para sí mismo aquellas frases acerca de la muerte de *Fradique Mendes*: «No acaba más dulcemente un bello día de verano».

Se reunió la prensa portuguesa y reclamaron el cuerpo del escritor. El 11 de Septiembre de 1900 (Eça había muerto el 16 de Agosto), fueron conducidos sus restos al Havre, donde los embarcaron en el vapor *Africa*, que fué recibido con grandes honores por todos los buques surtos en el Tajo. El cadáver envuelto en la bandera portuguesa y cubierto de flores, pasó bajo el arco triunfal de la Rua Augusta, como el de Víctor Hugo bajo el arco de la Estrella. Allí duerme el genial escritor, cuya estatua se alza en el Largo de Quintella, en su panteón de familia, en la tierra querida que él tanto honró.

S.

**Una clínica literaria.**—En una revista americana, *Atlantic Monthly*, leo un curioso artículo de Samuel Mc. Chord Crothers. Mi escaso conocimiento de la literatura norteamericana contemporánea no me permite afirmar si el autor es famoso ni si su producción es abundante. El artículo revela que es un buen humorista. Trata de una imaginaria clínica literaria. Esto de clínica literaria, como verá el lector más adelante, aunque yo quiero advertírselo por anticipado, no significa en este caso que se trata de una clínica para literatos que adolezcan de alguna enfermedad de la ideación o de la retórica. Sin duda sería útil que pudieran curarse por algún tratamiento especial la vacua verborrea de tal escritor, la anemia de las ideas de tal otro, la caquexia del pensamiento y el estilo de aquel, la fiebre de intolerancia de éste; pero lo cierto es que a las enfermedades literarias no se las da suficiente importancia para que ningún médico, deseoso de crearse una especialidad nueva, haya querido ensayarse en ésta. Media la circunstancia de que los pacientes generalmente ignoran su enfermedad y se ponen furiosos cuando alguno se las descubre, de suerte que costaría infinito trabajo reducirles a ponerse en cura.

La clínica literaria de que habla, en broma por supuesto, Mc. Chord Crothers, es una clínica donde la literatura sirve de medicamento, donde se practica la biblioterapia. El lector discreto advertirá que no se trata de un nuevo procedimiento médico, sino de una eutrapelia, que diría *Azorín*, de una broma o donaire, debajo de cuya invención se deslizan algunas verdades satíricas, un hilo de sátira social.

El escritor norteamericano cuenta que fué a visitar a su amigo el pastor Bagter, a quien no veía hacía tiempo, y se sorpren-

dió al ver sobre la puerta un cartel que decía: «Instituto bibliográfico». Curas bibliográficas a cargo de eminentes especialistas, de 2 a 4. Consultas a domicilio. Tratamiento especial para hombres de negocios, fatigados. Las madres que sigan un curso de lectura terapéutica podrán dejar a sus niños en la *nursery* anexa al Instituto». Inquirió el visitante la razón de tan raro anuncio, y el reverendo le dijo: «Sabrá usted que en nuestra última asamblea parroquial se habló mucho de los buenos resultados de la psicoterapia. Me agradó la idea; pero no me pareció bastante práctica por estar basada en el sistema de influir sobre los enfermos mediante ondas de pensamiento. ¿Y si éste llegase a faltar? ¿Y si el médico anduviese escaso de ideas saludables, estimulantes, tónicas o calmantes, según los casos? Para no correr semejante riesgo, resolví adoptar, en vez de la psicoterapia, nebulosa y aleatoria, la biblioterapia, que ofrece garantías más serias, puesto que la literatura le ofrece un inagotable caudal de pensamientos medicamentosos preparados con todo esmero y fácilmente asimilables.

Nada me importa que un libro trate de historia o de cocina, de matemáticas o de bellas artes; que esté escrito en inglés o en alemán. Lo esencial es descubrir su valor terapéutico. Un libro puede ser irritante o soporífico; puede ser un sinapismo o una poción calmante; más por fuerza ha de producir algún efecto. La habilidad del clínico está en aplicarle debidamente. A diferencia de las drogas farmacéuticas, los libros se pueden usar sin el menor peligro. No hay cosa más inócua que el libro. En cuanto nos desagrade podemos dejarle en el estante, sin el riesgo de que eche a correr detrás de nosotros diciendo «Escúcheme usted una palabra!» Desde el punto de vista clínica, el libro es una recta que puede ser simple o compuesta de varios elementos. Las ideas pueden unirse en una perfecta combinación química o ser insolubles unas en otras formando una especie de emulsión, como sucede en los Ensayos de Emerson. Sus proposiciones son como grumos de sabiduría que no se amalgaman. Agítese antes de usarse. Maeterlinck contiene elementos volátiles que fácilmente escapan a la apreciación del lector superficial.

Decía que algunos libros obran como estimulantes. Más que presentar ideas nuevas, lo que hacen es excitar nuestro pensamiento y despertar facultades que por inercia estaban casi paralizadas. Pero estos libros son un acontecimiento espiritual que no sucede todos los días, apenas conoce uno cada generación. Así, Carlyle estimuló a su generación al trabajo, y Ruskin a la suya a las obras sociales y al amor al arte. Mientras Tolstoy estimuló la voluntad hacia el sacrificio, Nietzsche la estimula

hacia el poder y la fuerza. Rousseau suministró a los hombres de su tiempo el estimulante que les condujo a la Revolución.

Los estimulantes literarios se deterioran rápidamente. Hay que servirlos frescos. Si destapamos ahora una botella de Rousseau, advertiremos que ha perdido casi toda su aroma. Las instituciones de Calvino, que produjeron un sorprendente efecto estimulante en su tiempo, han perdido en cuatrocientos años, que no son un día, toda su efervescencia y despiden un fuerte tufo de moho. Entre los estimulantes desempeñan un gran papel en la formacoepa literaria los revulsivos. Así como en la practica médica los más comunes son los sinapismos, el aceite de Croton y las moscas de Milán, en la biblioterapia el más usado es Bernard Shaw....

Burla burlando, el escritor americano dice una gran verdad. ¡Cuántas veces un libro nos ha calmado, haciéndonos comprender la vanidad de nuestros afanes y nuestras penas, o enredándonos en la seducción del mundo fingido a que nos conducía!

ANDRENIO.

**Antología del Vino.**—En este trance melancólico del destronamiento y destierro de Baco en los Estados Unidos, se me ha ocurrido componer una pequeña antología del vino.

«No beberás ningún vino que embriague», ordena un mandamiento budista.

En el Korán leemos: «En cada uva del racimo habita un diablo».

Cualquiera diría que la ley, prohibiendo el consumo de brebajes alcohólicos—ley de carácter religioso más bien que de esencia política—se ha dictado en un país mahometano o judío, y no en una democracia occidental.

En el *Otelo* de Shakespeare hallamos unas líneas semejantes a la Maxima del Korán: «*Oh thou, invisible spirit of wine; if thou has no name to be Known by let us call thee devil*», Oh, espíritu invisible del vino; ya que no tienes nombre que te designe, te llamaremos diablo.

La Biblia, lejos de mostrarse severa con el vino, como el Korán y el Código de Manú, incita a la libación, siempre que el vino sea bueno. El salmo 104, versículo 15, dice: «*Vinum bonum latificat cor hominis*»: que el corazón humano se alegra con el buen vino. Cristo, en las bodas de Canaán, convirtió el agua en vino, y en la última cena lo convirtió en su propia sangre.

Griegos y romanos fueron muy aficionados al vino. Un proverbio griego, o frase sacramental de los holgorios y alegres compañías, era: «O bebe o vete».

Hay una sentencia helénica que pasó a sentencia latina, y luego a sentencia universal, Aquella que, según la tradición, campeaba en el frontispicio del santuario de Delfos: «*Gnothi seanton, nosci te ipsum*»: concóctete a tí mismo. Melliza de esta sentencie, por lo profunda y perdurable, es aquella otra: «*En oina aletheia, il vino veritas*», la verdad reside en el vino.

A esta cualidad, así ética como estética-filosófica de contener la verdad, debe aludir Homero cuando advierte que el vino hace vender secretos, opinión que oímos muchos siglos después de labios de don Quijote. Por su parte, Homero era dado al vino, si hemos de creer a Horacio, un gran vinolento también, que dice: «*Laudibus arguitur vini vino sus Homerus*»: de cómo el vinoso Homero alababa el vino.

Horacio conocía lo desastrozo del vino con exceso, maligno como la cólera «*vino tortus et ira*», retorciéndose bajo los efectos del vino y de la ira; escribe de un borracho. Horacio era partidario de beber vino a pasto, pero con moderación, fruición y holgura. No en balde vivía Horacio no lejos del divino terruño en donde se daban los más exquisitos caldos de entonces. «*Hic—según expresión de Floro amice vitibus montes, Gauros, Falermus, Massicus et pulcherrimus omonium Vesuvius*»: allí los montes amigos de la vid, el Fauro, el Falerno, el Masioco, y más hermoso que todos, el Vesubio.

Los versos de Horacio son también; como los montes de la Campaña, amigos de la vid. A cada paso, en torno a sus versos, de robustez rolliza o gentileza de álamo, vemos enlazarse la gracia efímera y versátil del pámpano, «*Nunc vino pellite curas; eras ingens iter obimus aequor*: auyentemos de momento las preocupaciones por medio del vino; mañana navegaremos sobre el ingente mar; he aquí la regla de conducta para Horacio. Esta regla la repite de continuo, con diversidad de locuciones: «*sapias, vino liques, et spatio brevi spem longam reseces*»: sé prudente; filtra tus vinos y no concientas que en el menguado lapso de tu vida se alberguen esperanzas copiosas. Pero quizá el criterio de Horacio tocante al vino, se contiene más cumplidamente que en otra parte en la oda XVI del primer libro, dedicada a Varo: «*Librate, Varo—dice Horacio,—de plantar árbol alguno antes que la sagrada vid, pues un dios (Baco) ha condenado a las más duras penalidades a aquellos que no beben. Los roedores cuidados no se disipan sino con vino. ¿Quién habiendo bebido se lamenta de la pesadumbre de la guerra o de la pobreza? Por el contrario; se pone a cantar*

en tu honor, padre Baco, y en el de la bella Venus. Pero ay de aquel que traspasa los límites de moderación que el dios impuso en el goce de sus dones. Acordáos de los sangrientos combates entre Centauros y Lapitas, a quienes la embriaguez hizo empuñar las armas...»

Una circunstancia curiosa es que Horacio en esta oda denomina a los abstemios o sobrios con un término paralelo al que se usa en los Estados Unidos: *siccis*, secos. Cicerón opone *siccis* a *vinolenti*.

Ovidio resume la noción horaciana del vino en cortas palabras: «*DATA TEMPORE PROSUNT, ET DATA NON APTO TEMPORE VINA NOCENT*»: el vino aprovecha o daña, según se toma en buena o mala coyuntura.

El jocosos Plauto dice del vino: «Es un gran luchador, pues lo primero que hace es agarrarse a los pies y echar la zancadilla»: *PEDES CAPTAT PRIMUM*.

En dictamen de Publio Sirio, «ha ahogado más hombres que el mar». Y Plinio enumera las enfadosas consecuencias del vino: «manos temblonas, ojos llorosos, noches desazonadas y con pesadillas, aliento hediondo al siguiente día, y olvido de todo». Por asociación de ideas saltamos de Plinio a Schiller, que dice: «El vino tartamudea». Y ya que se trata de un autor dramático, volvamos al más grande de todos, a Shakespeare. Es fama que Shakespeare fué un gran bebedor. Sin embargo, apenas si menciona el vino en sus escritos. Una de las escasísimas menciones ya la hemos reproducido más arriba. Otra, que ha llegado a constituirse en refrán, aparece en el epílogo de *AS YOU LIKE IT*, y reza: «*GOOD WINE NEEDS NO BUSH*», como si dijéramos: la buena taberna no necesita ramo a la puerta.

Y ya que ha salido a comento la taberna, recordaremos las dos fauosas redondillas de Baltazar Alcázar:

Si es antigua o es moderna  
 ¡vive Dios que no lo sé!  
 pero delicada fué  
 la invención de la taberna».

Y:

«Con dos tragos del que suelo  
 llamar yo néctar divino,  
 y al cual otros llaman vino,  
 porque nos vino del cielo».

Lord Byron compuso un dístico o aleluya, que bien pudiera haber firmado Horacio:

«Let us have wine and women, mirth and laughter.  
Sermons and soda water the day after».

Hoy, mujeres, vino, juerga y carcajadas. Quédense para mañana los sermones y el agua de Seltz.

Jorge Meredit habla de la magnanimidad del vino. Para Milton, los grandes señores son más señoriles después de haber bebido, «LORDS ARE LOEDIETS IN THEIR WINE».

RAMÓN PÉREZ DE ATALA

## BIBLIOGRAFIA

**Christian Røeber.**—*Poemas.*  
—Buenos Aires.—1920.—4.º—54  
pps

Los poemas de Christian Røeber, —este español dolorido que en el mundo elegante de los salones madrileños se llamara Federico Leal de Saove Vizconde de San Javier, —no transparenta en sus versos la rabiosa amargura de quién un día desesperado cruzara los trágicos umbrales de una casa de salud en busca de quietud. Røeber emigró de su patria para colmar los sobresaltos cotidianos de una vida cansada prematuramente. Fué a Buenos Aires. Allí despojado de su nombre, sediento de emociones capaces de aquietar los vuelcos de su loca fantasía, trabajó el verso, ese su risueño verso que oculta sus desgracias. En la orbe inmensa del Plata, indiferente, despreciativa y altanera, arrastró una existencia nueva y fatal. De Madrid venía hastiado; otros mundos y ciudades también le cansaron aprisionando sus vehemencias. El trato con la gente noble, el continuo discreteo con las gentiles damas castellanas, ese vivir frívolo entre el plegado vestido de seda de las mujercitas hermosas, que oculta tanta hipocresía como deberes impone la moda a las arrebuajadas faldas y aquel frac con su pecera impecable, con su blancura immaculada, donde se escuda la impavidez varonil; todo eso era para Røeber, filósofo y poeta, una mascarada del disimulo social y de los falsos pudores. En Buenos Aires sólo conservó de su vieja aristocracia, esas sus modales exquisitos —Era un refinado y cambió su rumbo. Frequentó los sitios vocingleros del ameno vivir allí donde las comparas bulliciosas compar-

ten la presa del placer. Y al contacto de una espesa atmósfera caldeada de pasiones, impregnada de olores excitantes, con sabor a mujeres, a licores espumantes, a cigarrillos y aromas voluptuosos, entre la dulce cadencia del violín que llora su última nota como un quejido agudo, en el vahío de la desolación, mordiendo carne fresca y sedaña, compuso versos con el alma jóven, y habló de arte, de filosofía... Así entrañó su existencia un sendero borrascoso. Enfermo de la voluntad ya estaba. Entre el enueño y el espíritu de análisis, corrió su vida loca. Quebráronse, al fin, las iniciativas del hombre y del artista, y una tarde de Marzo de 1904, iluminado por un sol ya moribundo que dibujaba sombras extrañas en la arquería severa del hospital de San Roque, en una sala de dolor rindió el alma extenuada. Una densa oscuridad llenó la estancia.

Vengamos a sus poemas. Un discreto velo de placidez cubre estos versos; el prologuista ha descubierto esa cortina para mostrarnos, casi con alguna indiscreción, el interior de Røeber en toda su áspera desazón. Como Amiel, ese místico trágico y martir del ideal en la segunda mitad del siglo XIX, Røeber pudo exclamar al fin de sus días: «Bajo que melancólico aspecto se presenta la vida cuando se sigue la corriente de estos pensamientos y de estos sueños! Es como un vasto naufragio nocturno donde cincuenta voces anantes piden socorro; pero donde la implacable o ascendente extingue uno a uno todos los gritos sin que se pueda estrechar una mano ni dar el beso de adiós en las tinieblas de muerte». De toda esa tristeza han quedado exen-

tos sus poemas. Dificilmente se encontrará en ellos una frase reveladora de miserias. Porque la necesidad de cantar vino a ser en él, por extraño contraste, no la forma de dar salida a la sangre de la herida, sino un medio de dignificar el martirio, contemplando el espléndido horizonte de la vida. Röeber no fué tampoco un modernizante de la última generación ni empapó su espíritu en las últimas escuelas de la estética. Una prudente modernidad, bajo un fondo clásico con el cual procuraba la armonía, ese era acaso su ideal, y lo consiguió ciertamente cincelandos versos sonoros como aquellos de pasada edad. Pero sonoridad sin esfuerzo, sin deseo de convertir el templo de las musas en cátedra oratoria. Personalísima fué su forma y su modo. Vanamente buscaremos en él analogías. No las tiene. Un impulso ardiente de vida llena su estrofa; es rico en colorido e interpreta el paisaje con lucidez maravillosa. Su temperamento espontáneo realizáse ante la fuerza evocadora de una escena trágica; y sabe hacer asomar una sonrisa en una frase epigramática con que termina una donosa moraleja. Pero su causticidad a flor de piel nos retorna a veces hácia este elegante mundano excéptico que guarda una filosofía de viejo tolerante y bondadoso. Señalemos ahora sus mejores poemas. Son en total doce y todos buenos ¿los mejores? Inco. Se intitulan: *Nada Nuevo.—Problema fin del siglo.—Jesús.—Los que van.—Simbólica.*—Ni sus trastornos visuales ni el cansancio de la vida ni la fatiga del cerebro hallaron eco en sus versos.

GUILLERMO FELIÚ Y CRUZ.

**Julio T. Ramírez O.**—*El Rancho.*—Novela de costumbres chilenas.—Santiago de Chile.—Imprenta San José.—1920.—4.º—IV pps. de prólogo por Francisco Donoso G.; 234 pgs.

Bajo la dolorosa impresión de las agitadas borrascas en que nos han envuelto en estos últimos tiempos los problemas sociales de la hora

actual, ha nacido esta novela. Tiene el fin de corregir las ilusiones de la muchedumbre sectaria y convulsiva, inflamada de súbito ante el espejismo de la abolición del privilegio. Así, las luchas sociales pierden en esta obra toda la augusta dignidad del sufrimiento de los bajos que piden la sanción del traficante. Es una modalidad de ver las cosas: hay errores de falsas perspectivas que disfrazan los colores. También hay anóstoles que se escudan en el grito de dolor de las masas para arrancarles el último girón de la inocencia. Todo depende de la situación que adoptemos para apreciar el problema. Pero no hace falta ningún esfuerzo de análisis para comprender que, en este período de misantropía social, de las adoraciones feroces de las muchedumbres anónimas y de las dictaduras sombrías, las consecuencias a que haya de llevarnos la restauración de la dignidad colectiva de media humanidad, serán teñidas de sangre, y acaso entonces el holocausto de las víctimas caídas enseñará más altamente que las grandes conquistas de la civilización nunca se han conseguido de otro modo que con la educación del corazón, de los sentimientos y de la sinceridad; que tal estado de serenidad requiere el alma de los hombres para manejar virtuosamente el arma de la justicia; que tal sentimiento cristiano es menester al c razón para no arrojarse sobre un vil egoísmo; que tal educación de los hábitos es lo único que puede alejarnos de alimentar pasiones enconadas, y que tal grado de cultura es indispensable a las masas para reflexionar inmediatamente.

Las agitaciones de hoy pasarán con todos sus dolores y amargas como han pasado los sacrificios de la humanidad, y sólo quedarán de ellas un recuerdo odioso cuando, a través de las vicisitudes del tiempo y de la historia, se dibujen con caracteres sombríos en las páginas del libro del progreso, los vuelcos horribles de los martirios de ahora, para hacernos comprender entonces que nada hay más perdurable y dura-

dero, más grande y más excelso que el sagrado respeto de la individualidad, de la personalidad, de eso que sólo a nosotros nos pertenece porque lo llevamos en el alma, y que jamás nos arrancará ni toda la sangre derramada en cien generaciones! Y volveremos al individualismo y renegaremos de un pasado que sacrificó las mejores existencias al eco desenfrenado y rabioso de la brutal quimera de las masas sectarias e irresponsables, escudadas cobardemente en la mentira de la democracia con que satisficieran venganzas y envenenadas pasiones. ¡Qué distancia, que abismo separa esa doctrina que presupone el desarrollo de una conciencia poderosa y responsable, con esta otra de la generosidad colectivista anónima que renuncia de antemano al desarrollo y cultivo de las facultades individuales!

Esto es lo cierto. Y *El Rancho* ha sido madurado sobre un principio de fatal excepticismo que, aún cuando tiene mucho de cierto y está de acuerdo con nuestras teorías sobre las insinceridades de las luchas sociales, no podemos, sin embargo, aceptar. Por eso merece algunas consideraciones desde el punto de su objeto como obra de tesis y también desde el puramente artístico. Se comprende por lo dicho más arriba que en cuanto al fondo de la tesis del señor Ramírez nos encontramos muy cerca de sus principios; eso sí que discordamos en los procedimientos. Ni vale tampoco discutirla; nos parece que su resultado huelga por sí sólo. El último aspecto, en razón de nuestro oficio de críticos revisteros, nos interesa más que el primero. Sin embargo, hagamos antes una declaración previa. No nos encontramos en presencia ni de un autor vulgar ni de una obra de segunda categoría. Ramírez que se ha propuesto hacer la pintura fiel, exacta, de la vida campesina, signiando el viejo ideal de la novela con su desarrollo lógico y continuado, ha aprovechado espléndidamente la ocasión de sus escenas para destacar sus descripciones.

Más que en la tesis, más que en el argumento, es en el paisajista en el retratista, mejor dicho, donde está su más sobresaliente cualidad. Pero aún así no podemos dejar de reconocer que en su novela hay un fondo humano auscultado con verdadera delicadeza para dibujar crudamente el empuje de las pasiones. Ese fondo humano para nosotros que somos ante todo esencialmente objetivos, tiene el doble mérito de reducir los personajes de la novela a las interioridades mismas de la vida que llevan. En otros términos, dé darnos la impresión de una psicología vivida, sentida y mayormente comprendida. Bajo el disfraz de un lenguaje inculco y candoroso como el que usan los huasos—y que dicho sea de paso en la forma en que nos lo da Ramírez lo creemos falso y exagerado—se exhibe la psicología del huaso y se expende a la vez el amplio sentido del criollismo, de ese criollismo tan despreciado por nuestros artistas. Por lo pronto este mismo criollismo no está sólo en el hombre; lo está en la naturaleza, en las costumbres, en las tendencias, en las ideas en todo aquello que respira el hondo sentido de la nacionalidad. Abundoso observador de esos aspectos es Ramírez. La evocación de las tales costumbres criollas culmina en *El Velorio*, en *Un día de Santo*, en *La Trilla*, en *La Bruja* y acaso también en *Un hogar feliz*. Páginas más intensas de conjunto no conocemos en los dos últimos lustros de nuestra literatura. Tendríamos que ir a buscarlas en algunos olvidados: tal vez en Daniel Barros Grez, en Román Vial y en el inolvidable Blest Gana.

No olvidemos que un misticismo sentimental ha predominado en el estudio de la bucólica chilena. Nos hemos dicho de acuerdo con una vieja creencia: el hombre del campo sufre; su vida es un martirologio; el cambio de las estaciones con todas sus crudezas, mina la existencia del campesino; arrastra, en fin, una vida miserable. He ahí el fondo en que basan esos sentimientos. Ya Huysman combatió la inver-

similitud de estas confidencias. ¿Cómo? Teniendo de relieve las miserias del hombre de la ciudad con las felicidades de él del campo. En *El Rancho* está salvada esa falsa apreciación. Ramírez enarca con su prosa y con sus mismas reflexiones, la sincera interpretación del vivir campesino. Por lo expuesto se deja traslucir que esta copia de la naturaleza, de las costumbres, de la vida misma, en suma, lleva a otro orden de consideraciones. Vamos a apuntarlas. El procedimiento literario del autor sugiere una cuestión de estética que es útil puntualizar. ¿Hasta qué punto la simple fotografía de la vida constituye un esfuerzo artístico? Podrá parecer caprichosa la pregunta. Pero ella misma relaciona luego otra. ¿Ese procedimiento fotográfico necesita ser idealizado por el arte? Nos parece que sí, y en tal caso al *Rancho* le ha faltado eso.

GUILLERMO FELIÚ Y CRUZ.

**Pedro Prado.**—*Alsino*.—Casa Editorial Minerva.—Santiago de Chile.—1920.—8.º—314 pps.

(1) Llegamos a *Alsino*. ¿Que debe esta obra al anterior procedimiento de Prado? Resumamos lo dicho anteriormente; hemos insinuado ya que la preocupación de ser hombre y artista, de construir prematuramente la obra de arte estrechando las facultades, ha dado a la labor de Prado, sus principales defectos. Son varios y enunciémoslos nuevamente: el deseo de la originalidad que le lleva al transcendentalismo artístico; la insinceridad que disfrazó lo real; la frialdad como consecuencia de sus ideologías, y, por último, el uso del color, de la luz y de la sombra que le atraen y seducen de tal modo, que nubla la belleza, empaña la idea y desvirtúa la misma concepción. En *Alsino* no hay nada de eso, y cuando lo hay es tan débil que no merece un especial estudio. Es que *Alsino* es una obra de reflexión artística, y para producirla

su autor ha verificado, de seguro, el análisis de sus anteriores modalidades. Sólo de tal modo puede comprenderse una tan larga y vasta trayectoria de evolución estética; vanamente hemos buscado aquí los valores que discutimos, y esos atisbos, tan fáciles de encontrar en otras obras de Prado, decrecen paulatinamente hasta el punto de hacerse imperceptibles. Veamos como. El símbolo es ahora humano y el sistema ideológico ha quedado estrechado a algo tangible; el procedimiento, la técnica, corrige defectos y sutalizaciones habituales en lo anterior de Prado; la sinceridad obra en primer término y la originalidad crea un drama nuevo y doloroso.

Dejemos ahora este procedimiento de fórmulas y vamos directamente al estudio de *Alsino*. El fondo humano: ese es el punto y la primera observación que sugiere la obra. Busquemos una comparación que sitúe exactamente el símbolo representado en *Alsino* con relación a otro tan grande y tan hermoso como éste. Kipling, con un procedimiento más o menos parecido en el *Niño de las Selvas*, ha ejecutado un poema de imaginación estupenda; su concepción es irreal, pero hay en él un fondo humano. Aquella dignificación de la vida de las bestias de los bosques australianos; esa clara comprensión del martirologio animal por el hombre y por la industria; la dura ley a que viven sometidos por el avance de la civilización, ha permitido a Kipling imaginar que los tales animales de la selva tienen, como el hombre el don de la palabra y por medio de ella expresan a un niño, el áspero dolor a que viven sometidos. Aquí, como en toda la obra de Kipling, hay un fin moral y también detrás de eso hay un símbolo claro, sugerente. En *Alsino* el símbolo de un personaje que vuela no sugiere nada; cuando más es una bella fantasía de poeta, sin aplicación a las luchas humanas ni a la tragedia de la vida. ¿Qué vamos a pensar de un hombre del pueblo

(1) Paráfrasis de un estudio sobre la obra de Pedro Prado

que tiene alas, que no representa los dolores de la colectividad baja ni tampoco las amarguras en que revuelve su existencia? ¿O vamos a creer que Alsino encarna la idea de una aspiración máxima en cuanto a reformación moral? Puede ser. La opinión nuestra es otra; Alsino es el alma humana atacada del más fuerte espiritualismo; es el héroe moral en lucha brutal con la tragedia miserable de lo terrestre. Es el mártir del ideal. Esa es nuestra opinión. En todo caso podemos preguntarnos y con razón: ¿Qué cosa es Alsino? Simbolizado de tal modo el personaje de la novela que apenas queda insinuado en su objeto y en su fin, cada cual lo interpreta con libertad a su antojo y cada cual puede concederle un valor conforme a su estado de alma. Así con un procedimiento semejante, queda salvado un escollo capital. Y para quién esto escribe, como obra exclusivamente artística, nada más bello y más feliz que la idealización de Alsino. Serán, en su género, páginas clásicas en nuestra literatura; es una creación fuera del medio, fuera del ambiente, y su permanencia no la destrozará ni el paso de los años ni los cambios de modalidades en la civilización. Quedará. Lo decimos de verdad ¿Estamos en un error?

Todo eso en cuanto a la obra de arte en su representación; en cuanto al fondo hermano, a la realidad del modo, el punto crítico cede. Mientras Alsino avanza triunfante a través de las nubes y toca de vez en cuando la montaña o las aguas de un dulcísimo remanso estirando sus plateadas alas, nosotros, hurafios y desconfiados, reflexionamos: Contamos con la medida del tiempo y de la historia; con el espacio también. Alsino que es la ensoñación de un fuerte artista, viene a confirmarnos en una vieja tesis literaria nuestra. Al lado de él oponemos la literatura popular, con eso lo humanizamos. Es el folklore la base de la novela nacional y entre la creación de Prado y esa literatura media una distancia peque-

físima. Si Prado hubiese tomado de ahí los materiales de su concepción, si hubiese arrastrado su imaginación ante el hecho real, habría logrado dar el fondo humano que falta a su obra; habría creado sencillamente un prodigio artístico en la literatura americana desde la empinada cumbre del estéril Anahuac hasta aquí donde cariñosamente se besan las aguas azules de dos mares. Es natural: Alsino sólo podemos aceptarlo como un bello capricho, como un símbolo que no tiene raigambre en la tierra; en cambio, ese mismo capricho y ese mismo símbolo, si hubiera sido tomado del estudio de los mitos y de las supersticiones nacionales, habría concretado un fondo de pasión sublime.

Es por eso que discordamos con los caracteres que se dibujan en el libro. Alsino es un muchacho del pueblo; sueña que no es tan difícil volar y cree que posee el secreto para realizar la hazaña. Lo comunica a su hermano y ensayan el procedimiento. Fué fatal. Sólo, después, realiza su idea; al pretender volar cae, y sufre una dolorosa contusión en la espina dorsal. Ha quedado jorobado: de ahí nacen las alas, y él viene a darse cuenta de ello cuando una tarde, prestando un servicio a un carretero, es injuriado por los muchachos y por los hombres. El cuadro es bello y la descripción de los accidentes, soberbia. Pero Alsino ¿es un hombre bajo del pueblo? Sí; pero sus ideas son cultas, sus pensamientos el de un varón refinado y sus mismos modales los de un gran señor. Como caso de imaginación, aceptémoslo así, siempre habrá una dualidad entre la creación pura de la imaginación y el hecho de un personaje del pueblo. O en otros términos: la imaginación necesita de algo real y la realidad queda dibujada imperfectamente. Estos hombres tienen cierta debilidad; no son fuertes; el lenguaje es demasiado culto para ellos. Esto es por un instante; a medida que avanza la narración se hace más verdadera. Tocamos personajes con los cua-

les nos codeamos todos los días; asistimos a paisajes que hemos observado; recorremos cordilleras y montañas que realmente hemos hollado, y nos sentamos, por último, bajo la sombra de árboles hermosos. Del fondo vaporoso de estas descripciones fluye aun el patetismo de Prado. Aquí tiene un encanto; hay cierta unidad y relación entre este Alsino humano y esas materias inanimadas; las flores tienen su lenguaje; Alsino comprende el sentido íntimo de las cosas; habla con las aves y comprende mejor que nadie el valor de la existencia. ¿Qué más? Así es feliz.

Dejemos a Alsino. Ignoro hasta que punto lo hayamos comprendido en el doble aspecto de su representación y de lo que es en sí mismo. Debemos, empero, una declaración: ¿basta que punto existe unanimidad con nuestra apreciación? Es el mismo Prado quien nos ha hecho mirar su creación con dos lentes: el uno de artista, y el otro... «Los dioses, ha dicho Taine, son abstracciones sin vida poética». Nada más.

Una frase algunos detalles sueltos, dos palabras, con todo eso podemos reconstruir ahora la psicología de Prado en Alsino. Difícil labor. Aquí hay ausencia completa de trascendentalismos, de prejuicios artísticos, de ideas abstractas y de nebulosas empañaciones. Todo es claridad. De vez en cuando lo que apuntamos al principio se confirma; hay atisbos del gran sistema artístico de Prado. Esas mismas escuelas literarias han podido, al fin, surgir la obra maestra; es toda sencillez y ajusta perfectamente con su gran doctrina que es la misma que hay en Alsino, es decir, la sutílización más estupenda del espiritualismo. Concretemos esto al paisajista. ¿Conocéis las pinturas de Prado, aquellos sus cuadros exhibidos en algunas exposiciones? Nosotros no los hemos visto y nos habría servido de mucho. Sería curioso determinar en presencia de sus cuadros cómo las modalidades del paisajista pictórico es casi la

misma de la del literario. En el arte de Prado se nota su extremado sentido del color. Alsino es una prueba de ello, y a diferencia de otros paisajistas cuyo realismo les hace recargar en demasía los efectos deslumbrantes de la luz y de la sombra, Prado ni es intenso ni juega mucho tampoco con las medias tintas indecisas de su pincel y de su pluma. Es prudente en la elección de los efectos; en sus anteriores obras no era así: he ahí un progreso. No va más allá de una insinuación; una línea, una mancha, un contraste de luz de sol, una pintura de luna, un clarear de amanecer, lo esboza y no lo exterioriza. Esto es admirable en Alsino y podría formarse una selección de sus descripciones sin comparación en nuestra literatura. (La laguna de Llico, la casa de la abuela de Alsino, la tempestad, aunque la más débil; las montañas donde transita el personaje de la novela, etc., etc.). Así, el sentido del campo en Prado es meramente visual y lo plástico, lo pintoresco es su gran preocupación. Nótese de paso que en los libros de los Goncourt o de Gautier, pintores como él, la impresión visual es la característica y difícilmente en lo anterior de Prado puede encontrarse como en Alsino un predominio más absoluto de lo real sobre lo abstracto. Es que el sitio donde se desarrolla la novela era para trabajar tales pinturas. Nada más encantador que esos lugarejos de Curicó; es un paisaje virgen no explotado.

Hemos dicho que a medida que avanza la narración se hace más verdadera. Ya dejamos la representación simbolizada y entramos a un escenario más vasto, más humano. Alsino no lo podemos dejar, sus exclamaciones nos detienen ahora. Estas exclamaciones, que a veces nos parecen conjuros, nos inducen nuevamente a pensar en la necesidad que hubo de estrechar la creación al folklore, a los mitos y supersticiones. Las tales exclamaciones revisten en la prosa de Prado una cadencia especial. Nos llaman la

atención; hemos hecho una prueba: resisten el verso blanco en forma maravillosa. Pero, al fin, son cansadas y monótonas. Es cierto que oponiendo a su lado escenas de mano tan maestra como aquellas descripciones del ermitaño, de los potros, de la muerte de Abigail, del retén de la casa de don Javier, de la cocina con sus tipos habituales, eso de las exclamaciones es una cosa secundaria. Nos queda, sin embargo, otro cuadro. Es una escena griega; es la más alta, la más pura y la más bella: la escena del baño. Imaginad en medio de un bosque un retiro apacible cubierto de fresca sombra. Entre los árboles seculares abrazados de enredaderas fragantes pasa un arroyo cristalino besando suavemente las raíces rojizas de los robles. Hay ahí un remanso de ensueño. Arriba el sol, da al paisaje un color ladrillo; es plena tarde. Lucha por entrar a ese santuario que resguardan las hojas de los árboles. En su esfuerzo cae como gotas de oro en la tierra; juguetea con las hojas a las que mancha de amarillo. Una fresca brisa cambia esas manchas de lugar; las lleva traviesamente de un sitio a otro. El baño está tranquilo y perfumado. Dos niñas van a bañarse; descubren pudorosamente las formas delicadas de sus fragiles cuerpecitos. Tienen miedo y miran a uno y otro lado. A lo lejos, un leñador hace sentir el ruido recio de su hacha que llega hasta el baño en forma monótona y cansada. Las dos muchachas se miran y se detienen. Comprenden que no hay peligro. Avanzan. Tocan con sus pies el agua. Un rayo de sol, que atraviesa una encina, les besa los hombros; resalta la sagrada blancura... Con cuidado se van introduciendo para no lastimarse en los guijarros. El agua está tibia y sólo resalta en el baño las dos cabezas de las niñas. Juegan. Los pajarillos cantan (1).

Asociemos, por un instante, para

(1) En esta parte se intercalaba la parte relativa a la escena descrita por Prado. Alsino Cap XVIII. En el Verano silencioso, p. 109 a 116.

obtener una representación gráfica de esta escena sublime, la bella escultura Psiquis de Canovas. Es lo mismo: Alsino con sus alas desplegadas da al fin un beso de amor a una virgen desmayada. Eso es todo.

Fuerza es concluir. ¿Corresponde el final de Alsino, desde el momento en que le cortan las alas, con el principio de la novela? En realidad, no. Pero hemos dicho que Alsino es el alma humana atacada del más fuerte espiritualismo y hemos agregado que es un héroe moral en lucha brutal con lo terrestre. Al contacto de individualidades más fuertes y poderosas, más groseras y salvajes, Alsino debía morir por su propia voluntad. A mayor sacrificio mayor unción espiritual. A mayor sacrificio, mayor unción espiritual. Así sucedió y Alsino cayó como caen las ilusiones de los buenos.

Nuestra literatura no ha creado nada más asombroso que esta obra.  
GUILLERMO FELÚ Y CRUZ.

**José María Soto.** — *La influencia del ambiente.* — Novela de costumbres contemporáneas. — París. — Librairie J. Rossier. — 1919. — 8.º — 337 pps.

Con un título que en realidad se nos arrojó encantador el argentino Soto ha compuesto esta tirada de novela de largo aliento y fatigosa lectura. Yo no sabría decir cual es el placer o que placer se siente escribiendo asuntos que el autor, si tiene mediana malicia, debe comprender que no son de sus fueros ni como artista, ni como literato, ni como observador. Es el caso del señor Soto; como novela no vale nada a no ser que sea algo de mérito el esfuerzo consumido en escribirla. El tema es vulgar y cursi; el desarrollo sentimental, con airecillos de de romántico, y la observación, la psicología esta reducida a frases como ésta: la señora se miró en el espejo y se encontró hermosa; fulano quiso besar la mano de zutana, pero ella coquetamente esquivó la acción; la servidumbre sucia esme. rados trajes que atraían la atención; la profusión de luces daba al

salón un aspecto solemne, etc. ¿A qué seguir? El argumento el mismo de siempre: ella rica y él pobre; la familia se opone al matrimonio; amores largos; sin fin. El señor Soto puede estar seguro de su éxito: su libro quedará como un recuerdo en bibliotecas. Triste condición.

G. F. y C.

**Víctor Bonifacino.**—*Las alas de Ariel.*—Poemas—Montevideo.—1920.—4.º—206 págs.

Las diez poesías que al acaso hemos leído en este volumen no nos parecen del todo malas. Hay algunas regulares y algo más que eso. El autor tiene visos de llegar a ser poeta; no sé si ya en su tierra lo sea. La variabilidad del metro indica desde luego su facilidad de versificador. Sus temas se recienten, empero, de un misticismo falso, de un panteísmo que no es verdadero. Le falta, además, sinceridad, estudio y saber producir el efecto de su sensibilidad que se diluye casi siempre en palabras más o menos huecas, más o menos rotundas. En general, no me parecen mal sus versos.

G. F. y C.

**César Cascabel.**—*Cosas de un año atrás.*—Segunda serie de crónicas.—Primer millar.—Biblioteca Arcadia.—1920.—8.º—290 págs.

Al principio cuando leía a Cascabel en sus primeras crónicas me decía yo mismo: ¡Bien! Hoy me digo de otro modo: ¡Mal! Esto va hacia el amaneramiento, hacia una refinación incompatible con el género que Cascabel cultiva. El humorismo va decayendo y el tecnicismo lo está haciendo *latoso*. Antes nos soplábamos sus crónicas y quedábamos muy frescos. Ahora no es así; en 290 páginas apretadas es difícil seguirlo. Antes, cuando recién comenzó, prefería a ese Cascabel infantil; ahora... Cascabel está erudito.

G. F. y C.

**Agustín J. Rivero Astengo.**—*Anfora Llena.*—Versos.—Buenos Aires 1920.

Anfora llena de malos versos. Poemas de tres al cuarto. Un charlatán que no tiene talento ni tiene versos. Esta poseído del vértigo de la poesía «*que torturó al poeta*».

G. F. y C.

**Carlos Obligado.**—*Poemas.*—Buenos Aires.—1920.—4.º—185 págs.

Más poemas y no tan malos como los anteriores. Impresos con elegancia. El prologuista es algo candoroso. Cuenta que cuando el papá de Obligado supo que hacía versos, casi se lo comió a besos. Le faltó agregar que la mamá le compró pastillas y lo llevó al circo... ¡Fíjense Uds. cuánto vale ese juicio estético! Pero al prologuista que pretende de crítico no entiende lo que dice. Sin embargo, los versos de Obligado—claro que no todos—no son malos. Valen su lectura. Luego hablaremos de ellos.

F.

**Rafael Eliodoro Valle.**—*El Rosal del Ermitaño.*—García Monje y Cía.—Editores.—San José.—Costa Rica—1920—160.—62 págs.

Compónese este librito de ensayos cortos diminutos. Los motivos son apenas sugeridos y la prosa está trabajada con verdadero cuidado y esmero. Valle es un artista. No es como él parece pretenderlo, filósofo; mucho más ganaría su arte si dejara esas reflexiones insustanciales. Es el afán de seguir a Rodó. Si la prosa es buena, las poesías son sinceramente malas. Es el mayor defecto de su folleto.

G. F. y C.

**Ernesto Quesada.**—*Rafael Obligado.*—*El Poeta.*—*El Hombre.*—Buenos Aires.—Imprenta y Casa Editora «Canil».—684.—Perú.—634—1920.—8.º, 84 pps.

Jamás he escrito algo sobre obra alguna de Quesada, no obstante, haberlo leído lo necesario para dar-me cuenta de su fisonomía intelec-

tual. Pero al talento del escritor y del polígrafo como literato he de concretar me aquí. Es uno de los publicistas rio-platenses de que me sirvo más para mis estudios de historia argentina, para esos estudios rápidos ligeros en que no se necesita de mucha erudición ni vasta cultura histórica como de buen tacto y ojo certero para presentar conclusiones encaminadas a un fin determinado de nacionalismo histórico, de ceguera crítica. Con su amabilidad de escritor fácil y ameno me entretengo en ese punto en que la Historia de Chile y de la Argentina, en los primeros lustros del siglo XIX, parecen tocarse, y en realidad se tocan, para efectuar una obra política transcendental. En ese orden de estudios no se es junto con Quesada; se le atribuye una importancia que no tiene cuando, según mi entender, sólo proporciona al lector, por el espíritu nacionalista que anima sus libros, ideas para contradecirle, márgen para anotaciones. Porque no enseña a pensar ni hace pensar; con este autor en la mano todo esfuerzo de reflexión se imposibilita. Después que se lee la última página de un libro suyo cualquiera que sea su índole, y ella es tan variada como pueda serlo la más vulgar enciclopedia de humanos conocimientos, no puede negarse, queda una impresión agradable, y tan agradable y pasajera es esa tensión del espíritu como suele obtenerla el paladar de un buen gastrónomo después de probar las excelencias vaporosas de una amable crema *chamilly*. Impresión es esa sin maicía, indefinida, tenue y éterca, también si se quiere. En suma, sólo por una ilusión artificial, que disfraza su estilo suelto y animado, se puede gozar con él: es como las delicias de un *pâte de foie gras* que sólo es sabroso a condición de su misma artificialidad. Nada más. Y eso en cuanto a sus estudios históricos; de los literarios no puede negarse que tienen amenidad. Las tienen, indudablemente, y deben constituir en manos de los epicúreos de

la inteligencia un placer inefable. Siempre en éstos como en aquellos la amabilidad del escritor se impone. Yo los leo después de áridas lecturas, después de lecturas frívolas; cuando uno está cansado, aburrido del trato de los hombres, cuando la inteligencia y la voluntad están entregadas a un dulce sopor. En fin, cuando no basta a disipar el tedio ni el cansancio ni un trozo de buena música ni una excelente botella de cognac. Entonces es preciso vagabundear en la literatura. Y con Quesada eso se hace bien; preguntado después de ese charloteo ¿que queda en vuestro espíritu? Responderéis: casi nada, y con mucho, nada. Eso es todo. He leído también sus monografías sobre estudios de sociología; me gustan a pesar de ser vulgares y porque renuevan uno que otro conocimiento. Las reflexiones que inspiran esas monografías son de más de un género; la impresión que queda, como antes, es vaga. Al punto se piensa en una cosa: que Quesada sabe mucho, pero que no ha abondado nada. El fondo es profundamente vulgar; cuando presenta un nuevo aspecto traído de su cabeza, ha de ser para decir algo ramplón. Pero la exterioridad de su obra es profundamente agradable. Quesada posee talento, el talento del argentinismo de sus mayores; tiene el talento de la exposición amena, el talento, en suma, de lo que otros han dicho, es decir para repetir o a veces bien y otras veces mal. Sabe compendiar y resumir. Es un asimilador formidable: un receptáculo de conocimientos sin fondo. Ya eso constituye un mérito, porque en ello hay un esfuerzo. Carece de ingenio, de donosura; su sal no es ática, pero es urbana. Uno concluye al fin, por preguntarse ¿en qué consiste este fenómeno? Fuerza es reconocer que la explicación es difícil. No tengo datos para formarme idea de la historia de su espíritu. Pero más de una vez había yo pensado que esta rara fecundia ha perjudicado en mucho su obra ya bastante vasta y también variada por todo extre-

mo. Hay en él un afán de publicidad extraordinario; su bibliografía asciende a 128 obras de estudios enciclopédicos; de ellos tengo leídos casi sesenta. Pero no pretendo decir con esto que todo lo suyo sea mediocre; y en justicia, acaso sus trabajos jurídicos hayan de salvarse del olvido a que está condenada toda su demás labor. Así va a acontecer. Su caso me recuerda una fábula alemana, un lindísimo poema, de un poeta del renacimiento alemán; aquel autor de los 128 volúmenes...

Ahora digamos algo de su último libro; decididamente no me gusta. ¿Qué cosa es este escrito sobre Rafael Obligado? ¿Un recuerdo, un estudio crítico, una semblanza del poeta? No lo sé; ¿o es un retrato únicamente? Bien será decir que a través de las páginas del libro no fluye la personalidad que quisiéramos conocer; se difunde y expande el recuerdo del poeta y la pluma del escritor no colorea el retrato ni lo evoca tampoco su imaginación. Queda todo en la penumbra y no en esa penumbra encantadora de un retrato de Rembrandt. Es el claro oscuro que siempre acompaña a quien no tuvo la rara cualidad de artista ni tampoco la bella sencillez de decir lo que sabía únicamente como lo sentía y comprendía; es el claro oscuro que al fin es una nebulosa, del que hace un esfuerzo insincero. Pero de éstas 84 copiosas páginas sale algo: la placidez de la vida del poeta, la dulce e inefable felicidad interior de un hombre bueno. Empero, ¿qué hombre después de muerto no tuvo en su vida esta placidez, esta misma dulce tranquilidad interior? Es una ilusión retrospectiva ésta que nos hace ver a los muertos mucho mejor de lo que eran. Hubiera yo deseado que el poeta que se evoca fuera algo más vivo; hubiera yo deseado ver a este hombre que poseyó talento de artífice verdadero, algo así como corporificado en estas páginas, con un relieve que lo sacara de la vulgaridad y le diera vida, sino fuerte, por lo ménos in-

tensa por la sinceridad. El hombre y el poeta se pierden y se esfuman. No poca importancia tiene en esto la inaudita flojedad de la frase y su extremada dimensión. La página tiene treinta y una apretadas líneas y hay períodos que la ocupan toda; no hay en ella ningún punto: Uno se ahoga y se extenua. Es un nuevo aspecto de Quesada.

GUILLERMO FELIÚ Y CRUZ.

**Camille Flammarion.**—*La mort et son mystère.*—Paris.—1920.

El nuevo libro de Mr. Flammarion tiene por objeto, como el mismo lo expresa, «constatar las pruebas positivas de la supervivencia del alma».

En él se establece que hay en el hombre algo más de lo que se ve, se palpa y se pesa; que existe en el ser humano un elemento independiente de los sentidos naturales y un principio mental personal que piensa, quiere y obra, que se manifiesta, que ve sin necesidad de los ojos, escucha sin necesidad de los oídos, descubre un porvenir aún inexistente, revela hechos ignorados.

El hecho, hoy día constatado, de la propagación del pensamiento por medio de la sugestión mental a distancias bastante considerables, indica la posibilidad de una especie de irradiación de la conciencia humana de un astro a otro por medio de ondulaciones de una sutileza especial.

«El alma, dice Mr. Flammarion, existe individualmente. Su existencia está demostrada por facultades especiales, extra corporales que no pueden asimilarse a propiedades del cerebro material, a reacciones químicas o mecánicas. Son esas facultades esencialmente espirituales, tales como la voluntad obrando sin la palabra, la auto sugestión produciendo efectos físicos, los presentimientos, la telepatía, las transmisiones intelectuales, la lectura en un libro cerrado, la vista, por el espíritu, de un cuerpo lejano, de una escena o de un hecho futuro, fenómenos todos que quedan fuera

del campo de acción de nuestro organismo fisiológico, sin medida común con nuestras sensaciones orgánicas y que prueban que el alma es una sustancia que existe por sí misma. Nuestro sér moral pueden ver sin los ojos corporales».

Por otra parte, si las audiciones premonitarias son más escasas que las visiones premonitarias, son, en todo caso, lo suficientemente numerosas para que no podamos dudar de su existencia.

Llega, en seguida, el autor a lo que se relaciona con la muerte, a lo que constituye el más allá de la última hora corporal. Su síntesis espiritualista está pues dividida en tres partes que se suceden lógicamente: Antes de la muerte; En torno de la muerte; y Después de la muerte.

En la primera parte, *Antes de la muerte*, da las pruebas de la existencia del alma.

En la segunda, *En torno de la muerte*, aún no publicada, estudiará las manifestaciones y apariciones de los moribundos, los casos de desdoblamiento (*les doubles*) y los fenómenos del ocultismo.

Y en la tercera, *Después de la muerte*, que tampoco ha publicado, tratará de las manifestaciones y apariciones de los muertos y del alma después de la muerte.

J. BRIEU.

**Gustave Le Bon.**—*Psychologie des temps nouveaux.*—París.—1920.

Después de haber estudiado la guerra, el Dr. Le Bon, en esta nueva obra de psicología, se preocupa de lo que llegará a ser el mundo después de la terrible tempestad que se desencadenó sobre la humanidad durante más de cuatro años, y cuyas terribles sacudidas se prolongan aún cruelmente en el centro y en el oriente de Europa. Estudia sucesivamente la evolución mental de los pueblos, los hechos de los principios en las guerras modernas, el rol de los factores psicológicos en las batallas, la propagación de las creencias y la orien-

tación de las opiniones, el nuevo huracán revolucionario, las ilusiones políticas de la hora presente y la desorganización política de Europa. Termina aconsejando la energía. El porvenir, con razón, pertenecerá a los pueblos de carácter más vigoroso.

R. D. M.

**José Toribio Medina.**—*El descubrimiento del Océano Pacífico.*—*Vasco Núñez de Balboa, Fernando de Magallanes y sus compañeros.*—Memoria presentada a la Universidad de Chile.—Santiago de Chile.—Imprenta Universitaria.—1920.

Folio.—363 págs. de texto; 220 de documentos; varios planos; algunas láminas.—Con un anexo en 4.º de Documentos impresos en la Imprenta Elzeviriana, 1920, de 309 pgs. más VIII de prólogo.

Medina ha entregado al público su último volumen. Entre la ardiente admiración y simpatía que entraña la labor del más fuerte y abundoso de los polígrafos del mundo, y la contemplación del drama doloroso que envolvió la existencia de Magallanes, corrieran estas páginas selectas modelos en su género de honda erudición. Ellas guardan sin embargo todavía las fuerzas de un espíritu potente. El soplo huracanado de la vida no ha podido doblegar la existencia de este hombre extraordinario entregado de lleno a las extenuadoras tareas de la más intensa intelectualidad. De él podría decirse, mayormente que de ninguno, que bañó su espíritu en la fuente de Juvencio; que tal lozanía hay todavía en su alma que camina en los senderos de una augusta ancianidad.

Magallanes representa el último eslabón de una cadena de oro prodigiosa elaborada allá en los albores de la risueña juventud del historiador, en esos días en que platórico de entusiasmo, comenzaba su carrera sin saber todavía cuales son las amargas que depara este oficio de la pluma. Es verdad que su ejemplo dignifica la carrera. Van a cumplirse cincuenta años de entonces a

esta parte. En medio siglo que ha corrido para entregarnos en él, una, dos, tres y hasta cuatro obras por año; ejemplo de fecundidad incomparable. Y en esa frente hay todavía un nimbo de luz esplendente que denota su férrea voluntad...

La última obra de Medina es el más alto monumento erigido a la memoria de Magallanes de quien dijera un día su biógrafo en un discurso memorable que, si Colón era digno de los hombres este otro nauta peregrino a haber vivido en la edad heroica, habría sido digno de los dioses. En ese paralelo oportunísimo no hay ningún arresto de rebeldía histórica. Es lo cierto. Las páginas de Medina crudamente denotan la trágica existencia del audaz navegante, y un sentimiento de horror sobrecoje el espíritu al unir los nexos de las desgracias del explorador sin patria. En los XXVI capítulos que componen la obra monumental de Medina es fácil enarcar que si las felicidades fueron pasajeras para Magallanes, las desgracias, en cambio, con todo su carro de miserias, constituyeron el hado de su vida.

Algo desconocido se nos antoja después de todo la figura del piloto en el libro de Medina. Ciertamente. El historiador nos ha presentado nuevos aspectos del hombre y de sus compañeros Elcano, San Martín y Pigafetta. En los capítulos I, V, VII, IX, XIII y XIV la novedad sube de punto. En su pluma, escudada en la más poderosa investigación, las viejas leyendas se vuelcan. El drama pierde sus caracteres sombríos, pero la luz fluye a borbotones. No es extraño que con el espíritu crítico de Medina y con el acervo de su erudición, los colores se desnaturalicen. Ercilla, ese romántico caballeresco, en sus manos resultó un prestamista; Vasco Núñez de Balboa, ese sacrificado de la intiga, sin aquellas proyecciones legendarias; Juan Caboto, el misterioso surcador de océanos, un especulador audaz y ahora este Magallanes, sí, un intrépido, no un personaje de epopeya. Así, Medina

puede decir como Goethe: ¡Luz, más luz para mis hombres!

GUILLERMO FELIÚ Y CRUZ.

**Francisco Bilbao.**—*El Evangelio americano y Páginas Selectas.*

—Selección, prólogo y notas de Armando Donoso. —Casa Editorial Maucci.—1920.—254 págs.

En Bilbao, mayormente que con ningún otro autor de su género y tendencias, imponíase una revisión lógica de sus escritos. Hay necesidad de presentar en forma coherente y rigurosa toda su obra. No es muy vasta y la selección debe hacerse con prudencia. Porque no hay nada tan interesante, en efecto, como lo íntimo lo sincero, lo personal de su producción. Quedó de relieve en el a su fisionomía moral e intelectual; tuvo que destacarse por la fuerza natural de las cosas y en él, conocida su idiosincrasia, con mayor empuje que en ningún otro escritor. A lo que parece en su vida espiritual hubo una especie de alternativa que osciló constantemente entre dos graves preocupaciones que le atormentaron crudamente: la reflexión o el espíritu de análisis y el sentimiento o sea esa tendencia hacia el ensueño. Para comprender la influencia de estas dos facultades contrarias o contradictorias en un mismo temperamento, no hace falta ningún dato. Han sido recogidos y dados a conocer no para formar ideas acerca de los estados de su alma, como para enseñarnos lo candoroso, lo infantil, lo delicado que era él. Pero nunca se ha ido más allá; jamás se ha querido ver en ellos una relación ulterior, más honda, capaz, en fin, de explicarnos lo menguado algunas veces de su filosofía. La crítica tiene en esos datos un vasto material. De labios del mismo Bilbao los tenemos; sus pensamientos, sus ideas sueltas en algunas cartas, sus esbozos autobiográficos, las confidencias con Lastarria, con su hermano Manuel y, por último, las espontáneas declaraciones de una hermana suya, nos permitirán algún día trazar el retrato de su personalidad.

Es evidente que todo eso nos da material para otras consideraciones. Bilbao no se conocía; no había auido nunca su interior; no había dado esa mirada generalizadora a las condiciones de su temperamento, tan necesaria para un conocimiento íntimo no ya de sí mismo, como de los demás hombres. Así como es nuestro espíritu es nuestro amor. Hay un lazo que los vincula, que los une. Y Bilbao sometido a la acción desquiciadora y fatal del análisis y del ensueño, de una visión espiritual que empañó muchas veces la misma realidad, al recorrer las ondulaciones constantes de su yo, debió sentir las perplejidades de no poderse comprender, de no asirse el mismo en aquel o que sólo era suyo, que sólo a él le pertenecía. Esa incapacidad es el secreto de no saber cojer el objeto real; es el afán de querer mirarlo todo en el sentido engañoso de las representaciones y no en la brutalidad de lo que es, de lo que es en sí mismo. Por eso Bilbao como filósofo es mediocre, por eso Bilbao como apóstol de una causa, es hombre de voluntad novediza y por eso Bilbao como ideólogo ha formado concepciones desvirtuadas a un fin humano reazizable. Así, esas condiciones del ensueño y de la sensibilidad, quedan mejor en otras labores intelectuales. Bilbao ensayista de Santa Rosa de Lima o de Laménais; de la excelcitud de la doctrina cristiana y de todo aquello en que predomine el sentimiento, el amor, la caridad y el espíritu de redención o sacrificio, deja en esas páginas, sin traicionarse, las fibras más sensibles de su temperamento singularmente emotivo e impresionable. Quizá el ensueño del amor no produjo en la pluma de Bilbao nada más hermoso que su estudio sobre Santa Rosa de Lima; es una pieza admirable de sentimiento humano que no revela muy sinceramente la evolución de su naturaleza afectiva hacia un misticismo encantador. Esas páginas para nosotros las maestras de Bilbao, tienen un doble valor. Nada más ageno que

ese temperamento sensible e impresionable para las tareas del arte, y, sin embargo, sin serlo, sin saber apreciar los esfuerzos artísticos, el sentimiento pudo más y el misticismo suyo hizo una obra de arte. También en el curso de su ensayo es fácil denotar el eco melancólico de las ideas religiosas que él había renegado. En su espíritu emancipado sólo las doctrinas de Cristo tenían asidero y al evocar allí el sacrificio de Santa Rosa, no puede menos que rendir el cariñoso recuerdo que dejaron en su conciencia los primeros balbuceos de sus ideas cristianas. La negación religiosa de Bilbao fué sincera; no podemos dudar de ello. Pero ¿cuál es el efecto que en temperamento como el suyo debían hacer la exaltación de la beatitud cristiana? El que no nos es posible pretender desconocer que Bilbao era un místico laico. Sólo así podremos explicarnos no ya una norma de conducta de su vida, como la sensibilidad en que realmente gravitó siempre. Este místico laico, a diferencia del cristiano, predicaba «la salud por la emancipación del espíritu; y es extraño que esta teoría que presupone un desarrollo progresivo del cerebro orientara su especulación filosófica; cuando, como ya se ha insinuado, en Bilbao podía más el corazón que el cerebro. O en todo caso, para no ser tan categóricas, había una lucha entre el corazón y el cerebro. Ambas tendencias cuando llegan a una posible armonización intelectual dan un fruto tan hermoso como su Santa Rosa de Lima, o bien engendran esa serie de actos de su vida que culminan en la dignificación de sus semejantes. Tenía abundosa sangre para luchar con firmeza por sus principios; especie de un receptáculo donde cabían doctrinas opuestas y antagonicas sentimientos contrarios que muchas veces, como en su estudio sobre la Ley de la Historia, se hacían fuego engendrando la contradicción. El fondo de sus ideologías la parte concreta de sus ideales, la base del pensa-

miento que presidió toda su labor y arrancó rumbos a su miraje intelectual, eso lo conocemos ya bien, lo hemos apreciado y discutido y nos sugiere más hondas reflexiones. Agreguemos, empero, que en su confuso doctrinarismo señala una trayectoria definida, una evolución que en rigor desentraña las incoherencias del sistema, que por lo mismo denota en su filosofía las insuficiencias de su cultura científica. Es por esto que una selección de sus páginas es difícil. En varias de ellas hay que buscar lo íntimo de su pensamiento; en otras, lo sincero de sus doctrinas y en aquellas lo personal del escritor. Los tres aspectos indicados retratan a Bilbao; los tres aspectos señalados tienen también cabida en las páginas de este libro seleccionado por Donoso. En sus días y aun después de sus días, cuando la ardiente controversia de las cuestiones teológicas inflamaba las conciencias, cuando un soplo apasionado con caracteres odiosos levantaba en la prensa, en el panfleto y en el libro, ardorosas discusiones, la obra de Bil-

bao comienza a comentarse con las exageraciones propias de un instante de sorpresa. Dos corrientes antagónicas, señalan el máximo de la comprensión y de la incompreensión del esfuerzo del autor de la Sociabilidad Chilena. Inician un debate en el cual se confunden los ideales ahogados en el duro escorzor de la polémica. No se dan tregua. Críticos sectarios no le han concedido ni siquiera el valor de la oportunidad de su aparición; los liberales uniendo nexos dispersos de la ideología chilena, le han hecho culminar en regiones que no le pertenecen. Nosotros los modernos pensamos de otro modo. Bilbao no fué filósofo, y con arrestos de filósofo, llegó en hora oportuna para la iniciación de las reformas liberales. Nada más. Este pensamiento moderno acerca de Bilbao será definitivo. Donoso, que le ha profundizado tanto, coincide con él. Sus páginas, si atestiguan un carifio para con un precursor, no caen en una adoración intelectual.

GUILLERMO FELIÚ Y CRUZ.

## INDICE DEL TOMO XI

PAG.

	PAG.
Augusto Orrego Luco.—El 18 de Septiembre de 1810.—(Conclusión).....	5
Max Henríquez Ureña.—El ocaso del dogmatismo literario.....	31
Enríque González Martínez.—Como hermana y hermano.....	43
Nicolás de Berg-Poggenphol.—El asesinato del Czar y de la familia imperial rusa.....	47
Domingo de Oro.—La política boliviana en 1847 respecto de Chile y el Perú.....	54
Daniel Riquelme.—En tranvía.....	59
José del C. Gutiérrez F.—El Doctor Rodolfo Lenz.....	64
Antonio Pigafetta.—Viaje desde Sevilla hasta el Estrecho de Magallanes.....	91
Notas y Documentos.—D., Don Manuel Antonio Román.—M. F., El Congreso Feminista de Ginebra.—S. A., ¿Pueden declararse en huelga los empleados públicos?—H., Rectores de la Universidad de Chile.—M., La población de Santiago y la intensidad de su tráfico.....	97
Bibliografía.—H Steffen, West Patagonien.—Juan Pablo Echagüe, Un teatro en formación.—Luis Montt, Bibliografía chilena.—Rubén Darío, Epistolario.—A. Rener y A. Castro, Vida de Lope de Vega.—Carmen Lira, Los cuentos de mi tía Panchita.....	105
Anselmo Blanlot Holley.—Un héroe de la Concepción: Luis Cruz Martínez.....	113
Guillermo Feliú Cruz.—Don Anselmo Blanlot Holley.....	124
Agustín Edwards.—La situación financiera de Gran Bretaña.....	128
Daniel Riquelme.—En tranvía.—(Conclusión).....	140
Pablo Délano.—La captura de la Esmeralda el 6 de Noviembre de 1820.....	152
Jorge Vidal de la Fuente.—Antofagasta.—Los derechos chilenos y las pretensiones de Bolivia.....	159
Carlos Villafañe.—Via dolorosa.....	180
Max Henríquez Ureña.—El ocaso del dogmatismo literario.—(Conclusión).....	182
Antonio Pigafetta.—Viaje desde Sevilla hasta el Estrecho de Magallanes.—(Conclusión).....	189
José Hinojosa.—Mauricio Barrès.....	203
Notas y documentos.—Augusto Orrego Luco, Don Fernando Lázcano.—Armando Donoso, Don Alberto Blest Gana.—Alejandro Silva de la Fuente, La parálisis gubernativa.—Guillermo Puelma, La renovación de la cirugía.....	205
Bibliografía.—L. Alfredo Arenas A., Los Tribunales militares.—A. Mauret Caamaño, El confesonario bajo la estrellas.—Francisco Contreras, Les écrivains contemporains de l'Amérique espagno-	

le.—Enrique Molina, Por las dos Américas.—Alfredo Rosende Verdugo, Estudio médico legal del sonambulismo provocado o hipnotismo.—Dr. Octavio Maira, Conferencias dadas en la Facultad de Medicina de Montevideo.—Fray Apena, Serie de historias.—Paul Bourget, El demonio del mediodía.—Juan C. O'Leary, El Mariscal López.—Eludía Silva Salas, Biografía de don Adolfo Ibañez.—Gabriel Amunátegui Jordán, Tribunales para niños.—Joseph Barthélemy, Le vote des femmes.....	217
Guillermo Subercaseaux.—Los bancos extranjeros en Chile.....	225
Alberto Blest Gana.—Algunos matrimonios.....	235
A. del Campo.—¡Pobre viejo!.....	243
Domingo Santa María.—Carta sobre la cuestión con España.....	248
Juan Luis Espejo.—El soldado de plomo.....	254
Juan de Hinojosa—Mauricio Barrès.—(Conclusión).....	256
J. B.—El último libro de Veronoff.....	271
Alberto del Solar.—El histórico campo de Chacabuco.....	275
José Toribio Medina.—Colón y Magallanes.....	285
Carlos Pereyra.—Gabriela Mistral.....	292
A. D.—Una traducción chilena de la «Eneida».....	298
Andrés Silva Humeres.—Sugestión.....	309
Notas y documentos.—I. S. M., don Domingo Santa María y don Alberto Blest Gana.—Eliodoro Yáñez, Saludo a España.—S, Eça de Queiroz.—Andrenio, Una clínica literaria.—Ramón Pérez de Ayala, Antología del Vino.....	310
Bibliografía.—Christian Röeber, Poemas.—Julio Ramírez, El rancho.—Pedro Prado, Alsino.—José María Soto, La influencia del ambiente.—Victor Bonifacino, Las alas de Ariel.—César Cascabel, Cosas de un año atrás.—Agustín J. Rivero, Anfora llena.—Carlos Obligado, Poemas.—Rafael Eliodoro Valle, El rosal del ermitaño.—Ernesto Quezada, Rafael Obligado.—Camille Flammarion, La mort et son mystère.—Gustave Le Bon, Psychologie des temps nouveaux.—José Toribio Medina, El Descubrimiento del Océano Pacífico.—Francisco Bilbao, Páginas selectas.....	323
Juan Agustín Barriga.—Discurso pronunciado en la recepción de don Enrique Mac Iver en la Academia Chilena correspondiente de la Real Academia Española.....	337
S. Estébanez Calderón.—Los filósofos en el figón.....	349
Matías Rojas D.—Lo que era Antofagasta en 1875.....	354
Enrique Banchs.—Balbuceo.....	358
Julio Radrigán.—Una de las primeras manifestaciones del parlamentarismo en Chile.....	359
Vicente Pérez Rosales.—De lo que cuesta a una Municipalidad comprar un bacín.....	363
Francisco Zapata Lillo.—Agonía.....	370
Aníbal Echeverría y Reyes.—La ocupación de Magallanes.....	372
Raúl Simón.—Contribución al estudio de nuestra crisis ferroviaria.....	380
R. Blanco Fombona.—Psicología del conquistador español del siglo XVI.....	413
Notas i documentos.—E. L. Galéot, Un país organizado y un país democrático.—J. F. Carbonell, Lo más reciente sobre tuberculosis.—X., Escuela de Derecho Internacional.—B. Sanín Cano, Literatos hispanoamericanos y críticos españoles.—X. X. X., Una inscripción interesante.—G. H. S., El General Mitre y la guerra de Chile con España.....	423

Bibliografía.—G. Hanotaux, Histoire de la Nation Française.—R. Carnot, L'étatisme industriel.—José A. Alfonso, Los peregrinos del Mayflower y su influencia americana.—J. Sageret, La vague mystique.—F. Sanlaville, Socialisme et propriété.—Carlos Badia Malagrida, El factor geográfico en la política sudamericana.—C. H. Cunningham, The Audiencia in the Spanish Colonies.—H. A. Gibbons, France and ourselves.—Roberto Léveillier, Francisco de Aguirre y los orígenes del Tucumán.—Rafael María Baralt, Letras españolas.....	436
Alejandro Alvarez.—De la necesidad de una nueva concepción del derecho.....	449
Carlos Villafañe.—Infortunio.....	464
Enrique Romani.—Lo que debería ser la labor futura de los colegios.....	465
Enrique Bouquet.—¿Podemos vivir mil años?.....	478
Ramón Luis Irarrázaval.—La revolución de Roma de 1848.....	485
José Salgado.—¿Qué es la huelga?.....	494
V. Grez.—El traje de las santiaguinas en los siglos XVII y XVIII	502
Alberto Cruchaga.—Un gentilhombre sueco en Chile en 1819 .....	511
R. Blanco Fombona.—Psicología del conquistador español del siglo XVI.....	520
Notas y Documentos.—Roberto Abadie Soriano.—La Escuela de Rabindranath Tagore en Bolpur.—Julio C. Salas, El parasitismo social en nuestra América.—X., Las «Memorias» de von Tirpitz.—L. A. P., El general Mitre y la guerra de Chile con España.—J. Bhon, Los animales sabios.....	533
Bibliografía.—Dr. Aquinas Ried.—Diario del viaje efectuado desde Valparaíso hasta el Lago Llanquihue.—Carlos de Velasco, José Martí (Esbozo biográfico).—Clarence Henry Haring, Trade and navigation between Spain and the Indies in the times of the Hapsburgs.—Carlos Guido y Spano, Poesías escogidas.—The odes of Bello, Olmedo and Heredia, with an introduction by Elijah Clarence Hills.—Alejandro Abascal Brunet, De las obligaciones naturales en general, y del núm. 3.º del art. 1,470 del Código Civil en particular.—Edmundo González Blanco, Historia del periodismo desde sus comienzos hasta nuestros días.—J. L. Faure, L'ame du chirurgien.—A. L. Galéot, Les systèmes sociaux et l'organisation des nations modernes.	551
Indice del Tomo XI.....	558

